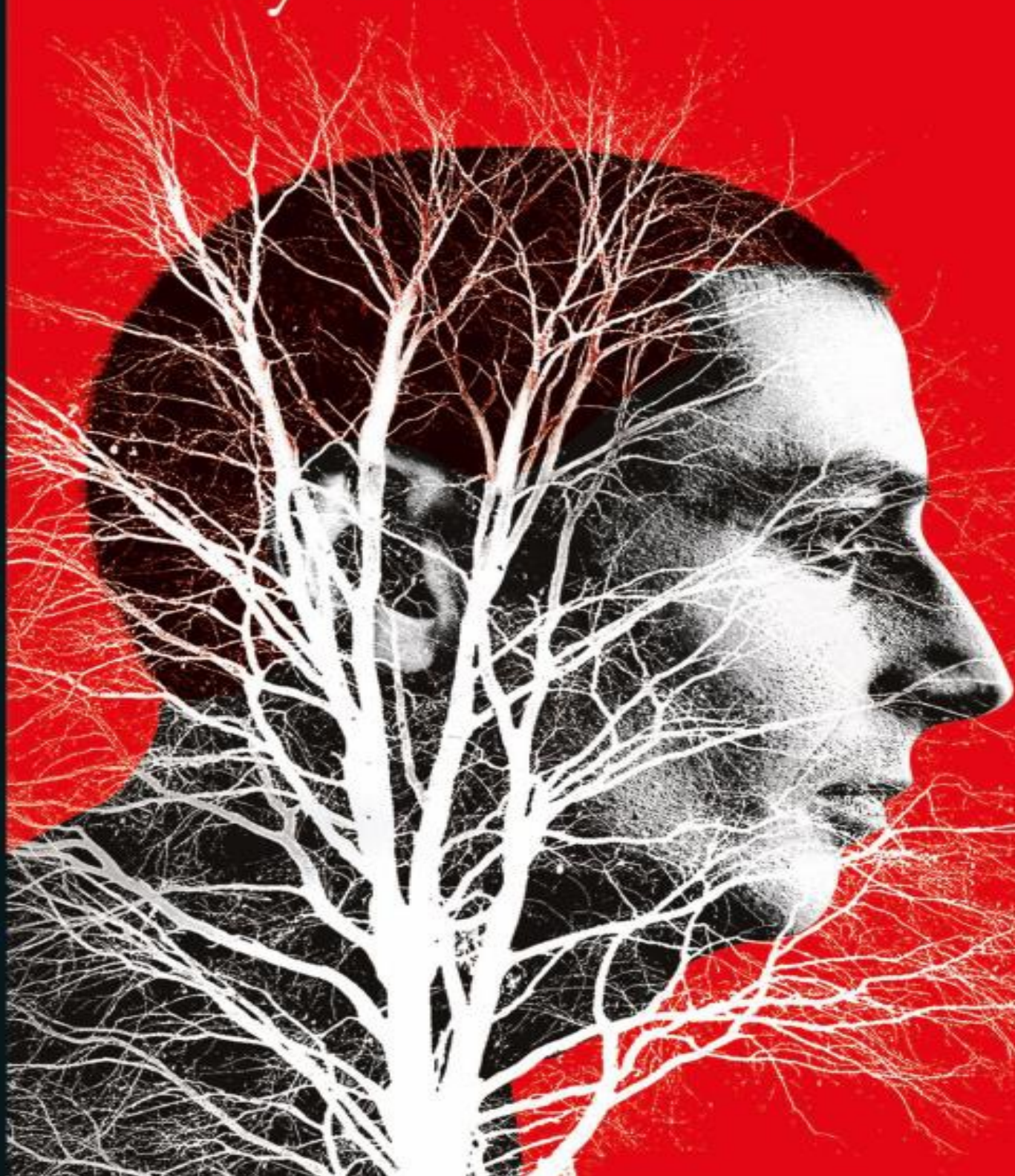


Ricardo Romero

Yo soy el invierno

Narrativa Hispánica



Ricardo Romero

Yo soy el invierno

ALFAGUARA



*A Victoria y a Fermín,
yo soy solo porque ellos son.*

A mis viejos y a mi hermano, siempre.

All work and no play makes Jack a dull boy.

JACK TORRANCE en *El resplandor*

1. Pampa

Aunque sabe que van a llegar, aunque incluso las busca, las lágrimas siempre son inesperadas. El suboficial ayudante Pampa Asiain se sorprende como si las lágrimas fueran algo ajeno a su cuerpo, y entonces siente un escalofrío y sigue cantando. Toca la guitarra con un rasgueo un poco torpe y sigue cantando.

El lugar elegido es uno de los enormes silos abandonados del viejo Molino Sáez. Un asteroide de metal secreto, de atmósfera secreta, erguido y sostenido por la herrumbre en plena llanura, junto a otros dos. Ahí adentro, el joven suboficial ayudante se mueve con sigilo, como si tuviera miedo de levitar. Ha improvisado en el centro un asiento con escombros y un atril para la revista con las partituras. Dentro de la estructura tubular del silo, la luz es azul siempre, incluso en las noches.

El Pampa Asiain toca la guitarra y canta dentro del silo. No sabe cuándo fue que decidió que quería aprender a tocar la guitarra. Sabe, sí, cuándo empezó a hacerlo. Fue después de salir de la Escuela de Policía, hace unos dos años, pero eso le parece poco cierto. Hay algo en esto de tocar la guitarra que le resulta remoto, y entonces se confunde, se deja confundir. Para él empezó cuando le vinieron las ganas, y eso fue hace mucho. No sabe cuánto. Y nadie podría ayudarlo a recordar, porque nadie sabe que lo hace. Ni siquiera Parra, su compañero del destacamento. Después de salir de la Vucetich de Olavarría, ya de vuelta en el pueblo antes de que lo destinaran a la Patrulla Rural de Monge, compró una revista con instrucciones para aprender a tocar la guitarra y la leyó sin entender, en la soledad del deseo, hasta que los signos empezaron a tener sentido. Cuando estuvo listo, robó de la casa de su madre la vieja guitarra que había sido de su padre, y que desde que podía recordar estaba envuelta en una cobija, apoyada en un rincón. Si alguien supiera esto último podría pensar que se trata de algún intento vano de acercarse a la memoria filial, de recuperar algo de ese padre perdido. Pero el Pampa Asiain tiene bien claro que eso no le interesa. Que su padre está bien donde está, muerto y olvidado. Todo lo olvidado que se puede olvidar a un muerto. Durante mucho tiempo su padre solo fue una forma del miedo que apenas percibía en los ojos de su madre cuando tenía la mirada perdida. Y ahora ella también está muerta. Todo lo muerta que puede estar alguien que no será olvidado.

El Pampa toca y siente cómo le vibra la garganta mientras la voz sube y baja por la melodía. Cuando comenzó a tocar se dio cuenta de que también quería cantar, y eso lo alarmó. Le pareció excesivo. Le pareció mentira. Su voz estaba ahí, surgía como si nunca antes hubiese sido usada. El Pampa es un guitarrista mediocre pero es bastante mejor cantor. Lo sospecha aunque no puede

estar seguro, porque es muy difícil escucharse. O al contrario, se escucha demasiado, su voz reverberando en las paredes combadas y altas. Más de una vez estuvo tentado de grabarse, pero no se ha animado todavía, y si se animara tampoco sabría cómo. Y entonces se limita a hacer lo que hace. A tocar las cinco canciones que ha aprendido. A tocarlas y cantarlas en secreto.

El Pampa Asiain toca la guitarra y canta en uno de los silos del viejo Molino Sáez. Viniendo de la ruta desde Trenque Lauquen, pueden verse, hacia el norte, tres centinelas de metal que arden en el horizonte durante todo el día, y que, por la noche, arden también, pero de otra manera. El Pampa Asiain toca la guitarra y canta en el silo de la izquierda, mirando desde la ruta. Ahí su voz resuena de una manera sobrenatural, y el Pampa Asiain, asustado y conmovido, lagrimea un poco mientras lo hace.

El sol perpendicular del mediodía ha llegado y ha pasado de largo, quebrando la escarcha sobre las lajas del techo a dos aguas del Destacamento Rural de Monge. La fractura paulatina de esa escarcha dura que no se derrite pero se quiebra ha sido el único ruido del día que ha llamado por un segundo la atención de los dos hombres jóvenes que se aburren dentro de las oficinas vacías. Caminan, miran por la ventana, toman mate. Se acercan a la estufa para calentarse las manos. Se sientan frente al escritorio que comparten, se quedan quietos, estáticos. Y entonces la escarcha se quiebra y los dos miran el techo y se vuelven a mover, se acomodan en la silla, cruzan o descruzan los pies. Así se aburren hasta que el teléfono suena. Cuando suena por primera vez ninguno de los dos hombres mira el teléfono. Se miran entre sí, uno de cada lado del escritorio. Cuando suena por segunda vez, miran el teléfono. A la tercera, uno de los dos atiende. Se ha puesto de pie y asiente y contesta con monosílabos. Es flaco, alto, de mejillas hundidas y nariz larga y fina. Del otro lado, se percibe en la rigidez de su postura, hay alguien que da órdenes.

—Era de Trenque Lauquen, Pampa —dice una vez que corta, rascándose la nuca—. Hay que darse una vuelta por la laguna. Parece que otra vez andan pescando sin permiso. Denunció el viejo Gatti, como siempre. Dice que los vio desde la ruta cuando pasó a la mañana.

El Pampa asiente. El que le habla es el suboficial ayudante Andrés Parra, que aunque tiene el mismo cargo que él, y casi la misma edad, se ha ido imponiendo en la rutina. Se conocieron en la Vucetich de Olavarría hace un par de años, pero apenas si se saludaban. El Pampa apenas si se saludaba con alguien. Cuando los dos terminaron en la misma patrulla rural, Parra reaccionó como si se reencontrara con un gran amigo después de mucho tiempo, y el Pampa se dejó abrazar y palmear.

—Qué casualidad, Pampa, mirá dónde terminamos. Preparate unos mates para festejar —había dicho Parra, sin dejar de magullarlo a palmadas.

El Pampa hizo los mates y ese fue el principio. Ahora, cuando están solos, que es lo que ocurre casi todo el tiempo, uno es un poco más que el otro. Al Pampa eso no le molesta. Tampoco le molesta tener que darse una vuelta por la laguna.

—Se enfrió el agua, che. No dura nada. Este frío de mierda... ¿Calentás una pava antes de salir?

El Pampa se dirige a la pequeña cocina del fondo, llena la pava de agua y la pone al fuego. Después pasa al bañito que está al lado y se lava la cara con el agua helada de la canilla, se peina

los pelos cortos, renegridos, pinchudos, se sacude para despabilarse y se mira en el espejo. ¿Está contento, triste, entusiasmado, enojado? Se mira y no se decide, no puede saberlo. Ni siquiera su madre sabía ver si estaba triste, enojado, alegre o entusiasmado. Y el Pampa se enojaba si se lo preguntaba, ahí sí, se enojaba. Porque él no lo sabía, y sigue sin saberlo. El Pampa, cuando revisa con meticulosa objetividad el tumulto de sus sensaciones, las encuentra confusas y mezcladas. Si fuera por él, diría que siempre está contento, triste, entusiasmado y enojado. ¿Acaso no lo está todo el mundo todo el tiempo? Por eso busca en sus gestos. Pero en su cara todo se reduce a un levantar de las cejas negras y espesas, casi unidas sobre el puente de la nariz. Su madre tenía razón, después de todo. Parado frente al espejo del diminuto baño con techo de chapa, mientras espera que el agua se caliente en el cuartito de al lado, el Pampa se pregunta si su cara es solo su cara o hay algo más. El Pampa suele hacerse este tipo de preguntas. Y suele, también, no necesitar respuestas. Después de secarse la cara vuelve a la cocina. Se prepara una vianda para llevar y carga una cantimplora.

Cuando el agua para el mate está lista, saca la pava con un repasador y la lleva hasta el escritorio donde Parra golpea la radio y mueve la perilla, intentando localizar la emisora que le gusta. El Pampa sabe que Parra no sabe estar solo, y que por eso escucha la radio y se ríe de los chistes malos de los locutores. Pero últimamente las señales de la radio se han vuelto débiles, movedizas, y resulta imposible escuchar sin que de fondo no surja el hormigueo de la estática.

—Radio de mierda... —dice el suboficial ayudante Parra, moviendo ahora la antena para todos lados y sacudiendo el aparato—. Pará... ahí está... No, hija de puta...

—Me voy —dice el Pampa, y sin esperar respuesta, descuelga del tablero las llaves de la camioneta y sale. Parado en la puerta, respira profundo el aire frío de la tarde. La Ford de la patrulla está estacionada bajo el sol. El Pampa camina hasta ella, abre la puerta y sube como si alguien lo estuviera mirando. Es una ecuación inevitable: porque él siempre mira, siempre cree que lo están mirando.

—Si agarrás alguno y tiene algún pejerrey, traelo, que ando antojado. A la noche hacemos un fueguito —dice Parra, asomándose a la ventana.

El Pampa, ya arriba de la camioneta, asiente sin haber escuchado. La cabina de la camioneta está tibia, el asiento de cuero rajado le calienta los riñones. Es una sensación agradable. El Pampa pone en marcha el motor y lo deja calentar varios minutos. La camioneta tiembla y afuera todo es silencio, luz y frío. Después arranca y enfila. Mientras recorre el caserío piensa en la laguna, sonríe. O eso cree.

El Pampa Asiain se llama así, Pampa Asiain. El nombre se lo puso el padre, que era poeta. “Tullido y poeta”, como decía su madre, que estaba segura de que con eso lo definía bien. Porque no fue poeta hasta no estar tullido, hasta no perder la pierna izquierda bajo el peso de un Dodge sin ruedas que estaba arreglando en el taller mecánico de Pehuajó en el que trabajaba. Después de perder la pierna, indemnizado y no tan desesperado como se podría pensar, incluso cómodo en la estrecha órbita de su muñón, se fue volviendo poeta. Lo primero fue hablar. Hablar y tomar mucho vino. Pero su madre en esos momentos estaba embarazada, y era todo peso y silencio. No podía escucharlo. Y el Pampa también era silencio, una bola de carne indiferente que crecía frente a los dos. Entonces el padre, abrumado por ese silencio, empezó a escribir. Primero escribió sobre su pierna perdida: “Lo que más extraño es la rodilla”, escribió. Se quedaba mirando el muñón, moviendo el fantasma que los médicos le habían dicho que tendría. Movía el pie, los dedos de los pies, doblaba la rodilla. “Lo que más extraño es doblar la rodilla”, se corrigió después. Finalmente, para cuando empezó a ser una imagen que el niño Pampa podía recordar, una figura barbada y oscura sentada frente a la mesa de la cocina, mirando por la ventana el fondo alambrado de la casa, ya la pierna perdida había quedado en el olvido, y ahora escribía interminables poemas bucólicos que parecían querer nombrar con desesperación cada palmo monótono de llanura. El vino había vuelto ambicioso a su padre, y una vez que empezó a nombrar cosas, quiso nombrarlas todas. Cuanto más tomaba, más quería nombrar, y cuanto más se daba cuenta de la imposibilidad de hacerlo, más violento se volvía.

Para cuando el Pampa tuvo diez años, el padre se emborrachaba todos los días. Y a veces, incluso, se fingía borracho. Esos son los recuerdos que tiene el Pampa de su padre, todos relacionados con esas horas silenciosas de escritura y con las palizas a la madre o a él. A veces era una estatua de ceniza encorvada sobre la mesa de la cocina; otras, una figura torpe y violenta, que a saltos de muleta los perseguía y los alcanzaba. Pero a diferencia de la madre, el Pampa nunca les tuvo miedo a esos recuerdos. Porque no los cree. De una manera vaga, el Pampa sabe que ese poeta tullido y golpeador fingía más de lo que era. Fingía cuando escribía en sus cuadernos sucios, levantando la vista cada tanto para buscar una palabra en alguna distancia que le hacía arrugar los ojos; fingía cuando tropezaba en las noches con los objetos y las personas, como si tropezar fuera la única manera de mantenerse de pie ante la inmensidad del paisaje. El Pampa nunca vio a nadie que escribiera tanto, una y otra vez, lo mismo, a nadie que se emborrachara tan fácil y tan rápido como su padre.

Así que ese es su nombre, Pampa, como si su padre hubiera querido nombrarlo todo a través de él. ¿Fue un gesto de amor? El Pampa no lo sabe. Lo que sabe es que su nombre siempre ha hecho que lo miren con desconfianza. “Ese no es un nombre, es un sobrenombre”, le han dicho, le dicen una y otra vez. Y también está el tema del apellido. Porque no hay nada de gringo en el Pampa Asiain. Es morocho, de pelo grueso, lacio, de piel oscura. Es flaco, petizo, de poco más de un metro sesenta. Es lampiño. Tiene veintidós años pero todavía parece un adolescente de cejas tupidas y trágicas, de ojos negros acuciantes. De ojos negros que parecen también querer nombrar todo lo que hay en la llanura. Si hubo algún gringo en su familia fue hace mucho, y solo dejó el apellido.

Nombre y apellido, entonces, única herencia del padre, que lo ubican siempre en un lugar inapropiado ante los ojos de los demás. Porque los cuadernos, que el padre olvidaba una vez escritos y manoseados, fueron a parar a la tumba de la madre, para que los siguiera leyendo a escondidas, moviendo apenas los labios como si en esa lectura pudiera conjurar el miedo. Y porque la guitarra, eso el Pampa lo tiene claro, es algo que él ha robado.

A esta hora, la laguna se distingue a los lejos por una bruma que flota oscura en medio de la llanura. A medida que el Pampa se acerca, la bruma desaparece y el reflejo del sol sobre las aguas es un brillo ciego que brilla y ciega. No hay nadie en los alrededores. El Pampa detiene la camioneta casi al borde, al amparo de unos sauces, baja y respira el aire frío de la tarde. Cierra los ojos y se deja envolver por la nube de tierra que la camioneta ha levantado en el camino, se deja alcanzar. Cuando la tierra se aquieta abre los ojos y con mirada chica busca sobre la superficie del agua rastros de tramperos. No encuentra nada, ninguna botella de plástico flotando, ningún nylon cruzando por encima de la superficie hacia algún rincón oculto de la costa. Si hubo pescadores furtivos fue por la noche o en las primeras horas del día. Eso ya lo sabía, el Pampa, para eso no necesitaba venir hasta la laguna.

Durante varios minutos, de pie junto a la orilla, el Pampa siente en la cara la humedad helada que sube del agua. Mira ahora el cielo sin nubes. Inclina la cabeza hacia atrás y siente el mareo de la inmensidad y el silencio. Le gusta esa sensación. La llanura se extiende pareja en todas las direcciones y el Pampa mastica el sabor a tierra que le ha quedado en la boca. Es un sabor que, además de sed, le da otra cosa. Es un sabor, una textura que se parece a la fiebre. Y por un instante siente algo que no es un sentimiento sino un hormigueo preciso, exacto. Su madre está viva y le dan ganas de abrazarla. El Pampa se promete que la próxima vez que la vea lo va a hacer, y aunque esta es una promesa que nunca podrá cumplir, se lo promete en serio. Crédulo.

Un viento agita los pastizales de la costa opuesta. El Pampa espera y ve salir volando un par de patos. Nunca falla.

—Pum —dice, sin entusiasmo, mientras apunta al aire.

Después se agacha y se desata los borceguíes. Prolijo y sin apuro, se desnuda completamente y deja la ropa doblada sobre el asiento de la camioneta. Tirita. Tiembla. Es una figura casi infantil, esmirriada. Sobre su piel las costillas hacen sombra. Ahora el aire frío de la tarde accede a partes de su cuerpo generalmente vedadas, y siente un largo escalofrío. El Pampa se sacude esa sensación como un perro y trota hacia la orilla. Sumerge los pies y entra arrastrándolos, y cuando el agua le da por la cintura, se zambulle.

El agua está fría, muy fría.

Por un instante, en la superficie, las ondas concéntricas se expanden y debilitan. El Pampa permanece sumergido, conteniendo el aire, sintiendo los pinchazos sobre la piel. Parece esperar que, sobre su cabeza, el agua se aquiete. Vuelva a su estado de plana y aceitosa quietud. El

Pampa, sin darle demasiada importancia al asunto, juega por un largo minuto a las escondidas sintiendo el colapso helado de los pulmones. Y durante ese largo minuto cierra y abre los ojos y no ve nada en el agua oscura, casi opaca, apenas algún movimiento de luz. ¿Es el mismo frío el que siente con los ojos cerrados y con los ojos abiertos? La lucidez le recorre el cuerpo con una densidad glacial que lo vacía de pensamientos, y entonces todo es el movimiento de sus brazos y de sus piernas. Cuando ya no puede contener más el aire, larga todo en un borbotón, busca la superficie, respira y vuelve a sumergirse. Esta vez nada. Bracea hacia el centro de la laguna y cuando llega se deja flotar de espaldas. Con los ojos cerrados siente el sol en la cara y en el pecho. Se mantiene a flote moviendo los brazos y las piernas. Después se deja llevar nuevamente a la verticalidad y permanece con la cabeza afuera. Se sacude el agua de la cara y abre los ojos. Está en el centro de la laguna y todo a su alrededor, en la orilla, es una sombra que poco a poco se desgaja. El Pampa se mantiene a flote, mueve los brazos y las piernas en círculos. Es como andar en bicicleta y hacer equilibrio sobre una cuerda floja al mismo tiempo. Hay quienes hacen eso para vivir. El Pampa recuerda haberlo visto en algún circo mientras en otra parte ocurría algo que no podía ver, algo que se relacionaba con la distracción del equilibrio. Y ahora él hace equilibrio en el agua helada de la laguna. Mueve los brazos y las piernas, se mantiene a flote, hasta que deja de hacerlo. Su cuerpo comienza a hundirse y el Pampa mira mientras puede, con esos ojos que dan miedo o causan risa, hacia la costa más cercana donde la sombra ha ganado oscuridad y nitidez. Se hunde y vuelve a salir. De un árbol robusto, a unos metros de la orilla, cuelga una mujer. El cuerpo de una mujer. El Pampa no se asusta, más bien siente vergüenza. Acaba de darse cuenta de que está desnudo.

El Pampa Asiain nunca soñó con ser policía. Nunca soñó con ser nada. Si él tuviera que elegir, elegiría ser alguien que no duerme ni sueña nunca. Desde muy chico, a toda hora y sobre todo en las noches, realizaba recorridos por la casa en penumbras. Revisaba debajo de las camas, detrás de los aparadores, las alacenas bajas de la cocina. No buscaba monstruos porque un monstruo que se escondía en esos lugares no podía ser un monstruo peligroso. No buscaba otra cosa más que las capas de polvo y las marañas de pelusa. Constatava y daba vueltas por la casa hasta llegar a la habitación de sus padres. Entraba con sigilo, se sentaba en el piso, se apoyaba en el ropero, y miraba a su madre dormir. Controlaba su sueño. Si su padre estaba, lo escuchaba roncar y hablar dormido, masticar palabras sueltas como “hormiganegra”, “escarcha”, “arbolseco”, “madriguera”. Si su padre no estaba, lo esperaba. Porque, en realidad, no soñar ni dormir era más que nada eso. Vigilar a su padre. Trabrar las profusas cejas negras y mirar. No para evitar sus ataques de furia, que de todas maneras eran inevitables. El Pampa vigilaba porque esa era la única manera de no tener miedo. Podía pasarse horas acechando a su padre, quieto frente a sus cuadernos en la mesa de la cocina. Incluso a veces se escondía debajo de la mesa, amparado por la sombra del mantel, y mientras escuchaba a su padre murmurar las mismas palabras de los sueños, “escarcha”, “madriguera”, “arbolseco”, “hormiganegra”, vigilaba el muñón. Trababa sus cejas negras y contemplaba el nudo oscuro de ropa que lo cubría. Y el miedo entonces era tan intenso que estallaba y se desvanecía.

Ya más grande, a los once años, después de la muerte de su padre, el Pampa se animó a salir de la casa para recorrer algunas cuadras pasando revista a las rutinas, observando entre la sorpresa y la desconfianza la cohesión de los días. Los comercios abiertos y cerrados según el horario, los autos estacionados siempre en el mismo lugar, las mujeres baldeando las veredas por la mañana o yendo al almacén, las siestas y las madrugadas de calles resplandecientes de soledad, salvo por algún perro de trote oblicuo. Y a cualquier hora del día, don Taschetta, sentado en un banco de plaza bajo la ventana de su casa, exiliado y meditabundo, comiendo semillas de girasol y escupiendo continuamente las cáscaras en la vereda. El Pampa pasaba junto a él sin mirarlo, con el corazón en la garganta. Y cuando llegaba a la esquina se escondía detrás de un árbol y lo vigilaba por largos ratos. A veces, él también comía semillas de girasol. El Pampa sospechaba, podía pasarse horas sospechando detrás del árbol. Había en la quietud de ese hombre algo que le recordaba a su padre. La sospecha era entonces, para él, una oscura y desconcertante forma de cariño.

Las rodillas de la mujer, un poco gordas y grises, están a la altura de su cabeza. El Pampa, ya seco y vestido, antes de meterse bajo la sombra del árbol huele, en el aire helado de la siesta, el olor agrisado de la primera descomposición. Frunce la nariz, busca, se rasca la mandíbula y contabiliza el zumbido concentrado de las moscas.

El Pampa ha visto muertos. Se los han mostrado en la Escuela de Policía. Pero siempre estaban horizontales y ya vencidos, sin escenario ni escena, desnudos, intervenidos. Esto es distinto. En el cuerpo de la mujer que cuelga la violencia todavía está presente.

El Pampa respira hondo y se acerca, deja que las moscas lo incluyan en su círculo obsesivo. Ha evitado hasta el momento mirarla a la cara. Sabe, tiene la certeza de que conoce a la mujer. Pero no es solo eso. Aunque no la conociera, una vez vista la cara todo lo demás perdería nitidez. La muerta sería su cara, y ya no sería tan fácil para él hacer lo que está haciendo. Trabar las cejas negras y mirar.

La mujer está descalza y lleva una minifalda de jean. Los pies son grandes, de talones ásperos, y están hinchados y azules. Tiene las uñas pintadas de rojo. Las piernas son pálidas y los muslos amplios tienen estrías y oscuras várices que transparentan la piel, cada vez más escamosa a medida que los muslos suben hacia la entrepierna. El Pampa cree percibir una sombra que flota sobre el borde interior de la minifalda, ahí donde los muslos casi se tocan. Una sombra que no pertenece a nada. La mujer tiene barro seco en la parte de atrás, desde los talones hasta la minifalda. El Pampa camina alrededor, la rodea, respirando poco y por la boca para que el olor no lo confunda. Ha llevado las manos atrás de la cintura y se agarra una con la otra, para evitar la tentación de tocar. De empujar y romper la quietud. El cuerpo de la mujer tiene tenues rasguños en las pantorrillas.

Después de varias vueltas el Pampa levanta las cejas y la mirada. Las piernas son de una mujer pero, a medida que sube, el cuerpo va perdiendo edad. Las manos de la mujer, también azuladas y de uñas rojas, están atadas detrás del cuerpo. Lleva puesta una camiseta blanca y ancha, con el cuello estirado que deja uno de los hombros al descubierto. La camiseta, a diferencia de la minifalda, está limpia: le han sacado ropa, han querido mostrar algo. Sobre la espalda, el pelo de la mujer, rubio pero de raíces negras, cae en desorden más allá de los hombros vencidos. El Pampa lo mira con detenimiento y decide que no es la muerte la que lo ha desordenado, que así es el corte de pelo. También presta atención al nudo que ata las manos. Es un nudo mal hecho. A la mujer la ataron después de muerta porque si lo hubieran hecho antes se hubiera liberado fácil.

Una vuelta más y el Pampa ya está listo para mirarla a la cara.

El cuello es largo y fino y está rodeado por una cuerda gruesa y ajustada que sube hasta el árbol. La cabeza de la mujer está volcada hacia el costado. El cuello parece más largo de lo que es, torneado por claroscuros grises y verdes. Efectivamente, el Pampa conoce a la mujer. En un caserío de doscientos habitantes, era imposible que no la conociera. Pero por ahora eso no viene al caso, hay otras cosas más importantes a las que prestarles atención. Están los golpes que le deforman uno de los ojos. Las gotas de sangre seca que le salen de la nariz. Tiene, además, la boca roja, con la pintura de labios un poco corrida, como si hubiese estado besando largamente. Al Pampa no le gusta el sabor de los labios pintados, le cuesta entender que ese sabor tenga algo que ver con el sexo o el amor. El maquillaje es para los muertos. Mientras mira los ojos, uno completamente cerrado por la hinchazón de los golpes y el otro apenas entreabierto, intenta sacudirse esas ideas. Intenta no espantar las dos moscas que reposan sobre el labio inferior de la mujer. Aprieta un poco, apenas, las manos en la espalda, y se arrima más para ver en detalle, lo mejor que puede, el punto brillante sobre uno de los costados de la nariz. La cabeza de un aro, casi un alfiler. El Pampa suspira y trata de sacar la cuenta, de recordar cuándo fue que vio por última vez a esa chica, y si tenía ese aro en la nariz. Porque de pronto la mujer se transforma en chica, tiene edad, nombre, gestos. Es la hija de Castellanos, el ferretero. Desde que él está en el pueblo, desde hace más de un año ya, la vio apenas un par de veces. No recuerda su nombre de pila. Solo recuerda que es la hija de Castellanos, que es un poco menor que él, y que estudiaba en Buenos Aires. No sabe, no puede recordar si el aro ya estaba ahí la última vez que la vio.

Espantándose las moscas el Pampa retrocede. Da varios pasos hacia atrás y se detiene. Mira un rato y después retrocede un poco más. Se pone en cuclillas, aguanta hasta que las piernas se le cansan y se sienta. Todo esto sin dejar de mirarla. Después de un rato se pone de pie y se vuelve a acercarse. Sin tocarla, se agacha, se pone debajo del cuerpo para tratar de ver si lleva puesta bombacha. Arrodillado, achica los ojos y atisba, busca un resquicio en la penumbra de los muslos y encuentra al final una mancha blanca. El Pampa chasquea la lengua reseca, se frota la cara con el puño del uniforme secándose un sudor inexistente y vuelve a alejarse. Se sienta en el mismo lugar que antes y mira a la chica. Debería ir a buscar un abrigo pero no lo hace. Durante varias horas permanece así, mirando con las cejas negras casi unidas sobre la nariz, la frente surcada por tres arrugas horizontales. Su mirada es tan intensa que alguien podría pensar que está intentado devolverle la vida.

—¿Estás ahí?

—Sí, mamá. ¿Querés que me vaya?

La madre no respondía y el Pampa a veces creía que sí debía irse, y otras creía que no. Después de la muerte de su padre los años pasaron y él ya no era un niño. Ya no le resultaba tan fácil sentarse en un rincón, en la penumbra del cuarto, mientras su madre dormía. Había en su cuerpo una inquietud nueva y las piernas y los brazos le causaban extrañeza. Había nudos bajo su piel. Había temblores.

—¿Estás ahí?

El Pampa siguió estando, pero dejó de responder.

Hasta que su madre dejó de preguntar y, finalmente, una noche cualquiera de sus catorce años, él dejó de estar ahí.

Cuando el sol comienza a declinar y las sombras de los árboles se mueven y estiran, reconfigurando el paisaje, el Pampa destraba su cuerpo aterido y se pone de pie. No sabe mucho más de lo que ya sabía cuando se sentó ahí, varias horas atrás, pero sí sabe que eso que tiene enfrente, y que ahora cambia bajo el final de la tarde, es una escena montada. Alguien la colgó ahí después de muerta. Alguien que quiere que la descubran así. El cuerpo de la chica, bajo la luz oblicua que traspasa las ramas más bajas, tiene un matiz dorado y líquido. Ese cuerpo va perdiendo las formas, se va licuando dentro de los límites de la piel, y muy pronto va a ser muy difícil permanecer cerca de él.

El Pampa piensa eso porque eso es lo que ha decidido hacer. Permanecer cerca. Pero para permanecer cerca, primero tendrá que alejarse.

Después de estirar como un gimnasta aplicado las articulaciones entumecidas, el Pampa rodea otra vez el cuerpo pero estirando el perímetro más allá del árbol. Busca y no tarda en encontrar. Las huellas de un auto. Las sigue con la vista, son fáciles de seguir. Van hacia el mismo camino por el que vino él. Asiente. Confirma. Decide. Siguiendo las huellas rodea la laguna con paso lento, como si contara los pasos que da, y sube a la camioneta. Enciende el motor y piensa un rato, mientras se frota las manos heladas intentando recuperar un poco de calor en el cuerpo. Toma la radio y llama al destacamento. Parra demora en contestar.

—Andrés, ¿me escuchás? Andrés...

La estática de la radio zumba y el Pampa sabe, tiene la certeza de que Parra está ahí, riendo en silencio con la radio en la mano. Alrededor del Pampa, de la camioneta, el aire se oscurece.

—Andrés... Acá Pampa, ¿me copiás? ¿Me escuchás?

El silencio dura un poco más. Ahora Parra, lo sabe el Pampa, debe estar intentando controlar la risa para contestar con seriedad.

—Te copio, Pampa, sí. ¿Encontraste algo?

—No. Pero hay rastros de una camioneta. Deben haber venido de noche. Seguramente vuelvan, me voy a quedar a ver si esta vez los agarro.

El oficial ayudante Parra hace silencio. Piensa en lo que eso significa para él, que tiene que pasarse la noche solo en el destacamento, de guardia. Con ellos tendría que haber un tercer policía, alguien de rango superior, pero nunca llegó. Solo son ellos dos, y se turnan para quedarse en el destacamento. O al menos dicen turnarse, porque la mayoría de las noches se quedan los dos, haciéndose compañía. Pero lo dicen, son ordenados. Para ellos es importante saber, cada

noche, quién acompaña a quién. Y entonces uno acompaña al otro, la mayoría del tiempo jugando a las cartas, y cuando logran vencer la estática, escuchan músicas extrañas en emisoras que nunca están en el mismo lugar del dial. El oficial ayudante Parra sigue haciendo silencio. Piensa en las horas vacías que le esperan, se alza de hombros, mira la radio que tiene en la mano. El Pampa también mira la radio que tiene en la mano.

—Te vas a cagar de frío, Pampa. Venite y te dejo ganar unas manos de chinchón.

El Pampa no contesta. Parra sabe que no va a contestar. Ninguno de los dos piensa decir nada más, ni espera que el otro diga algo, pero se quedan mirando la radio que tienen en la mano. Después la apagan casi al mismo tiempo. El silencio del campo y el silencio del destacamento son muy distintos pero también son muy parecidos.

La estática de la radio es, a veces, el sonido de los días. Tienen un viejo minicomponente con la compactera rota que el oficial ayudante Parra rescató de algún lado. Cuando las emisoras se pierden y solo queda la estática, el volumen sube. Se han acostumbrado a ella, es un murmullo que muerde el silencio. Son muchas las horas en las que no saben de qué hablar, y entonces la estática mastica, roe. Para Parra, que es impaciente, lo que roe es el tiempo, esos minutos que están ahí y después no están. Para el Pampa, que es paciente, lo que roe es la luz. Dentro de la radio hay un animal que mastica luz. Lejano, de dimensiones que el Pampa no logra imaginar del todo. Una especie de caballo alto, gigante, en medio del campo. Ese sonido puede pertenecer a él. Si mastica, si roe luz, es entonces un caballo blanco, con manchones que de lejos parecen cráteres lunares. A veces, en las siestas en que la luz es abrumadora, cree verlo pastando en la llanura. Es gigante y siempre está quieto. El Pampa reniega de esa imagen, no sabe de dónde ha venido. Y para sacársela de encima habla.

—Galíndez está más callado que nunca —dice entonces.

Parra hace una mueca y chasquea una sonrisa. Es un chiste recurrente, que ha envejecido rápido, del cual ya no se pueden desprender. Galíndez es el tercer policía, el que nunca llegó, su superior inmediato. Galíndez no es su único nombre, tiene muchos, y de tanto nombrarlo han logrado que a veces esté ahí, con ellos, más callado que nunca. Porque Galíndez nunca habla. Es un superior, y ninguno de los dos sería capaz de poner palabras en su boca. Respetan su autoridad. Lo nombran solo lo suficiente.

Después de colgar la radio de la patrulla, el primer impulso del Pampa es volver a donde está el cuerpo de la chica. Siente malestar, una inquietud en el estómago por no estar ahí. Mira la oscuridad creciente por la ventanilla de la camioneta. Sabe que ella está ahí, colgada detrás de los árboles, oculta y escandalosamente visible al mismo tiempo. Ahora el Pampa piensa, siente que podría verla desde cualquier lugar. Siente y piensa que la está viendo, y eso lo incomoda, porque él es muy respetuoso, y entre las cosas que más respeta está la línea que divide lo visible de lo invisible. Tal vez si volviera podría sacarse de encima esa sensación. Pero no vuelve. No lo hace porque ha tenido, en las horas que pasó frente a ella, un pálpito.

El Pampa, superando esas sensaciones que desconoce y quiere seguir desconociendo, arranca la camioneta y vuelve al camino principal. No se dirige hacia el pueblo, sino en sentido contrario. Hace un kilómetro y se desvía por un camino de tierra. Son doscientos metros hasta la casa del viejo Gatti. La sombra de los eucaliptos que rodean la construcción la borran, la vuelven un bulto chato e informe. Cuando la camioneta ha recorrido la mitad del camino las luces de la casa se encienden. El viejo Gatti ha escuchado la camioneta y ha encendido las luces como quien se viste al escuchar el timbre. El Pampa sabe que Gatti, cuando está solo, prefiere la oscuridad o la luz de una vela que lleva de cuarto en cuarto, a medida que se mueve por las cuatro habitaciones de la casa o se sienta en la galería a fumar el último cigarro de la noche. Lo sabe porque lo ha espiado, lo ha vigilado. La primera vez que fue a esa casa, hace ya casi un año, lo hizo por la misma denuncia sobre pescadores furtivos. Desde entonces el viejo Gatti, al menos una vez por mes, hace la denuncia, llama por teléfono o se presenta él mismo en el destacamento. Nunca agarraron a nadie, pero han encontrado tramperos y huellas de autos, incluso algún que otro pescado destripado junto a la orilla de la laguna. El Pampa, sin embargo, no cree que existan. No cree además que existan peces en esa laguna quieta y sin vida. Para él es un juego del viejo Gatti, y por eso siempre que hace la denuncia él se ofrece para ir. Porque quiere enfrentarse al viejo. Esa primera vez, un mediodía agobiante, el viejo Gatti lo convidó con un vaso de vino con hielo y soda, que el Pampa aceptó. Mientras lo tomaban bajo la sombra de los eucaliptos, escuchaban a los chanchos. El viejo Gatti vende los mejores lechones de la zona, y tiene detrás de la casa el corral. Cada vez que el Pampa va a la casa, el viejo Gatti lo lleva hacia el fondo con cualquier excusa, y lo obliga a escuchar y a mirar los chanchos. Y mientras él mira los chanchos, el viejo Gatti lo mira a él. Fue el mismo viejo el que le contó la historia: “Antes de que se lo digan otros, se lo digo yo. Hace diez años, mi mujer me dejó por otro hombre. Se cansó de esta

vida, se cansó de escuchar el barullo de los chanchos noche y día, y se fue. Eso digo yo y eso dicen algunos. Otros dicen que la maté y se la di de comer a los chanchos. Y los más maliciosos dicen que por eso mis lechones son los más ricos de la zona. Se lo digo para que sepa. Yo no tengo nada que ocultar, vea. Estos son mis chanchos. Este soy yo. Esta es mi casa”. Eso dijo el viejo Gatti, masticando un hielo, con el vaso vacío en la mano. Detrás del corral, al final de la propiedad y junto a los árboles, el Pampa contempló esa primera vez el destartado cuarto donde Gatti faena y trabaja. Y después miró al viejo, su cara arrugada por el resplandor, y vio que a sus ojos claros el resplandor no les hacía nada.

—Buenas noches, oficial. ¿Pasó algo?

El viejo Gatti, esta noche, parece asustado. No es como las otras veces, en que el Pampa siempre ha sentido que lo esperaba. Esta vez es distinto. De pie ante el umbral, encorvado y envuelto en un poncho raído y recortado por la luz que sale por la puerta abierta, el viejo Gatti recela ansioso, tiene algo de animal encandilado, quizás por esas mismas luces que él ha encendido. El Pampa baja de la patrulla y camina en silencio hasta la galería, disfruta de su silencio, se acerca. Camina como si contara los pasos que de hecho cuenta. Catorce pasos. Se detiene a unos metros.

—Vine por la denuncia —dice.

—¿Qué denuncia? —murmura el viejo Gatti, y su voz ha rejuvenecido por el desconcierto.

—La de los pescadores. ¿No llamó usted a Trenque Lauquen para denunciar?

—¿A Trenque Lauquen? ¿Y por qué iba a llamar a Trenque Lauquen?

—Eso mismo me decía yo. Usted siempre nos llama a nosotros. Me pareció raro.

—No. Yo no llamé. Hace como tres semanas que no veo pescadores...

El Pampa asiente, evita mirar a Gatti y mira la noche sobre los eucaliptos, porque quiere sentirse mirado. Sabe, de una manera oscura comprende que a veces la mejor manera de saber algo del otro no está en la mirada que uno ve, sino en la que siente sobre el cuerpo. El Pampa mira la noche en silencio. Finalmente se vuelve hacia Gatti.

—Debe haber sido un error o una broma, entonces.

El viejo Gatti hace una mueca. Parece disgusto y es alivio. Murmura algo que no se entiende. Carraspea una risa que no llega.

—Buenas noches y disculpe las molestias —dice el Pampa.

El viejo Gatti asiente, parece recuperado de la sorpresa.

—No se preocupe, oficial. Si no fuera tan tarde le ofrecería un vaso de vino.

El Pampa hace un gesto entre agradecimiento y despedida, se da vuelta y se va. Mientras camina hacia la camioneta puede escuchar, desde el fondo de la casa, sumidos en su propia noche, el barullo interminable de los chanchos.

¿Estará repitiendo los errores de su padre? A veces, entre canción y canción, en el silencio curvo del silo, el Pampa contempla la guitarra en sus manos. “Hormiganegra”, “madriguera”, piensa. De pronto, la guitarra se le vuelve un objeto extraño y no sabe qué hacer con ella. La extrañeza sale de la guitarra, vuelve nítidos sus contornos, destella con la luz mala que todo objeto posee y esconde, e inunda la soledad geométrica del silo. Ahora la extrañeza es el objeto y el Pampa siente que le falta el aire, no sabe qué hacer con él y no sabe qué hacer con sus pulmones, que también se vuelven nítidos en la oscuridad del cuerpo. Sumido en esa quietud frente a la guitarra, se siente perplejo, abatido. Como si de pronto viera en ese objeto incomprensible el cansancio de las cosas. El cansancio. Como si de pronto descubriera que el mundo ya ha terminado, y que lo que vive es solo un eco, una distancia que recorre, una velocidad que se detiene lentamente, y ese objeto que tiene en las manos fuera una reliquia oscura, un muñón. Y entonces tiene que usarla, sacarle ese súbito misterio. Reacciona contra la amenaza. Hace un gran esfuerzo y vuelve a tocar, vuelve a cantar. Se apura, canta mal, toca peor. Desafina. Hasta que la amenaza pasa de largo porque en la llanura siempre, casi todo, pasa de largo.

Ya es de noche cuando el Pampa llega otra vez a la laguna. Ha seguido el camino de tierra pero no se detiene en el mismo lugar que antes. Se desvía, da la vuelta a la laguna y se mete en un zanjón de arbustos crecidos, el cauce seco de algún antiguo arroyo. Ahí estaciona, sobre la huella de otras veces. Ese es el lugar desde donde acecha a los pescadores furtivos que nunca ha visto.

Pero ahora el Pampa no va a permanecer en la camioneta. Se pone el camperón, se enrosca la bufanda y guarda los guantes en un bolsillo. Revisa su arma reglamentaria, saca una linterna, la cantimplora y la vianda, y termina de rodear la laguna a pie. Esta vez no cuenta los pasos ni camina como si lo hiciera. Camina rápido, busca en la oscuridad. Cuando alcanza a divisar el cuerpo de la chica, todavía colgado del árbol, siente alivio. Ya cerca del cuerpo, busca el mejor lugar para esconderse, para pasar la noche. Primero a ras del suelo, entre los matorrales. Busca algún hueco, alguna hondonada. Después levanta la vista y mira la copa de los árboles. A unos diez metros del árbol en el que cuelga la chica, el Pampa descubre un ombú que se retuerce y engorda alimentándose de su propia sombra. No recuerda haber visto antes ese ombú, pero es así como los ombúes aparecen. Son, en el campo, lo más real y lo más fantasmagórico. El Pampa lo elige por varias razones. Primero porque desde su copa frondosa podrá ver sin ser descubierto, porque podrá subir y bajar fácil; segundo y sobre todo porque no tendrá que ver, en la noche, el bulto mismo del ombú. Es una de las pocas cosas que aprendió de su padre. Cuando en la llanura un ombú aparece y se va a pasar la noche a la intemperie, hay que alejarse hasta perderlo o acercarse hasta que desaparezca.

Ágil y experto, el Pampa sube al árbol y se acomoda en una rama gruesa. Siempre se sintió más ágil en las sombras que en la luz. Como si sus músculos fueran tan tímidos como él. Envuelto en el follaje del ombú, se acomoda para encontrar un punto de visión. Suspira y el aire que sale de su boca se vuelve visible. El cuerpo está ahí, quieto, como si flotara en la noche, que de pronto ya tiene esa consistencia que elimina la importancia de las horas. Es de noche y punto. Y en la noche el Pampa vigila. La chica es una mancha negra y ante su mirada fija parece fosforecer con bordes de un rojo oscuro. Parece ser una mancha que está en los ojos y no ahí afuera. El Pampa hace un esfuerzo y deja de mirar porque sabe que si no hay detalles, el ojo inventa, y eso no le sirve. Por entre las ramas más altas, ve el cielo. No hay luna. Hay muchas estrellas, manchones blancos que se dispersan. El frío viene de ellas pero también del suelo. Apoyado contra el tronco, saca uno de los sándwiches del tupper y come despacio. Es de pan

casero con rodajas gruesas de salame y un queso duro y picante. Mastica cada bocado como si fuera el último, lo hace durar. Sabe que la noche va a ser larga.

Desde el principio, desde los primeros ejercicios de tiro, el Pampa Asiain descubrió que tenía muy buena puntería. Pero desde el principio, también, descubrió que le convenía ocultarlo. No había, en esta conveniencia, una idea clara que la respaldara. Simplemente le parecía que era algo que solo debía saber él, que la puntería no era algo que se podía compartir.

Al Pampa no le gusta tirar. No le gusta la experiencia física del disparo. Tampoco se siente cómodo con el olor de la pólvora, con la vibración que le queda en el cuerpo. No es que les tenga miedo a las armas. Es solo que es demasiado estruendo, demasiado alboroto. Pero hay veces en que no puede evitarlo. En que, como la guitarra, el arma se le vuelve un objeto extraño, ahí en el cinturón sobre la silla, ahí sobre la mesa, aceitada y limpia. Y entonces tiene que disparar, tirar. Se sube a su vieja Honda 100 y se pierde por los caminos de la zona. Busca los campos más descuidados, las extensiones más solitarias. Busca en el horizonte la comba de la tierra. Deja la moto y camina sin dirección. Se detiene. Contempla un largo rato, el cuerpo lleno de resortes minúsculos. Y luego saca la Beretta 9 mm y apunta. Porque aunque no haya blanco visible, el Pampa toma el arma con las dos manos, extiende los brazos en línea recta y apunta. Y dispara. Tira una, dos, tres veces. A lo sumo cinco disparos espaciados. Los disparos resuenan sin eco, se pierden, y solo cuando uno se ha perdido el Pampa realiza el siguiente. Después, con el silencio renovado zumbando en los oídos, con la Beretta que ha vuelto a ser la Beretta, humeante y caliente en las manos, el Pampa busca la sombra de un árbol y come algo sentado a los pies del tronco, sintiendo cómo esa vibración se va perdiendo. Las balas han caído mucho antes, a segundos del disparo, pero para él recién terminan su recorrido ahí, cuando esa sensación se desvanece. La dirección es lo que siente, la materia, el cuerpo, convertido en dirección. Un rato más tarde, calmado y satisfecho, el Pampa cierra los ojos y se entreduerme un poco. No duerme mucho. Cuando despierta, vuelve al lugar desde donde realizó los disparos y camina en línea recta, contando los pasos. A veces tiene que andar un kilómetro y medio, a veces más. Depende del viento. Camina entre pastizales mirando el suelo. Buscando las balas. Puede pasarse horas, puede, incluso, llegar la noche. Y entonces el Pampa se convierte en algo que es la cruz exacta entre un animal y un insecto. Una criatura que avanza en cuatro patas por el medio de la llanura, con la linterna en la boca, lento y meticuloso. Una bestia reconcentrada del tamaño de un perro grande y boca iridiscente, que se mueve en círculos obsesivos, que no descansa ni se distrae. El Pampa no se va hasta no encontrar todas las balas que ha disparado. Más tarde, ya en su habitación, guarda los proyectiles, siempre intactos, que no han dado en ningún blanco, en un

cajón de su mesa de luz. No hay nada más que esas balas en el cajón, y cada vez que lo abre, las balas ruedan sobre la madera y se entrechocan. No hay una razón para que el Pampa haga esto. El Pampa solo abre ese cajón para guardar otras balas usadas, y luego se olvida de que están ahí. Hasta que de pronto las recuerda.

El Pampa, sentado a horcajadas en la rama del ombú, los pies colgando en el vacío, come semillas de girasol para no dormirse. Para no dormirse y para no temblar. La noche es muy fría y se ha oscurecido, como si el rocío de la helada nublara las estrellas. A diez metros, el cuerpo de la mujer se confunde, por momentos, con el aire negro de la madrugada.

Han pasado las horas y no ha habido cambios ni novedades. Solo la vaca, en algún lugar.

Hace un buen rato ya que el mugido de una vaca perturba el silencio. Algo le pasa a esa vaca. Es un mugido sufriente, una queja. El Pampa ha intentado calcular la dirección y la distancia, pero el viento engaña y la llanura también. La noche no, la noche no engaña, pero el viento y la llanura sí lo hacen. La vaca a veces parece estar casi debajo del ombú, y al mugido siguiente parece estar a kilómetros de distancia, un quejido ahogado y extremo. ¿Es una vaca vieja y moribunda, un ternero perdido? El Pampa piensa de pronto que el mugido debería provenir del cuerpo de la mujer. Ahí colgado. Descomponiéndose. Sabe que no es así, el Pampa no se confunde, pero piensa que debería ser así. Que ese cuerpo debería quejarse.

La vaca vuelve a gemir. Es un mugido prolongado, un desgarró que se quiebra sin callarse y más que terminar parece que se aleja. El Pampa lo escucha y piensa en la hija del ferretero, colgada ahí, muerta. La mira y piensa en ella. ¿Cuál era su nombre? El Pampa no sabe de almas en pena pero intuye la pena de los cuerpos. Cada tanto el viento helado de la noche le trae el olor de la descomposición. La forma humana todavía se mantiene suspendida en el aire, aunque ya es otra cosa. Y esa otra cosa es la que atrae a la sombra que ahora el Pampa ve, rastrera y sigilosa, amparada entre raíces y pastos altos.

Por el tamaño, por la forma de moverse, el Pampa adivina una comadreja. Es una comadreja de gran tamaño, de esas que rara vez se ven porque su lentitud las ha vuelto desconfiadas. Pero, en esta noche, su tamaño disminuye ante el prodigio de algo más grande que ella. Ese cuerpo. La comadreja se acerca. Avanza y retrocede, su pequeña cabeza se estira en la oscuridad y olfatea el aire. El Pampa contiene la respiración. No quiere espantarla. No sabe por qué, pero no quiere hacerlo. La comadreja no es lo que él ha estado esperando, y por lo tanto no debe intervenir. El Pampa espera, espera y se dice que lo que está esperando es algo distinto, que no le importa lo que haga la comadreja. El cuerpo cuelga y se transforma en otra cosa, la comadreja olfatea el aire con cabezazos nerviosos, la vaca muge invisible en la distancia. El cuerpo, la comadreja, la vaca, piensa el Pampa. Una gota se ha condensado en su nariz y él se la limpia con la manga. El Pampa traba la mandíbula y aprieta los dientes, se sacude el frío y las ideas. Pero el frío y las ideas, las

imágenes, vuelven y se mezclan. Y entonces la comadreja se queja, y el cuerpo de la hija del ferretero olfatea el aire de la noche, y la vaca en la distancia se transforma en otra cosa. ¿De qué se queja la comadreja? ¿Siente, el cuerpo, los olores vivos que emanan de él? ¿En qué se transformará la vaca? El Pampa, lentamente para no hacer ruido ni perder el equilibrio, se inclina, saca el arma reglamentaria y apunta en la noche. No apunta a nada en particular, pero apunta por encima de la laguna. Y detrás de la mira los pensamientos se ordenan.

El mugido de la vaca, de a poco, se va convirtiendo en parte de la noche. Y de a poco, la comadreja va tomando confianza, cerrando el círculo. Ya está debajo del cuerpo y la cabeza se vuelca hacia atrás, como si de pronto enfrentara la revelación de un dios. Sentada sobre la cola, se yergue, hace equilibrio, y las patas cortas y elásticas bracean en la oscuridad para ayudarla a mantener el equilibrio. Se estira y finalmente llega. Ha llegado al extremo de uno de los pies. El Pampa por un momento tiene la esperanza de que la comadreja no coma porque el cuerpo lleva demasiadas horas muerto, pero se equivoca. La comadreja muerde, y solo basta esa primera mordida para que su cuerpo abandone el acecho y el sigilo y se estire. Las patas delanteras, ahora, se apoyan sobre los pies de la chica, de la hija del ferretero, y los manipulan mientras hunde los dientes. Al Pampa los ojos se le llenan de lágrimas. Está hipnotizado, es incapaz de moverse. Pero además sabe, se dice que no tiene que hacerlo. A través de las lágrimas, ve la sombra de la comadreja erguida, la ve enorme, y en un segundo de esta ceguera húmeda, en un pestañeo que desprende una lágrima, la visión cambia. La comadreja, la figura erguida de la comadreja, parece la figura de un niño. Un niño deforme, de brazos cortos y cabeza pequeña. La vaca es ahora un estertor lejano, y lo único que el Pampa escucha es el sordo desgarrar de la carne, el chasquido de los dientes al quebrar los huesos diminutos del pie.

Eso es ahora el silencio. El silencio de la noche que lo aturde y lo ciega.

¿Cuánta noche hay amontonada en este instante?

Durante varios minutos, el niño deforme come, concentrado, con una gula mecánica, rítmica. Y entonces el Pampa vuelve a apuntar y dispara.

El Pampa Asiain, por carácter y entrenamiento, desconfía de la imaginación. En infinidad de tardes muertas en las que lo único vivo era el muñón de su padre, escondido bajo la mesa de la cocina, el Pampa aprendió a no dejarse dominar por ella. Desde entonces, cada vez que siente el vértigo vacuo que sube o baja por su cuerpo, intenta controlarlo, comprimirlo entre los dientes. Porque cada vez que el Pampa Asiain imagina, traba la mandíbula. El Pampa no es ingenuo. Sabe que no podrá eliminarla. Pero al menos no se deja ganar por el entusiasmo. La deja ser y languidecer. La menosprecia. Desde que tiene memoria, nada bueno ha venido de ella. La imaginación siempre ha generado en él un sentimiento confuso y tumultuoso. Abrumador. Como si de pronto hubiera demasiada sangre en su cuerpo. ¿Qué le pasa a la sangre cuando la mente imagina? ¿Cambia de densidad, de color, de velocidad? En el muñón de su padre la sangre latía. El Pampa tiene cicatrices en su cuerpo que nadie conoce.

Ya no se escucha la agonía de la vaca, ya no se ve la sombra de la comadreja. El disparo ha limpiado la noche, la ha dejado vacía, inmensa, helada. Solo el cuerpo de la hija del ferretero colgando del árbol, solo el Pampa, a diez metros de él, en la rama del ombú. Ha guardado la Beretta y siente su tibieza a través de la ropa, calentándole la pierna. Por un rato el olor de la pólvora lo mantiene despierto, el incordio de ese proyectil que nunca encontrará. Pero el olor se desvanece en el frío de la madrugada y el disgusto también. Queda entonces la noche. El Pampa, que no es un hombre que se engaña a sí mismo, sabe ya que no podrá evitar dormirse. Piensa en bajarse del árbol, en volver a la camioneta. Pero así como sabe que va a dormirse, sabe también que si hace eso, si se baja del árbol y va a la camioneta, no lo hará. Entonces, las opciones son esas: quedarse y dormirse en el ombú, con riesgo de caerse, o volver a la camioneta y pasarse toda la noche despierto, más cómodo pero acuciado por lo que pueda pasarle al cuerpo de la hija del ferretero. El Pampa decide quedarse. Confía en su destreza física, en el equilibrio de su cuerpo, más de lo que confía en su mente. Elige ese desvelo. Y cuando lo elige, se lleva una semilla de girasol a la boca y la retiene. Saborea la sal, la mueve con la lengua, pasa un rato largo y la escupe sin comerla. Hace eso otra vez. Juega con la semilla en la boca, la traba entre los dientes como si fuera a partirla, y la escupe. Pierde la cuenta de las veces que lo hace. Pierde algunas otras cuentas, los ojos se le cierran, y se duerme. Sueña que él es la comadreja. Es un sueño que se repetirá a lo largo de las horas, en retazos, en fragmentos intensos. Él es la comadreja, erguida y elocuente en la oscuridad, y no sabe si lo que está haciendo es masticar o hablar.

El Pampa no lo sabe, no está seguro, y nunca se atrevió a preguntárselo a su madre. Cuando ella quedó embarazada, ¿su padre ya había perdido la pierna? Lo que quiere saber el Pampa es esto: ¿fue gestado por un hombre con una sola pierna? Y si es así, ¿es posible que haya algo de eso en él? Una ausencia, un fantasma, algo incompleto. O al contrario, algo que le sobra, que no le permite sentarse, andar, acostarse como al resto de las personas. Una inquietud. En los entresueños de las guardias, en los despertares abruptos en medio de la madrugada y el silencio de su habitación, el Pampa puede encontrarse con esa penumbra dentro de los ojos. Ahí, sin previo aviso, el Pampa puede volver a estar debajo de la mesa de la cocina. Su recuerdo exagera la penumbra, pero no la negrura del muñón. Hay veces en que el Pampa cree que sí, que el padre ya había perdido la pierna. Hay veces en que piensa que no. Ninguna de las dos posibilidades lo satisface plenamente.

Cuando el Pampa se despierta se tambalea en el árbol. Lo que lo confunde no es el despertar repentino, cosa para la que ha sido entrenado durante años, sino el cambio del aire. El frío es el frío pero además hay viento. Y oscuridad. Una oscuridad palpable. El Pampa mira el cielo entre las ramas húmedas del ombú y ve un cielo cubierto de nubes. Nubes que se mueven y muestran no ya su piel lejana y gris sino sus cercanas entrañas rojizas. La oscuridad ahora no solo es palpable, sino que además tiene velocidad. Baja la vista y busca más allá el cuerpo colgado de la chica. Cree adivinarlo, cree ver que es la única sombra quieta entre las sombras que el viento agita. Son solo diez metros, pero la noche de pronto se ha desordenado y eso hace que se sienta menos seguro arriba del árbol. El Pampa apenas alcanza a ver el final de la rama en la que está sentado, el brillo del rocío y la escarcha en las hojas. Pero la inseguridad no tiene que ver con lo que ve o con lo que no ve. ¿Es la misma noche? Tiene que serlo, y sin embargo no puede evitar dudar, hacerse la pregunta. Se baja del ombú buscando la respuesta.

Ya en tierra, enciende la linterna. Alumbra, recorre, encuentra. Más allá del vaivén de los pastos mojados está el cuerpo de la hija del ferretero colgado del árbol. El Pampa siente una puntada en el estómago, como si algo se escondiera dentro de él. El cuerpo de la hija del ferretero está ahí, sí, en el mismo lugar, y por lo tanto es la misma noche. Pero el viento lo ha girado y ahora no está dándole la espalda. Está de frente a él. El Pampa no puede verle la cara, oculta por la torsión del cuello y el pelo caído, pero eso no evita que piense que mientras él dormía, el cuerpo de la chica lo vigilaba. Se siente en falta. Siente una culpabilidad que lo obliga a sortear el miedo y a ponerse en movimiento. Va hacia él. Camina a tientas entre pastos y raíces sin dejar de alumbrarlo. Tiene el cuerpo endurecido por el frío y las horas arriba del árbol. Le duelen los huesos, el miedo le tensa la mandíbula y la mandíbula se presta a imaginar. Le resulta increíble no haber tenido miedo antes, pero también le resulta increíble tener miedo ahora. Si dejara de alumbrar el cuerpo, si por un instante dejara de hacerlo, el Pampa sabe que saldría corriendo, que no podría contenerse. Avanza. Llega. Ya está frente a él, menos de un metro los separa. La cara, todavía algo escondida, como con vergüenza, parece ocultar un maquillaje reciente. Algo gotea. El olor es fuerte. Los pequeños huesos que asoman del pie carcomido parecen absorber la luz de la linterna. El Pampa todavía tiene ganas de correr, pero ahora también siente que las piernas no le responderían. La debilidad se convierte en náusea y vuelve a ser debilidad. Entonces, de la nada, como si el miedo fuera algún resorte de la memoria, el Pampa recuerda el nombre de la chica. Estira una mano. Toca una de las piernas, la roza apenas.

La piel tiene una suavidad escalofriante, irreal, y está húmeda por la helada. Repite el gesto, sin convicción, no sabe qué es lo que está haciendo. El Pampa se esfuerza por ser un buen policía.

La única vez que el Pampa vio a su madre maquillada fue durante su velatorio. Alguna vecina piadosa les había dado brillo a los labios, había convertido la decoloración natural de la muerte en una palidez artificial, le había sonrojado las mejillas. Pero lo que más perturbó al Pampa fueron los ojos, delineados, estirados con sombras que parecían nacer en las curvas de las pestañas. ¿Para qué alguien pintaría unos ojos que ya no se volverían a abrir? Y sin embargo, el maquillaje es para los muertos. El Pampa lloró y fue consolado. Más tarde, en la soledad de la noche, hubiese querido limpiar la cara de su madre, pero tuvo miedo de lo que pudiera encontrar. Era mejor que su madre no se pareciera tanto a su madre. Era mejor así. Casi le daban ganas de enterrarla y no verla nunca más. Así, con esas sensaciones, se despidió el Pampa de su madre. Esa última noche la única compañía fue una vieja desconocida que, enroscada sobre una silla, mezclaba el llanto con los ronquidos.

Amanece, está amaneciendo. El viento trae, otra vez, los quejidos de la vaca, pero el Pampa ya no puede escucharla. Junto a la laguna, el cuerpo de la hija del ferretero cuelga en soledad. La rama del árbol cruje por el viento pero también por ese peso que crece, porque el cuerpo se ha ido volviendo más pesado con el paso de las horas. La vaca se queja y la rama cruje. El amanecer es gris y ventoso. Hace frío, mucho frío.

El Pampa no puede ver ni escuchar todo eso porque a pesar suyo ya no está ahí. Ahora, incómodo ante esa primera claridad, avanza por la ruta en dirección al pueblo. Las últimas horas de la noche las pasó cerca del cuerpo, rondándolo, tratando de ver algo que no hubiera visto todavía. La linterna fue y vino. Cuerpo, cuerda, árbol. Demasiadas veces. Ahora el Pampa Asiain maneja, vuelve al destacamento sin saber todavía lo que hará. El miedo ha desaparecido, y junto con el miedo se ha ido todo lo demás. Dentro de la cabina de la patrulla se está bien, el calor lo conmueve, le saca la noche del cuerpo. Y junto con la noche le saca todo lo demás. El Pampa se siente vacío, y el vacío le hace sentir su propio cuerpo. La cabeza le pesa. Le pesa mucho. Le cuesta sostenerla. En el horizonte, en todas partes, la claridad del día crece imperceptiblemente y cada palmo de luz va llenando el vacío de su cuerpo. Al borde del desmayo el Pampa piensa en el sueño blanco del que ha oído hablar a los camioneros. Ese dormirse con los ojos abiertos que tanto horror le produjo siempre. No por el riesgo de morir, no por la posibilidad de una curva que sería despertar y morir o morir y despertar. Lo que el Pampa teme es lo que esos ojos abiertos pueden ver. ¿Dónde van esas imágenes? ¿Qué lugar ocuparían en su cabeza? La claridad es casi insoportable y el Pampa sacude la cabeza o cree que lo hace...

En la ruta solitaria la patrulla tuerce apenas su rumbo y muerde la banquina. El Pampa entonces reacciona, reacciona demasiado. Volantea y pisa el freno. La camioneta se sacude con violencia y queda atravesada en la mitad del camino. El Pampa se pasa las manos por la cara, temblando. Se ha dormido manejando y eso nunca le había pasado. Siente que la situación lo excede. ¿Por qué no avisó, por qué no llamó al destacamento o a Trenque Lauquen cuando descubrió el cuerpo? ¿Qué es lo que quiso hacer? ¿Qué es lo que hará? El Pampa tiene los ojos muy abiertos y las cejas levantadas. Parece encandilado. Está encandilado en medio de la ruta, nada se mueve a su alrededor, salvo el inmenso cielo gris. Es como si hubiese entrado en el sueño blanco y ya no pudiera salir de él. Y en el centro del sueño blanco Gretel Castellanos, la hija del ferretero, lo mira y lo enfrenta.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

2. Pampa, Gretel

Gretel Castellanos, en su corto paso por este mundo, nunca pensó mucho en la felicidad. Tampoco en la infelicidad, aunque lo hizo un poco más. A veces sabía que la infelicidad era algo para ella, algo concreto, algo que moldeaba su cuerpo, sus rasgos, y que incluso en algunas ocasiones la llenaba de un oscuro orgullo. Otras lo olvidaba, y ese olvido era como un hechizo que la hechizaba a ella y a cualquiera que estuviera cerca. El olvido moldeaba también su cuerpo y sus rasgos, la embellecía.

En su cumpleaños de quince, en la fiesta, rodeada de su familia y sus amigos, con la música y las luces y la gente bailando a su alrededor, por un par de horas, pensó en la felicidad. Se dijo: “Soy feliz”. Pero nunca pensó con tanta intensidad en la infelicidad como en ese amanecer, ya sola en su cuarto, mareada por las copas de sidra y los vasos de cerveza que había logrado tomar a pesar de la vigilancia de su padre. Ese amanecer lloró. No había ninguna tristeza específica. Solo una sensación de vacío y ese mareo que la obligaba a estar sentada sobre la cama. Se había descalzado pero no se había desvestido. Todavía tenía puesto el ominoso vestido blanco de la fiesta. Sentía que había caído en una trampa, y que esa trampa era el vestido que la ceñía. Los pliegues de la tela crujían, y en el silencio del amanecer, esos chasquidos eran como un aleteo moribundo. Las imágenes de la noche le volvían una y otra vez, y todo lo que le había resultado maravilloso hacía unas horas ahora le resultaba triste. El vals con su padre, el momento en que Joaquín la sacó a bailar y sus compañeras gritaron y aplaudieron, los cigarrillos compartidos en el baño con Fernanda, mientras se juraban amistad eterna. O más que triste, ajeno. Y para Gretel no había nada que fuera más sombrío que esa distancia impropia. Durante meses había soñado con esa noche, y esa noche había pasado, se había esfumado, dejándole solo la náusea del alcohol. En la penumbra de su pieza, agobiada e incapaz todavía de sacarse el vestido, pero sintiendo toda su incomodidad, Gretel descubrió con su solemne e inaugural borrachera que estaba llena de amor y de odio. Y que el amor y el odio eran para ella intercambiables. Lo supo mientras intentaba controlar el mareo y sentía el dolor que le subía por el cuello. Y lo olvidó enseguida, cuando ya el dolor de cabeza le recorría todo el cráneo. Fue al baño. Intentó vomitar y no pudo. Tomó varios vasos de agua tratando de calmar esa sed profunda y de sacarse el gusto amargo del cigarrillo y la cerveza. Tomó uno, dos, tres vasos de agua. Y con cada vaso de agua olvidó más todavía. Un rato más tarde, amparada y embellecida por ese olvido, finalmente logró quedarse dormida.

Por el ventanal delantero del Destacamento Rural de Monge puede verse parte de la calle principal del caserío. Cada tanto el viento tormentoso de la mañana, cortante y frío, levanta nubes de polvo sobre el asfalto agrietado, pequeños remolinos indecisos que mueren sin dirección. Del otro lado de la calle está el bar de Rocha, donde el Pampa y Andrés Parra suelen pedir la comida, y que a esta hora está siempre vacío, salvo por el mismo Rocha que trapea el piso torcido por el reuma, las sillas patas arriba sobre las mesas. Junto al bar, está el local angosto y oscuro de Isasmendi Seguros, que nunca está abierto pero que tampoco está abandonado. Es una vidriera por la que se ve un escritorio, un teléfono, una lámpara, una computadora apagada más vieja incluso que la que tienen en el destacamento, afiches y almanaques en las paredes de por lo menos veinte años atrás, y un sillón giratorio en el que el Pampa nunca vio a nadie sentado. Después está la casa de Isasmendi, tan cerrada como el local, más todavía, con cortinas siempre corridas, en la que el único signo de vida es justamente esa terca cerrazón. La casa de Isasmendi es una esquina sin ochava, con vereda solo del lado de la calle principal, la única asfaltada. Lo último es el comienzo de la calle de tierra. Eso es lo que ve el Pampa por la ventana desde su lado del escritorio, y eso es lo que está viendo ahora, mientras piensa en lo que no ve. Media cuadra más allá, por la misma calle principal que se extiende por tres cuadras más hasta la vía y el edificio abandonado de la vieja estación de trenes, está la ferretería de Castellanos. El Pampa trata de hacerse el tonto, de no reconocer en su memoria la penumbra del local, esa penumbra particular que hay en los lugares donde se amontonan objetos de distinto tamaños, una sombra metálica cargada de cajones y estanterías rebosantes. Trata de no saber que si se acercara hasta ahí lo primero que vería sería la cabeza canosa de Castellanos, relumbrante, vuelta hacia el pequeño televisor ubicado sobre uno de los estantes más altos. ¿Cuántas veces ha entrado ahí? ¿Cuántas veces ha hablado con Castellanos? Y mientras tanto el cuerpo de su hija sigue colgando de un árbol junto a la laguna.

—Pampa, me parece que te voy a tener que cachetear.

El Pampa deja de mirar por la ventana y mira a su compañero.

—No me mirés así. Es que tenés una cara de opa que voltea. ¿Qué va a decir Galíndez si te ve así? —insiste el suboficial ayudante Parra.

El Pampa esboza una sonrisa. O eso cree. ¿Qué diría Galíndez si supiera lo que encontró, lo que hace, lo que oculta? Seguramente aprobaría su silencio, su espera. Aprobaría que la haya dejado sola. Cada tanto los escalofríos del desvelo parecen impulsos, como si quisieran

recordarle que tiene que ponerse en movimiento, actuar como un suboficial ayudante de la policía. Pero la destemplanza pasa y con la boca seca por el pánico el Pampa se sorprende porque otra vez no se ha movido, otra vez sigue ahí, sentado en su silla, contemplando cómo pasa la mañana, intentando sonreír frente a su compañero que ahora niega con la cabeza.

—Voy a hacer unos mates, Pampa. Quién te manda a pasar la noche así, afuera. Ya la gente no hace esas cosas.

El suboficial ayudante Parra vuelve a mover la cabeza. Después se levanta y se estira, se despereza.

El Pampa queda solo. El bar de Rocha, Isasmendi Seguros, la casa de Isasmendi, la calle de tierra. Mientras escucha a Parra moverse en la cocinita de atrás, se le ocurre encender la radio. Recorre el dial pero no engancha ninguna emisora. Todo es esa estática vegetal con la que han aprendido a convivir. Vuelve a recorrerlo y alcanza a percibir una voz de hombre. Por la manera de hablar, por el tono, se nota que lo que dice es gracioso, algún tipo de chiste. Pero el Pampa no sabe en qué idioma está hablando. La voz se pierde por momentos. Es como si el hombre hablara solo con consonantes. De todas maneras, por el tono, por la manera de hablar, el Pampa vuelve a intentar una sonrisa. O eso cree. Y mientras ahora escucha unas risas grabadas que se confunden con la estática, actúa como un suboficial ayudante de la policía. El ventanal, el bar de Rocha, Isasmendi Seguros, la casa de Isasmendi, la calle de tierra y, más allá, la ferretería de Castellanos. El Pampa vigila, deja que la desconfianza llegue a lugares donde él todavía no puede llegar.

Cuando el Pampa llegó por primera vez a Monge, después del encuentro con Parra y la primera noche, al levantarse con el amanecer y salir a la parte trasera del destacamento para mear al aire libre, se encontró con que ya conocía ese pueblo. Las sombras exactas de las casas, un par de cuadras apretadas y luego varios ranchos desperdigados estratégicamente en la llanura, del otro lado de la estación de tren abandonada. Todo estaba a la vista. Eso era el pueblo y era suficiente. Porque ¿a dónde ir? Esa pregunta siempre lo había inquietado. No porque tuviera una urgencia, la necesidad de marcharse, de huir, de descubrir. No. La pregunta lo inquietaba porque no le parecía una pregunta.

Su madre había muerto cuatro meses antes de su llegada a Monge. Después del entierro, el Pampa había descubierto con sorpresa que la casa en la que había vivido toda su vida no era propia, sino que era alquilada, y cuando el dueño, el más desconocido de todos los hombres que había desconocido hasta el momento, se le acercó para preguntarle qué pensaba hacer, el Pampa tardó en entender. Parecía un buen hombre, se lo notaba incómodo con la situación. El silencio del Pampa no ayudaba, y el hombre, apremiado, terminó diciéndole, con un gesto amistoso que al Pampa le erizó los pelos de la nuca, que podía tomarse unas semanas para decidir. Unas semanas más tarde, cuando el hombre, cansado de llamar por teléfono y que nadie respondiera, se dirigió hasta la casa, la encontró vaciada. Vaciada, no vacía, porque el Pampa había dejado los muebles, y solo se había llevado ropas, vajilla, los enseres personales suyos y de su madre, lo que quedaba de su padre.

¿A dónde ir, entonces? ¿Por qué habría que ir a alguna parte? Esa primera mañana, en las pocas calles de Monge, hasta el viento parecía indeciso. Los gallos cantaron hasta el mediodía porque eran incrédulos.

Los remolinos de tierra, de cerca, no son remolinos. De pie sobre el borde del asfalto de la calle principal, el Pampa mide sus próximos pasos. Ha salido del destacamento porque ya no soportaba más la cháchara de Parra, que parece querer sacarse de adentro todas las palabras que no usó durante la noche. Cuándo va a aprender a hablar solo, se pregunta el Pampa, molesto. Sin embargo, no se engaña. Más molesto está con él mismo, porque pudo sentir en su garganta, en la sequedad de la boca, el secreto. Estuvo a punto de contarle a Parra, y eso hubiera sido el final. Parra no hubiese dudado en llamar a Trenque Lauquen, no hubiese entendido lo que él está haciendo. Salió, entonces, y ahora mide sus pasos. Puede sentir en la nuca la mirada de Parra, que desde su lado del escritorio lo debe estar mirando como cuando tiene los juegos listos y está por cortar. Dijo que iba a bañarse y a cambiarse de ropa a su casa, pero no le resulta fácil hacerlo. Es como si tuviera miedo de perder algo. De bajar la guardia. Pero ahora a algún lado tiene que ir. Evalúa las posibilidades. No son muchas en Monge. Hay muy pocos lugares a donde ir. Frente a él, Rocha, rodeado de mesas y sillas vueltas hacia arriba, ha dejado de trapear y lo mira a través del ventanal del bar. Ya son demasiadas miradas. El Pampa saluda con la cabeza y se pone en movimiento, se deja llevar por las piernas. Cruza la calle principal en diagonal, la calle de tierra, y sube a la vereda. Camina media cuadra hacia la puerta de la ferretería y entra.

—Buenos días, oficial. ¿En qué lo puedo ayudar?

Castellanos no está mirando el televisor pequeño que está en uno de los estantes más altos. Es un hombre esbelto y canoso, muy prolijo, que intenta ser amable mientras sus manos siempre están en otra cosa. Son manos grandes y huesudas que reposan entrelazadas sobre el mostrador, los dedos pulgares golpeteándose entre sí.

—Buen día —contesta el Pampa. Ya no intenta corregir al ferretero. Todos en el pueblo lo llaman oficial. Tanto a él como a Parra—. Ando necesitando un cuerito para la canilla de la cocina del destacamento.

El pedido no ha sido producto de la improvisación. Desde hace varias semanas que tienen que cambiarlo, pero se han olvidado sistemáticamente. Cada vez que uno va a la cocina, se lo recuerda al otro, y el otro asiente, y entonces lo olvidan los dos.

—¿Un cuerito?

La pregunta desconcierta al Pampa, que no conoce lo suficiente a Castellanos como para saber que es meticuloso, que procesa las constataciones de forma tan lenta que llegan a su boca en forma de pregunta.

—Sí, un cuerito.

Castellanos asiente y se dirige a una de las cajoneras. Saca varios y los mira. Descarta algunos y elige otros. Vuelve.

—Acá tiene. Le conviene llevar varios, son baratos. Siete pesos cada uno.

Mientras dice esto, Castellanos los exhibe: pone uno al lado de otro sobre el mostrador. Son cinco.

—Serían treinta y cinco pesos.

El Pampa asiente. Saca la billetera y cuenta los billetes justos. Ahora está haciendo tiempo. Y Castellanos, que es algo así como un cronómetro, que jamás se va a dar cuenta si alguien le miente o le dice la verdad, pero que no va a dudar cuando alguien retrasa o apura algo con intención, se da cuenta.

—Disculpe, oficial. ¿Usted o su compañero saben cambiar el cuerito?

El Pampa, sorprendido en su demora pero no en su secreto, deja caer un “No”. Castellanos sonríe.

—No se preocupe, oficial, no es para avergonzarse. Ya casi nadie sabe hacerlo hoy en día. ¿No ve que las canillas gotean en todos lados todo el tiempo? —El ferretero acompaña la pregunta con una mueca, mientras las manos siguen en sus asuntos, sobre el mostrador—. Deje, yo se lo puedo hacer. Espere que voy a buscar las herramientas y lo hacemos enseguida.

El Pampa queda solo, y ahora, sin la alta figura de Castellanos, por primera vez se da cuenta de que el local no es tan pequeño como pensaba. Las estanterías se pierden hacia atrás, y los pasos del ferretero resuenan como si el angosto pasillo que recorre no tuviera fin.

La madre de Gretel Castellanos murió cuando ella tenía nueve años, a partir de ahí solo fueron ella y su padre. Detrás del dolor y el desconcierto de esa época, con la muerte de su madre a Gretel empezaron a pasarle algunas cosas no del todo malas. En la escuela primaria, por ejemplo, mientras las maestras hablaban con ella de una manera distinta que con los demás, sus compañeras oscilaban entre el miedo y la curiosidad. Los varones, en cambio, solo le tenían miedo. Y eso a ella le gustaba.

Hasta que terminó la escuela primaria, todos los días Gretel recorrió el mismo camino en la Ford de su padre, los dos en silencio y escuchando la radio. Cuarenta y cinco kilómetros desde Monge a Trenque Lauquen, para ir a la escuela. Ese era el momento más largo del día para ella, incluso más largo que los dictados y las clases de Matemática. Era el mismo camino por el que habían ido al entierro de su madre. Ellos dos, la camioneta, el silencio, el locutor en la radio que parecía comentar las mismas noticias y pasar las mismas canciones. Todavía recordaba la pregunta, y todavía no le encontraba respuesta. ¿Por qué la habían llevado tan lejos? Monge no tenía cementerio, pero eso no era suficiente para ella. No había cementerio pero sí había muchas cruces dispersas cerca de las casas más alejadas, que espantaban a los extraños como perros guardianes. Incluso había cruces en algunas de las casas abandonadas del otro lado de la vía, donde no podía ir a jugar. Fue una de esas cruces la que eligió, blanca y solitaria bajo la sombra de un álamo, a la que le llegaba el sol solo en la última hora del atardecer. Gretel no le llevaba flores y la miraba desde lejos, pero la eligió.

Están mirando la canilla como si esperaran que fuera a hacer algo distinto de lo que una canilla puede hacer. Castellanos, el Pampa y Parra miran la canilla de la cocina del destacamento. La canilla ya no gotea y los tres asienten.

Al entrar al destacamento, Castellanos pidió que cortaran el agua. El Pampa y Parra entonces se miraron, ninguno de los dos sabía dónde estaba la llave de paso. Fue el mismo Castellanos quien la encontró, arrodillándose y buscándola debajo de la bacha. Luego volvió a ponerse de pie con un crujido de rodillas y, lento y seguro, desarmó la canilla. Cambió el cuerito y la volvió a armar. Sus manos y él esta vez estaban en lo mismo.

—Gracias por la ayuda, don Mauricio. ¿Cuánto le debemos?

—Nada. Ya su compañero me pagó el cuerito. El cambio es gentileza de la casa.

—Entonces por lo menos acepte unos mates...

Castellanos mueve una de las manos huesudas en señal de negación mientras se pone el abrigo. Es como si saludara también. Como si quisiera saludar a todos de una vez y para siempre.

—Tengo que volver al negocio. En un rato llega el hijo de Bermúdez a buscar un encargo.

Mientras Andrés Parra insiste, como insiste siempre para que se quede quien sea que haya entrado al destacamento, el Pampa revisa lo que ha visto, lo que ve. Al cruzar la calle principal junto al ferretero, intentó verlo caminar. Quería verlo andar ahí, en medio de la calle ventosa, sin obstáculos, pero el ferretero no se lo permitió. Lo dejó que fuera adelante, caminando despacio en parte, obligándolo a presidir la marcha con un vago gesto de cortesía. Cuando entró al destacamento, el ferretero no miró a su alrededor. No le dirigió un vistazo curioso a la pequeña celda del fondo. Saludó a Parra y se limitó a esperar que lo guiaran hacia la cocina. Castellanos no parece un hombre curioso. Es como si careciera por completo de curiosidad.

—Gracias, don Mauricio. Y no le haga caso a Andrés. No nos vamos a enojar con usted por no tomar unos mates con nosotros... Lo que sí, una de estas noches va a tener que aceptar que lo invitemos una cerveza en lo de Rocha.

—Eso puede ser que lo acepte, si no queda otra —responde Castellanos, sonriendo y achicando los ojos.

El Pampa le estrecha la mano. Está ansioso por verlo cruzar la calle, ahora sí. Castellanos es un hombre sin curiosidad. ¿Qué puede haber ocupado el lugar de la curiosidad? Con la caja de herramientas en la mano, el ferretero cruza. El viento le desordena los pelos blancos y lo empuja. El Pampa lo mira por el ventanal del destacamento, mira su andar. Sus movimientos son lentos

pero camina rápido. El Pampa se conforma con percibir esto, no intenta pensar nada. Se siente lúcido, despierto, inquieto.

—Aunque no parezca, tiene más de sesenta años —dice Parra, parado junto al Pampa frente al ventanal. No aclara si lo que quiere decir es que se lo ve más joven o más viejo—. Lástima que no se quedó, por ahí le sacaba el teléfono de la hija —agrega, guiñando un ojo.

Nada le pasa al Pampa ante la mención de Gretel Castellanos. La tiene presente todo el tiempo, no pueden sorprenderlo. El ferretero ya ha desaparecido y frente a ellos la calle principal de Monge luce desierta, con la ecuanimidad gris y fría del mediodía.

El Pampa cree a veces que Parra puede llegar a envenenarlo. Una pava de mate tras otra, un día tras otro, los dos ahí escuchando el crujir de la escarcha sobre las tejas en invierno o de las tejas mismas durante los días calurosos del verano. Es algo que puede ocurrir, como puede ocurrir que a él se le dé por envenenar a Parra. Las dos cosas están dentro del orden de las posibilidades, pero el Pampa cree que es mucho más factible que Parra lo envenene a él. El motivo es sencillo. A Parra no le gusta estar solo y a él sí. Parra lo necesita y él no necesita a Parra. El Pampa sabe que Parra sería feliz teniendo un preso en la celdita del fondo, alguien con quien charlar, con quien jugar a las cartas. Pero nunca han tenido un preso. Y entonces queda él, envenenado de a poco. La dosis de veneno justo para que no quiera moverse de donde está.

Cada vez que Parra prepara el mate, la idea del envenenamiento se le viene a la cabeza. Y la descarta, y toma los mates, y escucha la escarcha quebrarse o las lajas hincharse por el calor. El Pampa cree a veces que Parra puede llegar a envenenarlo. Otras, cuando los mates le caen mal y siente una ansiedad que le sube del estómago, cree que ya lo está haciendo, que lo está envenenando de a poco. Y entonces mira de reojo la celdita vacía del fondo y no le parece un lugar tan malo para ir muriéndose.

Después del almuerzo, el Pampa, con la excusa de hacer la digestión, sale a caminar un poco. Esta vez no pidieron la comida sino que cruzaron a lo de Rocha. El Pampa necesitaba salir del destacamento, e insistió. Estaba inquieto. Necesitaba pensar, aunque no sabía muy bien en qué. En lo de Rocha pudo esconderse detrás del plato de ñoquis, detrás de las conversaciones de los parroquianos. Estaba Emanuel Blanco, el médico del dispensario que siempre almuerza ahí, y que vive en Trenque Lauquen. Grandote y callado, Blanco siempre pide un bife con papas y zanahorias hervidas. Al Pampa, viéndolo comer, siempre le parece que la carne y las zanahorias son una excusa para comer las papas hervidas. Grandes papas blancas y humeantes. Estaba también Ortiz, ya aferrado a su vaso de vino, el mismo vaso que le dura hasta que Rocha cierra por la siesta. Y estaba Rocha, que es quien suele llevar las conversaciones. Cuando iban por el postre llegó el hijo de Bermúdez, que después de pasar por la ferretería paró a comer. El Pampa respondió a su saludo con un asentimiento de cabeza, y por primera vez se hizo la pregunta con nitidez: “¿Será él el asesino?”. No tenía por qué sospechar del hijo de Bermúdez. Al contrario. Gordo y asmático, de movimientos blandos y temblorosos, como si temiera derramarse en cualquier momento, el hijo de Bermúdez apenas si puede atarse los cordones de las zapatillas. Pero al Pampa preguntárselo le sirvió para soltarse, para animarse a preguntárselo por los demás. Blanco, Ortiz, Rocha, Parra. Por alguna razón que se le escapa, la pregunta le gustó, y le gustó hacérsela mientras comía el flan con dulce de leche.

Cuando sale a la calle el viento frío y cortante lo reanima. Comienza a caminar sin dirección porque la única dirección que le interesa, por el momento, no es posible. No debe ir a la laguna. Debe esperar, correr el riesgo. Camina por la calle principal las tres cuadras hasta la estación abandonada, que desde el otro lado de las vías enfrenta y vigila el pueblo. Dobla y sigue las vías hacia el sudoeste, dejando que los perros de las casas cercanas se confundan con sus propios ladridos arrastrados y enredados por el viento. El cielo ya no es gris. Es blanco. Camina hasta alcanzar la línea del último de los ranchos, hasta que la vía empieza a perderse entre los pastizales. Vuelve sobre sus pasos pero se desvía antes de llegar a la calle principal. Una cuadra antes, dobla por una de las tres paralelas que tiene el caserío. A esa hora y con un día así, es difícil que se cruce con alguien en la calle. Reconoce los autos y las camionetas estacionadas, piensa en sus dueños. A pesar suyo, se enorgullece de ser él quien recorre la calle. No le gusta enorgullecerse. El orgullo lo hace sentir incómodo en su soledad, y él nunca se siente incómodo cuando está solo.

Al pasar frente al mercadito que también oficia de farmacia, y que a esta hora del principio de la tarde está cerrado, el Pampa siente que el aire cambia. En realidad, que el aire se detiene y se enfría más todavía. Como si reflexionara, como si pensara en sí mismo, como si el aire dudara. ¿El frío es una cualidad del aire o el aire es una cualidad del frío? Incrédulo, el Pampa ve los primeros copos caer. Livianos, deshilachados, pero copos al fin. Está nevando. El Pampa levanta las manos, las abre para sentir el tacto de esa nieve, pero a pesar de que puede ver cómo los copos quedan y desaparecen sobre las palmas, no siente nada. Levanta la cabeza y ahí sí siente el roce. El cielo está blanco y encandila. Cuando baja la vista, ve algunos vecinos asomados. Algunos hombres y mujeres han salido a la calle y sus gestos son muy parecidos a los suyos. Las manos abiertas, la cara levantada. El Pampa baja las manos, un poco contrariado. Y retoma la marcha. Quiere evitar preguntas, como si él tuviera que tener las respuestas. ¿Está nevando, oficial Asiain? ¿Es cierto que está cayendo nieve? El Pampa camina hasta el final de la calle tratando de no parecer sorprendido. Intenta mirar a lo lejos y es como si la visión se le nublara. Antes de llegar a la esquina y a la parte trasera del destacamento, escucha un grito. La voz de una mujer. Y enseguida los ve. Dos chicos. Los hijos de los Ríos. Corren, se alejan por la calle de tierra, siguen corriendo una vez que terminan las casas y la calle se convierte en llanura. Corren entre los pastizales y cada tanto saltan hacia delante. El Pampa los ve, el viento le trae sus risas y sus voces, pero le parecen dos cosas distintas. Una cosa son los chicos corriendo y saltando. Otra cosa son esas risas y esas voces que no pertenecen a nadie. El Pampa ve la nieve caer y no puede evitar la congoja. Gretel Castellanos cuelga de un árbol, junto a la laguna. El pensamiento es tan fuerte que casi lo dice en voz alta.

Cuando terminó la escuela primaria, Gretel Castellanos se fue a vivir a Trenque Lauquen, a lo de una tía, hermana mayor de su padre. Durante la semana cursaba el secundario y ayudaba a su tía en la panadería, y los fines de semana volvía a Monge. Al menos así fue durante el primer año, porque a partir del segundo comenzó a quedarse en Trenque Lauquen también los fines de semana. Algún cumpleaños, alguna invitación a dormir en lo de una amiga. Al principio, tanto el padre como la hija sufrieron estas transformaciones, pero luego siempre aparecía el alivio. No les costaba exagerar la alegría en los reencuentros. Gretel era buena alumna y su padre era buen ferretero. Cada tanto Gretel lloraba por motivos nimios en la oscuridad del cuarto que usaba en la casa de su tía. Cada tanto su padre se daba cuenta de que era muy tarde y todavía estaba despierto, sentado en la cocina frente al televisor sin señal. En esos primeros años, influida tal vez por los taxativos ensueños de su tía soltera, Gretel creía sin dudar que las sonrisas mostraban el alma de las personas. Más tarde, comenzó a creer que la ocultaban. Pero eso no le generaba desconfianza. Las sonrisas ocultaban el alma porque el alma era algo que debía estar oculto. Esto también lo creía sin dudar, sobre todo cuando miraba a su padre. Estando en Trenque Lauquen, Gretel nunca visitaba la tumba de su madre.

La novedad de la nieve ha seguido durante toda la tarde. A veces parece detenerse, pero basta mirar con más atención para darse cuenta de que sigue cayendo. Cada tanto algún habitante de Monge sale de su casa ganado nuevamente por la incredulidad, abre las manos y mira hacia arriba. Mira el cielo blanco hasta encandilarse. Después, baja la vista y busca, mira a su alrededor, pestañeando y sacudiendo la cabeza para sacarse la luz de los ojos. Si hay alguien más en la calle saluda y luego vuelve a entrar, convencido otra vez. Está nevando.

El Pampa, después de pasar un largo rato mirando jugar a los hijos de los Ríos, ha vuelto al destacamento. Una vez asimilada la sorpresa, que para hombres como él es tan parecida al dolor físico, ha empezado a preguntarse cosas. Por ejemplo: ¿dónde está el resto de los chicos del pueblo?, ¿por qué no salen a jugar también, como los hijos de los Ríos? Se hace esas preguntas, pero la única pregunta que le importa es esta: ¿por qué Castellanos no ha salido aún de la ferretería a comprobar lo que todos han comprobado? De pie bajo el alero del destacamento, el Pampa vigila la calle principal, ahora un paisaje extraño, emblanquecido, barroso. Al final de la calle la estación abandonada ha recuperado presencia, y por lo tanto se vuelven también presentes las casas deshabitadas que están detrás de ella. Todo cambia bajo esa nieve fina, que más que caer parece flotar, que se deshace en la tierra. Todo cambia pero Castellanos sigue sin salir de la ferretería. En toda la calle principal, es el único que no se ha asomado. En las últimas dos horas, el Pampa ha visto salir a todos los vecinos. Los ha contabilizado, ha comparado sus gestos, los ha saludado. Todos han salido menos Castellanos.

—Che, Pampa, ¿te parece que deberíamos avisar?

Esa es otra cosa que ha cambiado. La nieve ensordece, asordina. Hace algo con los ruidos y también con el silencio. El Pampa no ha escuchado abrirse la puerta a sus espaldas. Se vuelve a medias. Parra lo mira en el umbral, envuelto en su camperón, mate en mano, zapateando.

—¿Avisar a quién?

—A Trenque Lauquen...

—¿Qué les vas a avisar?

—Y... que está nevando.

El Pampa mira a su compañero, sopesa el riesgo de esa llamada. Primero piensa que es muy peligroso, pero enseguida se da cuenta de que es más peligroso que Parra no tenga nada que hacer. Se alza de hombros. Deja que Parra decida.

—Voy a llamar. Por las dudas. No vaya a ser que después nos caguen a pedos —dice

finalmente Parra, y con el empuje de esa convicción termina el mate—. Y vos ponete la campera, al menos, que si te enfermás no te pienso cubrir.

Parra cierra la puerta y el Pampa se frota los brazos. Es cierto que tiene que ponerse la campera. Pero antes, decide, tiene que volver a hablar con Castellanos. El Pampa se lanza bajo la nieve a cruzar la calle. El asfalto está húmedo y resbaloso. El viento es cortante. El cielo no tiene color pero sobre las calles hay una luz cenicienta, como si la tarde estuviera llegando a su fin. Y está llegando a su fin, hace un buen rato que está llegando. La nieve cae lento pero la tarde ha pasado muy rápido.

En Monge no hay muchos niños, no hay iglesia, no hay cementerio. En Monge hay cuatro calles cortas que van de noroeste a sudeste, y dos que las cruzan perpendicularmente. La única asfaltada es la principal, que nace o muere en la estación abandonada. Hay casi tantas casas deshabitadas como habitadas, la mayoría del otro lado de la vía. No hace muchos años abrieron el dispensario donde Emanuel Blanco pasa los días, aburrido, porque en Monge nadie se enferma. Cada tanto alguien muere, pero nada más.

Hace poco más de un año, cuando el Pampa llegó, nadie salió a recibirlo. Esperó frente al destacamento sobre su Honda 100, sin apagar el motor. Y entonces, al rato, apareció Parra, que hacía una semana que había llegado. Venía de lo de Rocha, y al reconocerlo lo abrazó sin dejarlo bajar de la moto.

—Perdoná, Pampa, pero no te reconocí. Te vimos desde el bar pero creímos que eras uno de esos que cada tanto le pifian de ruta. Se quedan un rato mirando y después se van. Pero pasá, dale... Mirá dónde vinimos a parar... Dale, vení, pasá...

Durante los mates, Parra le explicó dónde podía conseguir habitación. Él paraba en lo de la familia Ríos, y los otros que tenían habitación eran los Ré. El carnicero y su mujer.

—También, si querés, podés probar con las casas que están vacías. Nadie te va a decir nada. Algunas creo que hasta tienen muebles.

Parra dijo eso pero su cara decía otra cosa. Decía que ni loco se le ocurriera ir a las casas vacías. El Pampa le hizo caso y ese mismo día arregló con los Ré. Fue el mismo Parra quien los presentó. Esa noche el Pampa tuvo su primera guardia, y Parra se quedó con él para hacerle compañía. No paró de hablar hasta que le entró sueño y se acostó en el catre de la celdita del fondo. Primero tomaron vino para festejar, y más tarde pasaron al mate. El Pampa lo escuchó, se rio de sus chistes, incluso aportó los suyos mientras recordaban los años en la Vucetich de Olavarría. Cuando se hacía una laguna en la conversación, Parra movía la cabeza, a veces negando y otras asintiendo, y decía: “Qué casualidad, Pampa, mirá dónde terminamos...”. El Pampa asentía, pasando o recibiendo el mate, y cada vez estaba más convencido de que Parra llevaba en Monge mucho más tiempo del que decía.

—Buenas tardes, oficial, ¿algún problema con la canilla?

El Pampa Asiain no sabe qué esperaba encontrar al entrar en la ferretería, pero seguro no era lo que encuentra. Mauricio Castellanos, el ferretero, está detrás del mostrador, calculadora, birome y libreta en mano. Tiene sobre la frente un par de anteojos. El Pampa lo contempla con desazón, con falta de fe.

—No... ninguno. Quería comprar pilas para la linterna.

El Pampa no necesita improvisar. Cada vez que puede, compra pilas para la linterna. Aunque no la use, es como una manía. Las cambia. Siente que se gastan y las cambia.

—Por las dudas, porque esta noche voy andar afuera —arriesga—. Por la nieve, vio...

Castellanos asiente.

—Voy a visitar a los vecinos más alejados para asegurarme de que no han tenido problemas. Parra está llamando a Trenque Lauquen por si necesitamos algún refuerzo o ayuda.

Castellanos vuelve a asentir mientras baja un par de pilas doble A de la estantería más cercana. Cuando estira los brazos, todas las estanterías de la ferretería parecen cercanas. Incluso la más alta, donde está el televisor. El Pampa apostaría a que lo enciende y lo apaga sin moverse de donde está.

—Son treinta pesos, oficial —dice Castellanos.

El ferretero parece no tener nada más para decir. Incluso parece estar pensando en otra cosa. Y cuanto más distraído parece, el Pampa más habla, más inventa.

—Gracias, acá tiene. Cualquier cosa nos llama. O se cruza, si quiere. Por la radio dicen que esta noche va a ser peor, que se puede cortar la luz y el teléfono. Que va a seguir nevando...

—No se preocupe, oficial. Yo tengo mi propia linterna —dice Castellanos, apenas amable, mientras le da el vuelto.

El Pampa, derrotado, recibe los billetes y los guarda en la billetera. Tarda en guardarlos, piensa en algo más para decir, pero no se le ocurre nada. Ofuscado, saluda y sale.

En la vereda, se encuentra con que la luminosidad cenicienta que cubre la calle principal es cada vez más oscura. El Pampa calcula. No han encendido todavía las luces del alumbrado público, por lo que no deben ser todavía las seis. Tiene tiempo de pasar por su casa, de bañarse, de prepararse para la noche. Cruza la calle con grandes zancadas. La fina capa de nieve cruje bajo sus pies. Ya hay montículos blancos por donde mire, y el Pampa no quiere mirar. Llega al destacamento y entra. Parra está con el tubo del teléfono en la mano, quieto, como si escuchara a

alguien, como si estuviera recibiendo órdenes. Sin colgar, levanta la vista y mira a su compañero.

—No me atiende nadie —dice en voz baja, como si tuviera miedo de que lo escucharan del otro lado de la línea—. La radio está más muerta que nunca, así que decidí probar por teléfono. Ya marqué como diez veces y no me atiende nadie... Me da como ocupado.

—Y por ahí está ocupado...

Parra sigue sin colgar. Mira al Pampa, la cara alargada en la espera.

—Pero ¿tanto tiempo? ¿Con quién van a estar hablando?

El Pampa se alza de hombros, no responde. Está ansioso. La visita a Castellanos lo dejó inquieto. No tanto por cómo reaccionó el ferretero, ahora lo entiende. Está inquieto porque no puede explicarse por qué lo vigila, qué espera encontrar en él que se relacione con la muerte de su hija. Y mientras tanto, su hija continúa colgando de un árbol junto a la laguna. Bajo la nieve. Pero ¿sigue estando ahí? ¿Cómo pudo dejar el cuerpo tanto tiempo solo? La pregunta, que ahora le revuelve el estómago, queda sin respuesta. Parra cuelga el teléfono y, no bien lo apoya, el teléfono suena. Los dos suboficiales ayudantes se miran, después miran el aparato. El Pampa es el primero en reaccionar. Se acerca al escritorio y atiende.

—Buenas tardes, Destacamento Rural de Monge... No. Ajá, pero no. Está equivocada, señora, marcó mal.

El Pampa corta con brusquedad. Parra parece asustado. Lo que está pasando no le gusta.

—Mirá, Andrés. Lo mejor va a ser que vos te quedes por si te podés comunicar con Trenque Lauquen, y yo me voy a dar una vuelta por la zona a ver si nadie tuvo problemas. Te dejo la camioneta y me voy en la moto. Va a ser más fácil para andar.

—Pero está nevando, Pampa...

El Pampa no responde. Se pone el camperón térmico, agarra los guantes, se enrosca la bufanda y sale. Se dirige a la casa de los Ré, que queda en la primera paralela al borde de la vía. Las luces del alumbrado público ya están encendidas y ahora la nieve, que sigue cayendo, parece más espesa. El bar de Rocha es el único negocio abierto. La ferretería está a oscuras, las ventanas de las casas están cerradas. Ya nadie sale a ver cómo cae la nieve. Ya nadie quiere saberlo. Solo el Pampa, que recorre una vez más la calle principal de Monge con paso firme, decidido. Mientras se aleja, el Pampa escucha el teléfono del destacamento que vuelve a sonar. Suena una, dos, tres, cuatro, cinco veces, cada vez más débil, y después deja de escucharlo. El Pampa no lo escucha pero sabe que sigue sonando. Eso es lo que hace la nieve. Los sonidos pasan de largo por el silencio y se transforman en un presentimiento.

El primer amor de Gretel, a los trece años, fue Joaquín, un compañero de escuela. Después se enamoró de Esteban, otro compañero, pero a los meses volvió a enamorarse de Joaquín. Al mismo tiempo, se enamoró del profesor de Geografía, el señor Obarrio. De todos esos amores, solo les contó a sus amigas el de Joaquín. Lo de Esteban duró poco, fue intenso e inesperado, y provino de un sueño que no podía recordar. En el sueño estaba Esteban, eso Gretel lo sabía, pero nada más. Y a partir de esa mañana lo miró distinto, como si esperara una señal, como si hubiese descubierto un secreto. Esteban era el más alto del curso y por lo tanto siempre estaba atrás de todos. En las clases siempre estaba a punto de quedarse dormido. Era de risa fácil y reía sin hacer ruido. Gretel, después del sueño, mientras miraba hacia el pizarrón, se imaginaba que Esteban la miraba con una seriedad que nadie le conocía, y entonces sentía cosquillas en la espalda y muchas ganas de darse vuelta. También se imaginaba parándose en puntas de pie para besarlo. Más que el beso imaginaba ese ponerse en puntas de pie. Pero ese amor se diluyó en un par de semanas, gastado por las expectativas y esos ensueños que no tenían mucho sentido. Y entonces volvió a cobrar fuerza el amor más diurno y constante por Joaquín, un amor que duraría varios años, que lo convertiría en su novio durante todo cuarto año, después del cumpleaños de quince, y que hacía que Gretel fantaseara de otra manera. Mientras que con Esteban las fantasías eran apenas flashes e intenciones, con Joaquín eran historias. Gretel podía pasarse horas imaginando algún tipo de romance con Joaquín, más o menos plagiado de alguna película. Y mientras estuvo enamorada de Joaquín, durante el tercer año de la secundaria, se enamoró también del señor Obarrio. Pero ese amor era otra cosa. El profesor de Geografía tenía treinta años, estaba casado y tenía un hijo pequeño. En el aula en que explicaba y desplegaba mapas, él y Gretel eran los únicos que no eran de Trenque Lauquen, y que nunca lo serían. El amor era esa coincidencia. Era uno de esos amores que nacen sin pasión, que se alimentan de otro tipo de malentendidos. Gretel, en las clases del señor Obarrio, sentía que conocía a ese hombre como no había conocido a nadie en su vida. Lo quería y le daba un poco de pena. Era bajo y esmirriado. Era lindo. Gretel no lo tenía muy claro, pero la pena tenía más que ver con eso, con que fuera lindo. Con el señor Obarrio fue al revés que con Esteban. Porque soñó con él recién en el verano, cuando terminó el año y no lo vio más. Sueños extraños y eróticos. Al año siguiente, ella ya de novia con Joaquín, se lo cruzaba cada tanto en los pasillos y los patios de la escuela. Se saludaban y pasaban de largo. Seguía siendo lindo pero eso ya no le daba pena. Para ese entonces, Gretel ya había tenido su primera vez. No había sido con Joaquín, sino con Esteban, una noche de verano en una fiesta

cualquiera. Nadie se enteró de eso. Cuando estuvo con Joaquín, un mes después de que se pusieran de novio, decidió que esa era su primera vez, y que Joaquín había sido siempre su único amor. Eso fue lo que les contó a sus amigas.

La casa de los Ré, al borde de las vías, es un chalet a medio construir. O esa es la impresión que da, porque desde que vive con ellos el Pampa nunca los ha visto con intenciones de terminarlo. La casa está entre la carnicería y las vías, que cruzan sin terraplén ni nada, invadidas por los yuyos, a diez metros de la casa, y se pierden en el campo. Entre la casa y las vías, un alambrado semicaído remarca el terreno de los Ré. En el fondo, junto al cuartucho de herramientas al que nunca entra nadie, está la habitación que usa el Pampa. Es un cuarto cuadrado, de piso de cemento desperejo y de techo horizontal y bajo, con un bañito minúsculo adosado detrás. El cuarto sí está terminado, solo que no tiene gracia. Al Pampa eso no le importa, y su única implementación fueron unas cortinas gruesas para la única ventana que da a la parte trasera de la casa de los Ré. Desde la cama, por esa ventana, por el resquicio que dejan las cortinas, puede ver una porción de cielo y la parte alta del chalet, donde hay un cuarto sin terminar. Hay una pared solitaria y, en la pared, una ventana. La ventana de esa pared no tiene marco y recorta también una porción de cielo. Las dos ventanas, entonces, forman una mira telescópica que apunta al vacío. Y el Pampa ahora apunta al vacío, a ese cielo ya nocturno del que continúa cayendo la nieve. Apunta al vacío y al futuro inmediato.

El Pampa ya está bañado y cambiado. Sentado sobre la cama, muy quieto, parece estar midiendo algo. El cuarto huele a pintura nueva, siempre olió a pintura nueva, y huele a limpio. Graciela Ré, la mujer del carnicero, ha estado limpiando. El olor penetrante del kerosene de la estufa también está, pero para el Pampa es más que un olor, es algo que siente en el paladar. Sentado sobre la cama de una plaza, casi la cama de un niño, el Pampa ausculta el peso de los párpados, la laxitud de los músculos. La ducha y el calor de la estufa le han ablandado el cuerpo. El Pampa por un rato se permite pensar que ya nada le importa. Que puede acostarse a dormir y olvidarse de todo. Que no necesita hacer lo que va a hacer. Que nadie necesita que lo haga. Eso piensa por un rato, y cuando cree que va a claudicar, su cuerpo hace todo lo contrario. Se pone de pie. Se mira en el espejo del ropero. ¿Está triste, está enojado, tiene miedo? El Pampa alza las cejas, desorientado ante esas posibilidades remotas, y sale de la habitación.

Va hacia al cuartucho de herramientas. Bajo un alero de chapa está su Honda 100. La destraba y la empuja. Recorre el terreno de los Ré, cubierto ahora por una nieve chirle, por un barro pálido.

—¿Vas a salir con una noche así, Pampa?

Ezequiel Ré, el carnicero, fuma apoyado contra la pared de su casa, junto a la puerta de la

cocina. El Pampa, que no lo ha visto, se sobresalta. No le gusta no haberlo visto. Tiene que estar más atento. Esta noche tiene que estar más atento.

—Es que tengo que ver si no hay ningún problema en la zona. Son órdenes de Trenque Lauquen.

Ezequiel Ré asiente. Siempre asiente. El Pampa quisiera que alguna vez dijera que sí o que no, que dejara de asentir. Vestido de civil como está, de jeans y pulóver de cuello alto, Ezequiel Ré no parece un carnicero. Tiene unos cuarenta y cinco años. Tiene hombros redondeados, el pecho alto, como si alguna vez hubiese sido o hubiese intentado ser un deportista profesional. Sin embargo, siempre fue carnicero y el Pampa, salvo en sus esfuerzos con el cuchillo ante las reses, no lo ha visto hacer ninguna actividad física. Es amable, de sonrisa franca, y nunca trata de usted a nadie. Cuando está trabajando, vestido con el delantal y la gorra, parece disfrazado.

—Qué ganas de joder, esos de Trenque Lauquen... Es una nieve, nada más. Hay que meterse adentro, comer caliente y acostarse a dormir. ¿No querés quedarte? Graciela está haciendo un guiso.

El Pampa, sin detenerse, agradece y dice que no, que tiene que hacer el recorrido. Ezequiel Ré se alza de hombros, tira el cigarrillo al suelo y lo pisa. Se sacude el frío y manotea el aire como espantando los copos de nieve.

—Hace tanto frío que ni para los vicios quedan ganas... Chau, Pampa, que te sea leve. Le voy a decir a Graciela que te deje un plato de guiso en la pieza, sobre la estufa.

Ahora es el Pampa el que asiente. Asiente y se aleja. Al llegar a la calle, se sube a la moto y la enciende. Mientras espera que el motor entre en calor, mira hacia el otro lado de las vías, hacia las casas abandonadas, que entre la noche prematura y la nieve parecen tener otra disposición. Parecen dispuestas. De una de ellas, de una de las más lejanas, sale una luz débil y parpadeante. Es la luz de un fuego encendido. Eso significa que Irina ha vuelto.

¿Y dónde es que el Pampa ha dejado las cosas de su madre, de su padre, las propias? ¿Dónde están las cosas que le pertenecían antes de ser quien es ahora, uno de los dos suboficiales ayudante del Destacamento Rural de Monge? No las dejó en casa de los pocos familiares que le quedan, no las abandonó ni las donó en ninguna iglesia, y tampoco están en la habitación que ocupa en la casa de los Ré. Una vez a la semana, Graciela Ré, la mujer del carnicero, limpia su habitación. Limpia y revisa. Nunca encuentra nada nuevo, no hay nada que tenga un eco, un objeto que le permita imaginar algo del pasado de su inquilino. Y no es que Graciela Ré esté realmente interesada en saber algo de él. Así como limpia, revisa. Revisar, para ella, es también una forma de limpiar, de dejar todo en orden. Lo único que la desconcierta, que enturbia un poco su idea de lo que hace, son las balas usadas en el cajón de la mesa de luz. Cuando abre el cajón, cuando las balas se deslizan y chocan entre sí, ella duda. No sabe ya si está limpiando, si está revisando, qué está haciendo. Alguna vez se ha encontrado tentada de llevarse una, pero hasta ahora no lo ha hecho. Y está bien que no lo haga, porque el Pampa se daría cuenta, y entonces sería él quien no sabría qué está sucediendo. ¿Dónde están sus cosas, las cosas de su familia, las que cargó en varias valijas el día que tuvo que abandonar la casa en la que había vivido toda su vida? Una sobre otra, tres valijas deformadas por la carga y tapadas con una cobija llena de polvo. Están, sí, en el silo abandonado del Molino Sáez. Ahí en el de la izquierda, mirando desde la ruta a Trenque Lauquen.

El Pampa cruza las vías sobre la moto y pasa junto al edificio de la estación abandonada. Se dirige a paso de hombre hacia las últimas casas. El foco delantero de la moto va recortando lo que antes fue una calle y ahora ya no lo es. A la luz de la moto, la nieve parece más caprichosa en sus movimientos. Cae, pero también hace otras cosas. El Pampa esquivo los charcos helados y detiene la moto ante la casa de la que salen los resplandores de un fuego encendido. La casa no tiene puertas ni ventanas, solo goznes herrumbrados. El Pampa llega hasta el umbral. El fuego encendido está en el centro de la primera habitación, lo que alguna vez fue un living o un comedor. Ahora no hay nada. Salvo el fuego e Irina, que se calienta las manos y habla en voz baja.

—¿Otra vez por acá, Irina?

El tono del Pampa intenta ser amedrentador, pero no puede evitar una mezcla de cariño y respeto que se parece al miedo.

La mujer, encorvada sobre el fuego, se sobresalta y levanta la vista. Es una anciana de ojos vivaces y oscuros, pequeña y de pelo largo y encanecido. Al ver al Pampa comienza a reírse. Es una risa cristalina, contagiosa.

—Ay, oficial, qué susto... No lo escuché llegar. Es que estaba pensando... ¿usted me escuchó pensar?

—No, Irina, no la escuché.

—Menos mal, je je, menos mal...

El Pampa se acerca al fuego. Entre los troncos, hay una cruz de madera pintada de blanco. La inscripción ya se ha quemado y solo se distinguen tres letras. “Bob”, lee el Pampa, mientras mueve la cabeza de un lado a otro.

—Otra vez, Irina. Con todas las cosas que hay para quemar. ¿Por qué usás las cruces?

Irina se ríe y el Pampa se esfuerza en no engancharse con lo que esa risa propone. La primera vez que vio a Irina fue en otra de las casas abandonadas, y fue en una situación similar, hace algunos meses. Varios vecinos del pueblo habían denunciado que alguien andaba por las casas abandonadas, pero el problema no era ese. De vez en cuando aparecía de la nada algún vagabundo, se quedaba unos días, rondaba y se escondía, y luego desaparecía en la inmensidad de la llanura. Nadie sabía por dónde llegaba ni a dónde se iba. El problema era que este vagabundo en particular sacaba las cruces de los muertos y las usaba para encender el fuego. Varios días tardaron los vecinos en notar la desaparición de algunas cruces, y varios días más en

asociarlas a los resplandores que veían por las noches. Presentaron la denuncia y el Pampa fue a investigar. Ahí fue que se encontró con Irina y su risa.

—Je je, es que calientan mejor. Además los muertos ni se enteran, je je. El problema no son los muertos bajo tierra, que en paz descansen —dice Irina, y se hace la señal de la cruz sin dejar de reírse—. El problema son los muertos que están al aire libre... Yo los huelo, ¿no los huele usted, oficial?

El Pampa traga saliva, mantiene la compostura, piensa que tiene que irse.

—Irina, me tengo que ir. ¿Querés que mañana te lleve a tu casa? No podés quedarte acá, los vecinos se quejan.

Irina abre las manos y las alza.

—Es que, oficial, no me acuerdo dónde vivo. ¿Usted sabe dónde vivo? No, claro que no. Y yo no me acuerdo si esta vez me echaron o yo me enojé y me fui. Son las desagradecidas de mis hijas... ¿Le hablé alguna vez de mis hijas? Je je, mejor no, a ver si alguna le termina poniendo el lazo. Parecen hijas del diablo... No no. Pero no se preocupe, oficial, ya me voy a acordar. Me acuerdo y ahí vuelvo, se lo juro —dice Irina. Se lleva un dedo a la boca y lo besa dos veces, haciendo una cruz. Y entonces vuelve a reír con todas las ganas.

El Pampa suspira. Finge su prestancia. Todavía es demasiado joven y la vejez le resulta un misterio. Como si en la vejez hubiera algo que no es del todo humano. Y encima Irina que no deja de reírse y de quemar las cruces de los muertos.

—Está bien, Irina. Pero tenés que prometerme que no vas a quemar más cruces. Si no te voy a tener que encerrar.

—Se lo juro, oficial —dice Irina, y besa su dedo otra vez en cruz—. Aunque ellos me lo pidan no las quemo más.

El Pampa asiente y se despide. Sale y se enrosca en su abrigo. La noche es cerrada y la nieve sigue cayendo. Mientras enciende la moto, escucha la risa de Irina como si viniera de muy lejos. Sabe que la anciana no va a cumplir, y que seguramente mañana quemará alguna otra cruz. De todas maneras, ya no quedan tantas, y los vecinos con esto de la nieve seguramente no le prestarán atención y ella terminará yéndose. El Pampa arranca y recorre lo que antes fue una calle y ahora ya no, cruza la vía, rodea el caserío por las laterales para no llamar la atención y toma el camino de la laguna.

Meses después de cumplir los quince años, Gretel Castellanos se tiñó el pelo de rubio. A Joaquín no le gustó. A la tía no le gustó. El padre no dijo nada. Ya casi con diecisiete, se peleó con Joaquín definitivamente y la tía la amenazó por primera vez con echarla de la casa. Después de una dura pelea llamó a su hermano y durante media hora le estuvo exponiendo los problemas que su hija le traía. Que salía demasiado y volvía muy tarde, que la ignoraba y le contestaba mal, que ya no la ayudaba ni en la casa ni en la panadería, que fumaba y tomaba alcohol. El ferretero prometió hablar con su hija, pero no lo hizo. La tía de Gretel, que no había tenido hijos, era exagerada. Y Gretel también era exagerada. Dos años después, cuando Gretel terminó la secundaria, en el acto de la entrega de diplomas, tía y sobrina se abrazaron mucho más de lo que se abrazaron hija y padre. Durante el verano barajaron entre los tres las posibilidades de que Gretel fuera a estudiar a Buenos Aires, pero la plata no alcanzaba. Decidieron que ese año ella trabajaría en la panadería y ahorraría, y que al año siguiente se iría. Íntimamente, esta resolución la alivió. Tenía mucho miedo de irse y nunca más volver, tenía muchas ganas de hacerlo. Ese fue un verano largo. Las semanas que Gretel pasó en Monge se le hicieron interminables. Su único consuelo era hablar por teléfono durante horas con Fernanda, que seguía siendo su mejor amiga, pero cuando cortaba sentía la garganta seca, la cara cansada de gesticular para nadie. Una noche, envalentonada por media botella de vino que robó de la alacena de su padre, Gretel cruzó las vías y se dirigió hacia la cruz que había elegido hacía mucho tiempo como lugar en donde estaba su madre. Estuvo más de una hora recorriendo los alrededores de las casas abandonadas, primero donde la cruz estaba, bajo un álamo solitario, y después por todas partes, como si su recuerdo pudiera ser equivocado o la cruz se hubiera movido. Un poco borracha y perdida, tropezó varias veces, se dobló el tobillo, se raspó la frente con las ramas bajas y enmarañadas de los arbustos y las piernas con los pastos altos. Después volvió al lugar que ella recordaba. El álamo estaba ahí pero la cruz no. Alguien la había arrancado. Gretel tragó saliva. Esperó para ver qué sucedía, porque suponía que algo tenía que suceder. Pero nada pasó. Volvió a su casa y entró con sigilo. En la penumbra, el olor de la casa era elocuente: era la casa de un hombre solo. Pasó junto al dormitorio de su padre y se detuvo. Su padre dormía. Y entonces hizo algo que al otro día le resultaría extraño. Empujó suavemente la puerta de la habitación y entró. Avanzó a tientas. La oscuridad era más densa ahí y sus ojos tardaron en acostumbrarse. A los pies de la cama donde el ferretero roncaba, se arrodilló. Rezó primero por el alma de su madre, después por la de su padre, después por la de su tía y finalmente por la de ella. Lloraba mientras lo hacía y un escalofrío le

recorría la espalda. Era el temor divino. Era la fe. Era estar tan cerca, a una misma distancia, de los vivos y de los muertos. Ya en su cuarto, vacía y sola, durmió profundamente.

El Pampa demora más en llegar a la laguna de lo que había previsto. El camino se hace difícil y tiene que detenerse varias veces porque la nieve que le moja la cara no lo deja ver bien. Está ansioso. Ya lejos del caserío, en la oscuridad de los campos, se siente incómodo por la luz de la moto. La luz lo delata, lo pone en evidencia. El ruido del motor le preocupa un poco menos, porque a pesar del silencio pesado de la noche, un ruido es menos localizable, es algo que flota con la misma arbitrariedad que la nieve. En cambio la luz del faro es exacta, tiene dirección, incluso si alguien la viera podría decir que hasta tiene intención. Pero no puede apagarla. El camino de tierra apisonada se ha vuelto resbaloso, hay charcos de un barro gris que parecen menos líquidos de lo que en verdad son. El Pampa entonces se concentra en el camino, no quiere pensar en la inmensa tiniebla que lo rodea, y en la que no sabe qué o quién se esconde. El faro de la moto le hace eso. Lo separa de la noche, lo somete a una intemperie flamante. El Pampa avanza, vigila el camino, no piensa en lo que lo rodea y tampoco en las posibilidades que lo aguardan. Ha reducido esas posibilidades a tres, y las ha dejado ahí, latiendo en su conciencia. Es posible que el cuerpo de Gretel Castellanos ya no esté ahí. Que el asesino o quien la haya colgado se la haya llevado. Es posible también que los animales carroñeros hayan logrado derribarla, y entonces se encuentre con algo que ya no es un cuerpo. Y es posible que todavía esté ahí, colgando del árbol junto a la laguna, la muerte y el frío librando su propia y minúscula batalla debajo de la piel. De todas las opciones, esta es la que espera, y la que más teme.

Cuando divisa a poco más de cien metros la arboleda que rodea la laguna, el Pampa detiene la moto y apaga la luz. Se baja y arrastra la Honda 100, sale del camino. La deja oculta bajo un arbusto espinoso y retoma la marcha. Ya no va por el camino sino a campo traviesa. Cruza un alambrado y camina en dirección recta. Siente el chapotear de los borceguíes en la tierra chirle y desapareja, poceada por el andar de las vacas. A medida que avanza sus ojos se acostumbran a la oscuridad de la noche. Los árboles crecen ante sus ojos. Sus ojos crecen ante la noche. El Pampa tiembla. Y el temblor tiene su propia firmeza, una intensidad conmovedora. Ya está llegando. Cruza nuevamente un alambrado y se detiene. Menos de veinte metros lo separan de la laguna. Ya ha podido reconocer el árbol, y ya ha podido ver el bulto informe que cuelga como un monstruoso panal de abejas. No parece haber nadie alrededor, pero por las dudas achica el cuerpo y cuida el andar. El Pampa empieza el acecho. Para eso está ahí. Para eso ha esperado todo el día. Ahora lo sabe, ahora está lleno de certidumbre y de terror.

A diez metros del árbol y el cuerpo, el Pampa vuelve a detenerse. Mira el detalle de las

sombras, busca otra presencia, alguna sombra tan intensa como él. Pero no hay nadie. Son solo él y el cuerpo de Gretel Castellanos. El Pampa ya no camina en línea recta. Rodea el árbol, rodea el cuerpo, agazapado entre pastizales húmedos. Llega a la orilla de la laguna. Por un instante contempla la nieve que cae. Volátiles manchas claras que desaparecen en el agua negra y quieta. Esa imagen le hace darse cuenta de algo. El Pampa nunca tuvo tanto frío en su vida. Es un frío que traspasa todos sus abrigos, que ignora incluso su piel y su carne y le llega hasta los huesos. Ahí es donde está el frío. Es tan intenso que no le hace desear una comida o una cama caliente. Ese frío solo puede hacerle desear más frío. Es como un vértigo, la tentación de sumergirse en el agua negra de la laguna y llegar hasta el fondo. Y ahí esperar que todo se aquiete en la superficie, y que el agua helada lo transforme en otra cosa...

El Pampa se sacude el frío y las ideas. Le da la espalda a la laguna y ahora sí, camina los metros que lo separan del cuerpo colgante de Gretel Castellanos. Ya bajo el aura del árbol, se frena. En una mano tiene la linterna, en otra su arma reglamentaria. Sabe que lo que tiene que hacer es iluminar, enfocar el cuerpo, pero por un segundo duda. Es como si no recordara para qué sirve cada uno de los objetos que tiene en las manos. La linterna y la Beretta, la Beretta y la linterna. Una ráfaga del olor del cuerpo le llega y lo golpea, y como si el olor portara el impulso que necesitaba, levanta la linterna e ilumina. Por un largo minuto el Pampa contiene la respiración. Un día para la muerte es mucho tiempo, algo de eso sabe, y sabe, sabía ya, que el cuerpo de Gretel Castellanos estaría mortalmente cambiado. Son dos cosas las que entonces abruman al Pampa Asiain. La primera, que el cuerpo parece el mismo de la noche anterior. La segunda, que la cara parece de otra persona. El Pampa enumera, atribulado. La misma camiseta con el cuello estirado y el hombro al descubierto, la misma minifalda de jean, tenues y escandalosas prendas en esa noche helada. El pelo rubio, la cabeza ladeada, el cuello largo, los claroscuros grises, negros y verdes, las manos atadas en la espalda. El azul que no se ve pero está. El pie carcomido. Pero la cara no es de Gretel Castellanos. ¿Le han cambiado el cuerpo? ¿Es otra la mujer muerta que está mirando? ¿Por qué, por qué la abandonó, por qué la dejó sola? Los ojos cerrados parecen estirarse hacia la nuca, orientales y tensos. La nariz parece más grande y delgada, se despegas de la cara con mayor precisión. La boca entreabierta, con la mancha del labial, es incongruente e infantil. El Pampa, horrorizado, da dos pasos hacia atrás. Se obliga a cerrar los ojos y a no moverse. Espera. Respira, ordena el frío dentro de su cuerpo. Cuando vuelve a abrir los ojos se encuentra por fin con la cara de Gretel Castellanos. Sí, es ella. Un “Sí” apenas susurrado flota y se desvanece como un copo de nieve en el silencio de la noche, y el Pampa no puede asegurar que haya salido de sus labios.

¿Y qué canciones son las que toca y canta el Pampa Asiain, ahí, en uno de los silos abandonados del viejo Molino Sáez? ¿Ha pensado en las letras, sabe lo que dicen, qué entiende de ellas? ¿Son las canciones las que le llenan los ojos de lágrimas, o solo son el vibrar de su voz y el tañido de la guitarra? ¿Hay palabras que reverberan más que otras? ¿Hay alguna canción que el Pampa prefiera sobre las demás? Las canciones son las que están en la revista con la que aprendió a tocar, y él las canta en el orden en que están ahí. El Pampa ni siquiera escuchó las versiones originales, y si alguien lo oyera seguramente tardaría en reconocerlas. En el silo de la izquierda, mirando desde la ruta que va a Trenque Lauquen, el Pampa repite una y otra vez las mismas canciones, en el mismo orden. No hay posibilidad de saltarse alguna, de adelantar otra, de renunciar a una. Son cinco canciones, ni una más, ni una menos. Ya no necesita la revista ajada con las letras y los acordes, pero la sigue teniendo ahí, frente a él, porque algo tiene que mirar mientras toca y canta. Tiene que mirar la revista porque si cierra los ojos se marea, siente que cae, siente que su voz es un grito. Pierde el equilibrio y cae, y entonces la canción podría ser algo que no tiene fin. Es la misma caída, exactamente el mismo vértigo que sentía si cerraba los ojos cuando espiaba a su padre escondido bajo la mesa de la cocina, amparado por el mantel. Tenía que mirar el muñón. Tenía que espiar a su padre a través del muñón. ¿Y qué es lo que espía cuando toca y canta en el viejo silo abandonado? Se espía a sí mismo, se vigila y se sorprende de lo inmensa que puede ser el alma. De lo negra que es y lo vacía que está, y de todo lo que puede caber en ella.

El Pampa esta vez decide quedarse en tierra. El ombú está demasiado lejos, y él está demasiado nervioso como para trepar, como para exigirle exactitud a sus movimientos. Rodea el cuerpo trazando un círculo, un perímetro. Lo completa y vuelve sobre sus pasos. Busca el sentido del viento, quiere evitar las ráfagas que arrastran los vahos de la descomposición. El viento viene del sur y él se ubica de ese lado, de espaldas a la laguna. Se sienta entre los pastizales altos, las piernas cruzadas. Ya está instalado, ya está listo para lo que tiene que venir. Es un momento difícil. Respira profundo buscando templanza. No ha llevado nada para comer, no tiene hambre, pero sí tiene sed. Los pastizales húmedos se mueven y le rozan la cara. La nieve le moja los hombros y la capucha del camperón. Hay humedad por todas partes, la siente en los huesos, pero tiene la garganta reseca. Toma un trago corto de agua de la cantimplora que ha llevado, traga un poco y escupe. Reduce al mínimo sus necesidades. No está ahí para estar cómodo o contento. Está ahí para encontrarse con un asesino. De dónde proviene la certeza de que quien mató y colgó a Gretel Castellanos volverá, no lo sabe. Tampoco sabe por qué está convencido de que es una sola persona. El Pampa simplifica, apuesta. El asesino volverá. Esta noche. No soportará el silencio, no soportará que su denuncia de pescadores furtivos no haya desencadenado el encuentro del cuerpo. ¿Será el viejo Gatti, después de todo? El Pampa no quiere buscar posibles culpables. Lo ha hecho durante todo el día y solo ha conseguido aturdirse. La gente está llena de rarezas y él mismo, lo sabe, es raro. Se lo han hecho saber por las buenas y por las malas. No, no buscará posibles culpables. Lo esperará, lo verá llegar, lo descubrirá. Para eso está ahí, contemplando desde la oscuridad de la noche y los pastos la oscuridad que el árbol ha sabido procurarse, soportando el frío y la caricia helada de la nieve. ¿Y si no viene nadie? ¿Y si tiene que enfrentar otra noche de soledad frente al cuerpo de Gretel Castellanos? El Pampa no quiere pensar en esa posibilidad. Esa idea lo perturba. Más allá del fracaso que eso implicaría, lo que más lo perturba es soportar otra vez esa intimidad. Ese desvelo compartido en el que se siente expuesto, como si estuviera desnudo. El Pampa se sacude esa idea y comienza a masticar meticulosamente sus semillas de girasol. Busca un ritmo. Poner en funcionamiento un mecanismo que conoce y maneja. Sabe que en cualquier momento las sombras alrededor del cuerpo comenzarán a moverse, y él tendrá que estar preparado para distinguir si es algo que está en sus ojos o es que finalmente ha llegado el asesino. Y sabe también que, en algún momento, la sombra misma que es el cuerpo de Gretel Castellanos también se moverá, cambiará de forma, y ahí también tendrá que estar preparado para no sucumbir a los caprichos líquidos de su visión y

su cansancio. Mastica, entonces, una a una sus semillas de girasol. Cada tanto el Pampa cierra intencionalmente los ojos, porque en la penumbra en la que está el pestañeo no existe. Los cierra y escucha los ruidos de la noche. El minucioso y ciego andar de los insectos nocturnos, los crujidos de cosas invisibles que se quiebran, cerca y lejos, el chapoteo de la laguna a sus espaldas. También escucha el destilar de la nieve cuando deja de ser nieve, a veces incluso antes de terminar de caer. Es en los ruidos donde está la única posibilidad de que el tiempo transcurra. El Pampa cierra los ojos para sentir que los abre. Para sentir que vuelve a ver, aunque lo que tenga adelante sea un montón de manchas negras que se unen y se separan. Se lleva otra semilla de girasol a la boca, la traba entre los dientes y realiza una presión leve para partirla al medio y separar las dos cáscaras sin que se astillen. Escupe las cáscaras, muerde la semilla. Y entonces, desde los oídos, lo invade la presunción y los ojos se le llenan de lágrimas como cuando está en el silo abandonado. Cierra los ojos y vuelve a escuchar. Los abre y duda. ¿Es el cuerpo de Gretel Castellanos el que gotea de esa manera? ¿Y cuál es esa manera? Es un goteo matemático, que tiene peso propio y no está sometido a las variaciones de la atmósfera. El Pampa no quiere moverse, no quiere encender la linterna para comprobar si es el cuerpo de Gretel Castellanos el que gotea de esa manera. No ganaría nada con eso. El miedo que siente ahora se transformaría en otra cosa. El Pampa traga saliva, la saliva salada que le ha dejado la última semilla de girasol, y trata de no oír ese goteo que lo aterra. Ahora daría lo que fuera por escuchar a la vaca moribunda de la noche anterior. Pero es como si toda la noche se hubiese silenciado, como si los insectos se hubiesen detenido, hipnotizados por ese ritmo monótono que se escurre desde el cuerpo de Gretel Castellanos. Ya nada se quiebra, ya nada se roza con nada, la laguna es un abismo sordo a sus espaldas. Cada cosa ha quedado aislada de las demás. Ese es el silencio que el Pampa percibe. Y en el centro de ese silencio está el goteo. El Pampa aprieta los dientes. Y entonces ocurre el milagro. Sus dientes comienzan a castañear. Sus dientes hacen ruido. Aunque quisiera, no podría controlarlo. El Pampa es un insecto, ahora, que roe la raíz de su miedo. Se obliga a escucharse, a ignorar todo lo demás. Lo logra. Y está tan concentrado en ese proceso que tarda en distinguir, en el horizonte sonoro de la noche, el rugido distante de un auto que se acerca.

Los miedos de Gretel Castellanos se parecían a los miedos de cualquier chica de su edad. Eran miedos volátiles e intensos, que iban y venían y que a veces, también, cuando los compartía con sus amigas, le causaban risa. Pero ese año de trabajo en la panadería, mientras juntaba plata para ir a estudiar a Buenos Aires, sin entender muy bien por qué, sintió que se había vuelto más temerosa. Pensaba en su padre y lo pensaba muerto, pensaba en su tía y la pensaba muerta. Siempre tenía miedo de no volver a verlos, de que algo les pasara mientras ella no estaba con ellos. Había días en que era como si el miedo se hubiese asentado en su piel, reemplazando el tacto. Y entonces buscaba alguna manera de sacarse la angustia del cuerpo. Eso la volvía arisca, pero también audaz. Disfrutaba más del sexo y se sentía más desdichada después. Cuando salía con sus amigas era la que más bailaba, la que más se reía, la que más tomaba alcohol. Pero era también la que menos se emborrachaba. Su atención era constante. Una noche en la que no quisieron entrar al boliche, compraron una botella de vodka y varias latas de Speed y salieron del pueblo. Iban en la camioneta que el padre le había prestado a una de ellas, una Ford Ranger negra de vidrios polarizados. No sabían dónde iban, pero les alcanzaba con alejarse. Ese era el impulso que las unía y las hacía hablar a los gritos. Se detuvieron en medio de un camino de tierra que ninguna de ellas sabía muy bien a dónde llevaba. Se bajaron de la cabina y se instalaron en la parte de atrás de la camioneta. Al principio, entre las risas, las voces superpuestas y el murmullo de la música que habían dejado encendida, las horas pasaron sin que las sintieran. Pero en algún momento empezaron a reír de manera más espaciada, y ya no todas hablaban, y la música se detuvo. Entonces sintieron el cansancio. Era una noche estrellada de otoño, muy quieta. Cuando la primera de ellas se durmió, las otras cuchichearon. La que se había dormido tenía la boca entreabierta y dejaba escapar un extraño silbido. Rieron en voz baja. Complotaron. Fue Fernanda, la mejor amiga de Gretel, la que le echó un poco de vodka entre los labios. La chica despertó asustada y todas rieron, incluso ella, después de la sorpresa. Eso las mantuvo despiertas un poco más, pero sin convicción. Una de ellas dijo que era mejor volver, pero la única que sabía manejar estaba demasiado borracha. Otra dijo que lo mejor era quedarse en la camioneta y poner música de nuevo. Gretel no dijo qué era lo mejor, pero propuso salir a hacer pis. Tenía la sensación de que la vejiga le iba a estallar en cualquier momento. Insistió, pero todas sus amigas se negaron a acompañarla. Sola bajó de la camioneta con una linterna, cruzó un alambrado y se perdió en el campo. Meó en la oscuridad sintiendo el intenso olor del pasto. En cucullas le pareció que veía el campo y la noche de una manera que nunca los había visto. Como

si espiara por el ojo de una cerradura. ¿Miraba de adentro hacia afuera o de afuera hacia adentro? Se puso de pie y comenzó a caminar sin rumbo. A medida que se alejaba se le hizo un nudo en el estómago, y un miedo intenso le puso la piel de gallina. Pero no podía dejar de alejarse, de caminar bajo la luz quieta de las estrellas, entrando o saliendo del silencio. ¿Era una cruz blanca eso que brillaba en la oscuridad? No, no lo era. Cuando una hora más tarde Gretel volvió a la camioneta, sus tres amigas estaban dormidas, acurrucadas una junto a la otra dentro de la cabina. Se sintió traicionada pero igual se unió a ellas. El miedo la mantuvo despierta hasta el amanecer, y cuando sus amigas despertaron, ella fingió que despertaba también.

El Pampa, inmóvil e incrédulo, ve las luces del auto que corcovea en la huella del camino viejo que bordea la laguna. Para eso está él ahí, eso es lo que ha venido a esperar, y sin embargo le cuesta creerlo. El camino es difícil y el auto resbala y se empantana más de una vez. No son más de doscientos metros lo que tiene que recorrer, pero la nieve y el barro le dificultan el andar. El Pampa acusa el golpe. Esa intimidad que antes lo aterraba ahora ha desaparecido súbitamente, y él siente la pérdida. Quieto, violentado, lo observa acercarse. Por la forma de los faros y lo que puede distinguir del capó, parece un Renault 12, pero no está seguro. ¿Quién tiene un auto así? El Pampa se esfuerza, está seguro que conoce qué auto tiene cada habitante de la zona, pero no logra identificarlo. Repasa mentalmente cada casa, cada familia de Monge. Se aleja y piensa en los ranchos y las estancias, y sigue sin encontrarlo. El Renault 12 continúa su achacosa marcha y el Pampa no se mueve, permanece quieto. Es un desafío pero también es lo que le queda de incredulidad. Solo cuando el auto gira en la última curva y los faros comienzan a apuntar en su dirección, el Pampa se mueve. Alcanza a arrastrarse hacia atrás y a ocultarse entre los arbustos unos segundos antes de que las luces enfoquen el cuerpo de Gretel Castellanos. El Pampa intenta no mirar, pero mira. Los haces suben y bajan acompañando el corcoveo del auto sobre las irregularidades del camino. Recortan el cuerpo en formas cambiantes, lo vuelven una sombra negra e inquieta. No es mucho lo que puede ver el Pampa, salvo que ahora el cuerpo parece más grueso y laxo. Como si fuera el de una mujer mayor. Como si Gretel Castellanos hubiese envejecido en la muerte. El Pampa por primera vez piensa en la belleza y la juventud de la hija del ferretero, y se sorprende. Nada de eso está ahí. Las luces siguen creciendo, el rugido del motor lo invade todo. El auto se detiene a menos de cinco metros. Los faros iluminan el cuerpo de Gretel Castellanos, el motor zumba, la nieve sigue cayendo. Durante unos minutos todo permanece así. Los faros, el cuerpo, el motor, la nieve. Y el Pampa que agazapado se contiene y no saca el arma. Finalmente, la puerta del conductor se abre y un hombre baja. Cuando avanza hacia el cuerpo y entra en el cono de luz, el Pampa lo reconoce. El hombre se acerca con paso torpe, tropieza pero no cae, se lleva a la cara la parte interior del codo. Se cubre la boca y la nariz, pero no puede contener el vómito. Cae de rodillas, se arquea. Cuando deja de vomitar, llora. Su cuerpo se sacude bajo los haces de luz. ¿El cuerpo de Gretel Castellanos ha dejado de gotear, de desaguarse? Nada se escucha en la noche, salvo el llanto del hombre. Nada se escucha salvo el llanto grave de Orlosky.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

3. Pampa, Gretel, Orlosky

Cuando a los catorce años lo fueron a buscar, Orlosky creyó que había hecho algo malo. Siempre creía que había hecho algo malo, pero esta vez se le ocurrió que debía ser peor. Tres hombres bajaron de un Fiat reluciente en el que, calculó, él no podría entrar nunca, y uno de ellos aplaudió frente a la casa hasta que su padre apareció. Orlosky los vio por la ventana de su cuarto y enseguida se dio cuenta de que venían por él. Bajó las escaleras a los saltos y se dirigió al fondo de la casa. Ahí ya no supo qué hacer, y se quedó de pie ante el alambrado, acariciando a uno de los perros, mientras los demás le ladraban. Los hombres hablaron primero con su padre un largo rato, después también con su madre, y finalmente lo fueron a buscar. De reojo, mientras fingía darle de comer a los perros, Orlosky los vio acercarse. De los tres hombres, dos le resultaban conocidos, eran del pueblo. El tercero, el que caminaba delante y al centro, no. Los dos hombres que conocía se limitaron a sonreír y a asentir durante toda la entrevista. No hablaron con él ni con sus padres. El que habló, el que convenció a sus padres y lo convenció a él, fue el desconocido. Con el tiempo, Orlosky aprendería su nombre, aprendería a reconocer cuándo su sonrisa era sincera y cuándo no, qué cosas le gustaban y qué cosas lo hacían enojar. Y con el tiempo también conocería a muchos desconocidos más, que lo mirarían y harían cálculos como lo hizo aquel hombre esa mañana. A Orlosky siempre le molestó que hicieran eso. Él hubiese querido saber qué calculaban, y hacer lo mismo con ellos, devolverles la gentileza. Pero no sabía hacerlo. Esa mañana en que lo fueron a buscar, Orlosky tenía catorce años y era muy poco lo que había visto del mundo, y mucho menos lo que esperaba de él. Estaban la casa, su familia, la escuela primaria que había abandonado, el trabajo en el tambo de los Ferreyra, donde también trabajaban su padre y sus hermanos. Eso era todo y estaba bien. Orlosky era asustadizo y tímido, y además era el único Orlosky. Ni a su padre ni a sus hermanos los llamaban por el apellido. Solo a él. Y siempre creía que había hecho algo malo por la sencilla razón de que nunca estaba seguro de lo que había hecho. A los catorce años, Orlosky ya medía dos metros y su cuerpo lo abrumaba. Ocupaba más espacio del que quería, mucho más, sus movimientos eran largos y torpes, tenía más hambre que los demás y cuando se decidía a hablar su voz era como el grito de un pájaro amenazado al que todos los demás sonidos dejaban solo. Y sin embargo, ahí estaba ese hombre que le sonreía, que le hacía una propuesta que no podía rechazar. No había hecho nada malo, no. Pero entonces ¿qué era lo que ese desconocido calculaba con su media sonrisa? ¿Qué calcularon los sucesivos desconocidos en los años que vinieron? ¿Calculaban su peso, la posibilidad de sus músculos flacos, su resistencia? ¿Medían su inteligencia, su bondad,

su maldad? ¿Intentaban predecir, como un hachero frente a un árbol, para qué lado caería cuando cayera? Porque en todos, en la mirada de cada uno de los desconocidos que Orlosky se cruzaría en su camino de ahí en más, más allá de si decidieran que era bueno o malo, inteligente o idiota, resistente o débil, él podría reconocer la expectativa, la convicción de que tarde o temprano lo verían caer para no levantarse más.

Bajo las luces del auto, rodeado por la oscuridad de la noche y el fantasmal y turbio centelleo de la nieve, Orlosky llora, se sacude. Todavía está de rodillas frente al cuerpo de Gretel Castellanos, el cuerpo de la hija del ferretero que cuelga del árbol porque él lo colgó. Intenta volver a vomitar pero de su boca desencajada solo caen espesos hilos de baba. A unos metros de él, el Pampa Asiain no necesita que el hombre se ponga de pie para saber que es enorme. Que más allá de que las luces de los faros hagan que su sombra crezca temblorosa y desmedida casi hasta donde él se esconde, ese hombre es uno de los más grandes que ha visto en su vida. Lo ha visto tambalearse y caer borracho, pero ¿quién no se tambalearía teniendo que soportar semejante cuerpo? Orlosky no vive en Monge, es un visitante ocasional en el bar de Rocha, y ahora que el Pampa lo ve así, la enorme espalda curvada, los hombros huesudos tiritando, las manos deformes, se da cuenta de que ese hombre no puede vivir en ningún lado. Vive en movimiento porque si se quedara quieto se derrumbaría y ya no podría levantarse. El Pampa lo observa, cataloga su desesperación. Y mientras lo hace, hace algo más: saca su arma reglamentaria y apunta. Apunta a la enorme sombra de Orlosky. El Pampa no piensa disparar, pero apunta igual, durante un largo rato. Y así permanecen. Orlosky de rodillas, llorando, el cuerpo de Gretel Castellanos como un péndulo inmóvil que paraliza la madrugada, y el Pampa apuntando con la 9 mm. El pulso del Pampa es firme. Su respiración es pausada. Juega en la boca con una semilla de girasol que no se decide a comer.

¿Es Orlosky el asesino?

El Pampa está seguro pero todavía no sabe qué hacer con esa seguridad. Debería arrestarlo, irrumpir con la autoridad que lo inviste, y sin embargo no lo hace. Falta algo, en toda esa escena falta algo. El Pampa sabe que Orlosky es el asesino, pero es como si la pregunta fuera otra, como si su tarea fuera otra. Los faros del auto, el hombre de rodillas, la mujer colgada. O en realidad, más que faltar algo, sobra, porque ahora el Pampa siente que quien viola una intimidad es él. Ese hombre de rodillas y esa mujer muerta son parte de una imagen muy antigua. El Pampa, por un instante, sin dejar de apuntar, deja de saber que él es Orlosky y ella la hija del ferretero. Son un hombre de rodillas, que llora, y una mujer colgada y muerta. Lo invade la superstición, al Pampa, una religiosidad inesperada. Es como si estuviera presenciando algo prohibido. Orlosky, además de llorar, de hipar como un rinoceronte enfermo, parece estar rezando. Y ella ahora resplandece, es posible que su palidez cadavérica y sus descompuestos claroscuros, por un extraño prodigio, hayan adquirido las características de un mineral sagrado. Al Pampa se le llenan los ojos de

lágrimas. Baja el arma y espera. Esa escena antigua y anónima le está vedada, él no puede participar, él no debería estar ahí, presenciándola. Pero el Pampa no es un hombre piadoso y sabe que sea lo que sea que esté sucediendo no durará. Orlosky terminará de llorar y se pondrá de pie, será finalmente el asesino. El cuerpo de Gretel Castellanos perderá ese extraño brillo y continuará su opaco camino hacia la disolución. Y entonces él encontrará el momento de actuar. El Pampa es paciente, sabe esperar. Se limpia las lágrimas y vuelve a levantar el arma. Apunta a la enorme figura de Orlosky y juega con la semilla de girasol en la boca sin decidirse a partirla con los dientes. No está nervioso pero tampoco está tranquilo. Él, que ni siquiera suele preguntarse si Dios existe o no, tiene el ingrato presentimiento de que esta noche, haga lo haga, terminará pecando.

A Gretel Buenos Aires la desconcertó. No sabía cuándo tenía hambre o sueño, y siempre parecía tener ganas de ir al baño. Las primeras semanas se dejó llevar por el entusiasmo de esa nueva vida. Había cosas que quería olvidar, aunque no sabía muy bien qué cosas. Resbalaba por las aulas y los pasillos, por fiestas y reuniones. Sentía la electricidad del roce constante. Todos eran desconocidos y ella también. Hasta que una mañana, mientras intentaba no quedarse dormida en una clase de Economía, se puso a pensar en su padre y en su tía. Los recordó, vio sus caras y sus gestos. Eran ellos, pero al mismo tiempo no lo eran. No podía discernir qué hacían o decían. Los perdía. Y entonces se dio cuenta de que había cosas que quería recordar.

Esa noche Gretel llamó a su padre y a su tía y se tranquilizó al escuchar sus voces. Después se acostó, pero no pudo dormir. Lloró mucho esa madrugada. Era tan intensa la necesidad de olvidar como la necesidad de recordar. Pensó en volver a Trenque Lauquen, en volver a Monge, pero se le ocurrió que esos lugares ya no existían. Que solo existía esa habitación en la que nunca más podría dormir. Asustada, encendió el velador. La pieza en la que estaba no era su pieza. Era un lugar desolado e ignoto. Ella era desolada e ignota. Apagó la luz y se tapó hasta la cabeza. Y ahí, bajo la tibieza sofocante de las frazadas, vislumbró el recuerdo. Ella en cucullas, el olor del pasto y de su propia orina, y una paz aterradora. ¿Era cierto, podía ser cierto que en ese preciso instante todo el mundo durmiera salvo ella? A partir de esa noche bajo las frazadas no pudo dejar de sospechar que así era. Detrás de las risas de sus compañeros de facultad, de las voces de los profesores, del andar perpetuo de los colectivos y los autos, de los teléfonos sonando en todas partes y a toda hora, de los espasmos de los ocasionales amantes, en el fondo del horizonte sonoro, el silencio del mundo era un animal que la acechaba. No lo soportó. Vivió menos de seis meses en una pensión para estudiantes de San Telmo y luego se fue. Pronto las pocas personas que conoció la olvidaron y pronto ella las olvidó.

Sin embargo, no volvió ni a Monge ni a Trenque Lauquen. Con una determinación inesperada, se instaló en un hotel de Rojas y buscó trabajo. Una semana más tarde alquilaba una pieza en una casa de familia y trabajaba de moza en uno de los bares frente a la plaza principal. A su padre lo llamaba por teléfono y a su tía le escribía mails. Era más fácil mentirle a su padre que a su tía. A los dos les dijo que seguía estudiando, y mentía tan bien que incluso llegó a pensar que no podía ser tan malo vivir en Buenos Aires, que tendría que volver a intentarlo. En sus momentos de aburrimiento, fantaseaba con volver al año siguiente. Y sus momentos de aburrimiento eran muchos. La mejor parte del día era bien temprano a la mañana, cuando el bar recién abría.

Mientras servía los primeros desayunos y cafés, Gretel veía la gente pasar por la vereda o cruzar la plaza. Todos parecían saber a dónde iban, y entonces ella también sentía que sabía, que sus olvidos y recuerdos se equilibraban. No, no podía ser tan difícil después de todo. No era mucho lo que había para saber. En eso solía pensar Gretel mientras manipulaba la máquina de café. Y tanto se ensimismaba que una mañana de invierno no se dio cuenta de que el joven al que acaba de servir un café con leche y tres medialunas era Esteban. Seguía siendo alto y flaco, y estaba sentado en la última mesa, detrás de todos, como siempre.

Cuando parece haber agotado toda su capacidad de sufrir, Orlosky se pone de pie. Primero se encoge, como si fuera a acostarse, y luego toma impulso y se para con un gemido. Respira agitado, con la boca abierta, como si en vez de estar en la noche más fría del invierno estuviera en verano bajo un clima tropical. Saca un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón y se limpia la boca, la cara. Mira el pañuelo y vuelve a limpiarse. Luego lo guarda y, sin moverse de donde está, se anima a enfrentar el cuerpo de la hija del ferretero. La angustia parece haber desaparecido y lo que queda es un cansancio infinito.

Escondido entre los arbustos, el Pampa le apunta con su Beretta, se alinea detrás de ella, se protege. La sencilla ecuación del arma le permite no caer de nuevo en la superstición. Su pulso no tiembla, ni siquiera cuando Orlosky se pone en movimiento. Sus pasos son pesados y de su boca entreabierta sale un silbido profundo. Orlosky es tan alto que, cuando enfrenta el cuerpo colgado, su cabeza queda a la misma altura de la cabeza de la chica. Está a menos de medio metro y parece soportar sin problemas el olor. Apenas un cambio en el silbido ronco de su respiración delata el esfuerzo. Permanece ahí, está pensando qué hacer. En algún momento la idea de estar siendo observado lo inquieta, y entonces mira a su alrededor. El Pampa no se mueve, no busca esconderse más de lo que está escondido. Sabe que el movimiento lo delataría. Orlosky mira a su alrededor, pero mira lejos, porque no sabe mirar cerca. La noche, la llanura, la nieve casi invisible que flota en la oscuridad. Orlosky decide que está solo, que nadie lo va a sacar de la situación en la que está, y entonces gruñe, habla solo, dice cosas que el Pampa no llega a escuchar bien. “Mejor”, parece haber dicho, mientras se da vuelta y se dirige hacia el baúl del auto. Pero también pudo haber dicho “madriguera”. El Pampa lo sigue con la vista sin dejar de apuntar. El brazo se le ha empezado a cansar y se ayuda con el otro, tomándose el codo, para mantenerse firme. Orlosky sale del haz de luz y su figura crece en la oscuridad. Es como si la luz lo redujera a una dimensión creíble, a un tamaño que la mirada de los otros puede aceptar. Detrás de las luces, Orlosky es tan grande que el auto parece un artilugio de calesita. El Pampa apunta en las sombras y por primera vez se pregunta si, en caso de disparar, el arma que tiene sería efectiva, alcanzaría para derribar a semejante mole. Se lo pregunta pero no se lo responde, porque el Pampa sabe que no disparará. Orlosky, mientras tanto, ha abierto el baúl. Revisa y mueve cosas, gime aunque ya no llora. De vez en cuando el Pampa cree percibir alguna palabra, algunas sílabas al azar. Es como si dijera “hormiganegra”, “escarcha”, “arbolseco”. Sabe que eso no es cierto. Aprieta la mano sobre la culata y apunta. Siente la tensión del dedo sobre el gatillo,

agarrotado por el frío pero al borde del movimiento definitivo.

Cuando Orlosky vuelve a entrar en los haces de luz, el Pampa ve que lo que trae es una lona de carpa y un machete. Por un instante el Pampa sufre un colapso moral. No lo abrumba la posibilidad de que Orlosky destaque el cuerpo, lo que lo abrumba es que está por modificar la escena. ¿Es que se ha acostumbrado a ella, es eso, o es su afán profesional que se escandaliza ante la modificación de una escena de crimen? Pero el Pampa sabe que ahí no ha ocurrido ningún crimen, que eso ha sucedido en otra parte, y que lo que tiene delante es una escena. Solo una escena. Una escena que está a punto de desaparecer. Con un horror que le llena otra vez los ojos de lágrimas y le seca la garganta, el Pampa contempla incrédulo el trabajo meticuloso de Orlosky. El gigante ha extendido la lona debajo del cuerpo, se ha detenido a observar, la ha corrido un poco para centrarlo. Luego ha invadido la lona, como si entrara en un escenario, y se ha parado frente al cuerpo, muy cerca. Uno de sus brazos largos lo rodea, lo envuelve, y el Pampa ve la mano de dedos deformes que se aferra con una extraña firmeza, que se traba sobre una de las caderas como un garfio no desprovisto de delicadeza. Orlosky actúa con la resignada solvencia de un matarife. El brazo libre, con el machete en la mano, se eleva. Busca la cuerda, la encuentra y comienza a cortar. No lo hace de un golpe, sino con un movimiento de serrucho. El cuerpo gira y Orlosky gira con él. Y mientras lo hace, gime por el esfuerzo. Tiene que bajar el brazo dos veces antes de terminar. Parece costarle mucho levantarlo. Finalmente corta la cuerda. El cuerpo de Gretel Castellanos se derrumba sobre el abrazo de Orlosky, y Orlosky, en un movimiento de una elegancia inesperada, se derrumba con él, gira y lo deposita sobre la lona. El cuerpo queda tendido y Orlosky queda de rodillas, apoyando las manos a los costados de la cabeza de Gretel Castellanos. Ahora el silbido de su respiración se ha vuelto jadeo. El esfuerzo parece haber sido tanto que el Pampa teme que Orlosky se desplome sobre el cuerpo de la chica. Pero el gigante no lo hace. Trabajosamente se pone de pie, sale de la lona y contempla lo que ha hecho. Calcula. Vuelve sobre el cuerpo y lo arrastra de las piernas hasta ubicarlo en uno de los extremos. Luego lo cubre con el borde de la lona y lo gira en dirección contraria. El cuerpo desaparece bajo las vueltas de la lona. Orlosky empuja y manipula. Habla solo como si para respirar necesitara hacerlo. Cuando termina, tantea, busca el mejor agarre y lo levanta. La voz del gigante es un resuello profundo y doliente. “Hormiganegra”, “escarcha”, “arbolseco”, “madriguera”, parece decir, pero no dice nada de eso. Orlosky lleva el cuerpo al baúl del auto. Lo mete adentro y sube. Antes de que el Pampa se dé cuenta de lo que ha pasado, el Renault 12 ya está recorriendo el viejo camino de la laguna. El Pampa se ha quedado solo, en la oscuridad. Le cuesta aceptarlo pero tiene que hacerlo. Debe seguir a Orlosky, no debe perderlo. Se pone de pie y siente el crujido de sus articulaciones. Mientras se dirige hacia donde ha escondido la moto, tropezando entre los pastos y pisando los charcos que ha dejado la nieve, habla solo, él también.

En la Escuela Vucetich de Olavarría había un fantasma. Todos lo sabían y todos decían haberlo visto alguna vez, incluso el Pampa, que en ese entonces era tan poca cosa que no quería ser menos, un cadete petizo y escuálido que se buscaba en los espejos de los baños de reajo, temeroso de no encontrarse y también desconfiado: a veces le costaba creer que él estaba ahí. El fantasma era, justamente, el de un cadete. Solía aparecer alrededor de los pabellones, en las madrugadas, amparado por las sombras de los árboles que rodeaban el predio. Las historias variaban, pero todas terminaban en una muerte trágica y solitaria. Y ante cada descripción, el Pampa, que en verdad nunca lo había visto, sentía que un frío le subía por la espalda. El fantasma que sus compañeros describían se parecía mucho, muchísimo, a él. Pero ¿qué hacía este fantasma, cuáles eran sus actos, sus gestos, cómo reaccionaba ante la presencia de los vivos? El Pampa escuchaba las historias y no las creía. No estaba seguro de si ese fantasma existía o no, pero sí estaba seguro de que no actuaba como sus compañeros decían. Él podía decirlo, él podía afirmarlo porque había estado debajo de la mesa de la cocina, conviviendo con el fantasma de la pierna de su padre. Y a veces miraba tanto tiempo y tan fijamente el muñón que la pierna aparecía. El padre entonces rascaba el aire, el eco de alguna picazón, o doblaba la rodilla con una nostalgia que no era de este mundo. Creer en fantasmas para el Pampa no era una debilidad supersticiosa, sino una consecuencia natural. Cualquiera que observara el funcionamiento de las cosas debía creer. Un fantasma no era más que un eco mecánico, una porción de algo que se había perdido definitivamente. ¿Y qué era eso perdido? Algo perdido, no había otra forma de decirlo. Y un fantasma era un extremo, una extremidad, un músculo que seguía funcionando a pesar de todo. Por eso el Pampa, que no había visto el fantasma del cadete, sabía que no podía hacer todas esas cosas que decían. Si existía, se limitaba a repetir gestos, trazar recorridos que, a fuerza de haberlos hecho todos los días mientras vivía, habían quedado ahí. Porque el Pampa, alumno aplicado, sabía que en cada gesto todos dejamos algo, perdemos algo, piel, pelos, sustancias que iba reconociendo en las clases de Criminalística. Y por eso tanteaba su cuerpo, se contaba las costillas. El Pampa, con la precariedad efervescente de la adolescencia, se sentía en el extremo de algo. El peor momento era después de la ducha matinal. Con la piel irritada por el agua caliente que no se podía regular, se miraba de reajo en los espejos del baño y se preguntaba qué clase de extremidad era él. Se secaba, se frotaba furiosamente con la toalla y se vigilaba de reajo en los espejos hasta serenarse. El Pampa, que no era supersticioso ni ingenuo, estaba convencido de que si había algo que un fantasma no podía hacer, era mirar de reajo.

El cielo del amanecer es blanco. Ya no nieva, finalmente ha dejado de nevar. El Pampa contempla el paisaje enrarecido de la llanura y siente que en el cansancio hay una aflicción inédita. Hace dos noches que casi no duerme, y percibe con indiferencia que podría llorar por esta novedad: la nieve ha dejado de caer. Pero el Pampa no llora, no lo hace ni lo hará. Hay un centro en esta llanura extraña y resplandeciente, y ese centro es un caserón abandonado, un casco de estancia de ventanas clausuradas y techo a dos aguas al borde del colapso. Una parte de la casa está derrumbada y a unos cincuenta metros hay dos construcciones más, insignificantes y siniestras. Junto al edificio principal, está el Renault 12 de Orlosky. El Pampa acecha al amparo de los árboles que rodean la casa. Siguió desde lejos, durante varias horas, las luces del auto, y cuando lo vio detenerse, clavó la mirada en esa zona de oscuridad, escondió la moto y se acercó a pie. Ya ha dado cuatro vueltas alrededor de la casa buscando de árbol en árbol y de sombra en sombra el mejor ángulo, el mejor escondite. Pero la casa está tan cerrada que no ha podido ver nada de lo que ocurre adentro, y ahora la claridad del amanecer lo obliga a quedarse quieto y a ocultarse. Hace más de una hora ya que Orlosky entró en la casa y no ha vuelto a salir. El Pampa espera y busca en la superficie de las cosas algún indicio de lo que está sucediendo. Pero es difícil mirar solo la superficie de las cosas, no mirar el auto y ver al mismo tiempo el contenido del baúl, el cuerpo de Gretel Castellanos envuelto en la lona. No mirar la casa y ver en el interior a Orlosky, hablando solo y yendo de un lado para otro como una fiera enjaulada. Hablando solo como una fiera enjaulada. ¿Qué es lo que hace Orlosky? ¿Qué es lo que espera? El Pampa se pregunta eso para no preguntarse qué es lo que está esperando él. Lo único que sabe es que no hay retorno. Si ahora tuviera que volver a Monge, no sabría cómo hacerlo. Orlosky evitó las rutas principales y deambuló por caminos laterales que el Pampa no sabía que existían. Largas horas en las que a veces el Pampa creía que daban vueltas en círculo, y otras sentía que descendían a paisajes más oscuros. Versiones más hurañas de la misma llanura y la misma noche. O las dos cosas al mismo tiempo, los círculos y el descenso, como en un recorrido en espiral. Porque el Pampa, como todo hombre de llanura, sospecha que nunca se pasa por un mismo lugar. Que eso no es posible. Pero entonces ¿dónde están? ¿Qué lugar es ese? ¿Qué está haciendo Orlosky? A la luz del primer amanecer, bajo este crepúsculo excesivo que puede delatarlo, el Pampa acepta que ya no puede demorarse más, que tiene que actuar. Se pone de pie y da dos pasos en dirección a la casa, pero entonces ve salir a Orlosky por la puerta principal y se tira cuerpo a tierra. Orlosky tiene algo en la mano, un objeto pequeño y negro que levanta al

cielo, que baja y mira y vuelve a levantar. Camina, da dos pasos hacia delante, al costado, vuelve sobre sus pasos, siempre con el objeto en alto, siempre rumiando una queja. Lo que Orlosky tiene en la mano es un celular, y lo que está buscando es obtener señal. El Pampa, con la cara sobre la escarcha, lo contempla emocionado. Orlosky se mueve como en un ritual, como en una ceremonia, trazando extrañas figuras sobre la nieve cuajada. Hay alguien más. Detrás de la superficie de las cosas, el Pampa ahora lo sabe, hay alguien más.

Por casa y comida, Orlosky se pasó toda su adolescencia entrenando a doble turno. Dos horas de básquet a la mañana, dos horas más a la tarde, y una sesión de pesas al anochecer. A Orlosky, al principio, la gente del club de Sunchales que lo había reclutado le resultó agresiva. Había una violenta alegría en la forma en que lo saludaban y le palmeaban la espalda cada vez que se lo cruzaban en la calle o en el club. Todos portaban en sus sonrisas y miradas el cálculo, las intenciones, lo que esperaban de él. Pero con la ayuda del hombre que lo había ido a buscar, que era el entrenador del equipo, descubrió que había un lugar en donde esas miradas y sonrisas se volvían naturales: la cancha de básquet. Y descubrió además que él estaba capacitado para cumplir con las expectativas. Progresaba a gran velocidad, entendía el juego sin esfuerzo, y por primera vez en su vida su altura y su porte se volvieron algo que lo enorgullecía. Orlosky, veinte años después, enmarañado en el alcohol y en los dolores crónicos de su cuerpo vencido, siempre recordaría esa época con más asombro que nostalgia. Fueron seis años de desconcierto y felicidad. Las dos cosas al mismo tiempo e inseparables una de la otra. El desconcierto y la felicidad eran una sensación física y acompañaban el desarrollo y la torsión de los músculos exigidos durante los entrenamientos. Cuando la culpa que lo había acosado hasta ese momento dejó vacía la caja de resonancias que era su mente, se llenó de ecos inesperados, de fervores anónimos, de una soledad luminosa que lo ubicaba en el centro de las cosas. En las vísperas de los partidos sentía que sus pensamientos se ponían tirantes como la piel que ha pasado demasiado tiempo al sol. Le picaban, los pensamientos. Algo entonces lo cegaba. Y antes de que pudiera darse cuenta ya estaba jugando, corriendo, saltando, picando la pelota, esquivando adversarios, tirando al aro. Eran movimientos y acciones sin memoria, unidos por una lógica perfecta que no era suya. A la noche, encogido en la cama en la que a duras penas entraba, Orlosky intentaba recordar los distintos momentos del partido, las alternancias del resultado, sus participaciones, pero todo se le mezclaba. A lo lejos los gritos de la gente y del entrenador, el silbato del árbitro, la bocina de la mesa de control, y cerca suyo ese silencio hecho del chirrido de las zapatillas sobre el parqué, el rebotar de la pelota y el roce de los cuerpos en lucha. En esa confusión conciliaba el sueño, y en el sueño, durante el sueño, Orlosky seguía creciendo cada vez más.

La voz de Orlosky, en la distancia cristalina de la mañana, es distinta a la de la noche. Reverbera entre los árboles cercanos y se pierde en los campos con lentitud. Es débil y persistente. Ahora el gigante parece tartamudear mientras camina alrededor del Renault 12. Es timidez, pero el Pampa sospecha que también está borracho. Que mientras estuvo en el caserón se dedicó a beber como lo hace habitualmente en el bar de Rocha. Muchas veces lo ha visto tomar ginebra como si fuera agua, largos tragos que terminan sin muecas, mientras la piel de la cara parece cada vez más floja y gris. Detrás del árbol en que se ha escondido, agazapado para ocultarse de Orlosky pero también del frío, el Pampa intenta recordar qué pensaba de ese hombre mientras lo veía emborracharse. Qué decían de él el resto de los parroquianos. No es mucho lo que puede rescatar. Frases sueltas, pensamientos circulares que giran en torno a la desgracia y a la enormidad, nada que no pueda ver ahora, mientras Orlosky parlotea y camina alrededor del auto. Se da cuenta de que ha fallado, de que no ha estado lo suficientemente alerta. “Un buen policía está siempre atento”, decía uno de sus profesores. “Es fácil estar atento cuando hay peligro o cuando se está en la escena de un crimen. Lo que diferencia a un buen policía de un mal policía es que el buen policía también está atento cuando no pasa nada”. Y él no ha estado atento, no ha estado alerta. Siente que de alguna manera está viendo a Orlosky por primera vez, y se sorprende de estar viendo tanto. Pero a pesar de haber visto mucho, todavía hay cosas que están fuera de su alcance. ¿Con quién habla, el gigante? ¿A quién le reclama lo que sea que esté reclamando? Porque en ese murmullo grave e ininteligible el Pampa distingue un tono, un ritmo de reproche. Orlosky se queja. Protesta y vuelve a protestar. No hay, en la cantinela áspera que le trae el viento, la inteligencia suficiente para sostener un diálogo. Es la letanía de un reclamo, de un pedido sordo. El Pampa escucha y recuerda el quejido de la vaca moribunda en la noche. La vaca, el cuerpo de Gretel Castellanos, Orlosky. La vaca enterrada bajo la incongruencia de la nieve. El cuerpo de la hija del ferretero envuelto en una lona en el interior del baúl. ¿Orlosky también se estará muriendo? El agobio de su caminata circular tiene algo de eso. Por momentos el Pampa sospecha que Orlosky va a deambular alrededor del auto, alrededor del cuerpo de Gretel Castellanos encerrado en el baúl, hasta caerse muerto. Lo sospecha y es casi como si lo esperara, hipnotizado por la escena pero también por el cansancio de las noches de vigilia. Orlosky es como un gran pájaro carroñero que de pronto ha perdido el instinto, que ya no sabe cuál es su papel, qué es lo que tiene que hacer frente a la presencia de la muerte. El Pampa, en cambio, al borde de la conciencia y el agotamiento, es solo instinto, una temperatura que apenas

difiere del frío de la mañana.

La risa de Esteban, después de todo, no era silenciosa. Cuando reía, su cuerpo temblaba y un extraño resuello escapaba por su boca entreabierta. Gretel entonces se ponía en puntas de pie y lo besaba. No quería escuchar ese resuello. La entristecía. La hacía pensar en una rueda de bicicleta que se desinfla. En una rueda de bicicleta que se desinfla en algún rincón oscuro. En algún rincón oscuro de una casa en la que hay muchos rincones oscuros.

Desde el rencuentro, Esteban la esperaba todos las tardes a la salida del bar. Vestía de traje porque había conseguido un puesto en la Municipalidad de Rojas, y con el pelo corto parecía incluso más flaco que en la secundaria. A Gretel le gustaba verlo parado en la plaza, con las manos en los bolsillos, un poco encorvado y como formando. No había nadie ni delante ni detrás de él, pero él parecía estar formando, en fila, todavía en el patio de la escuela, detrás de todos. Mientras cerraba las cuentas con el cajero, mientras se sacaba el delantal, mientras cruzaba la calle, Gretel lo miraba. Ahora había algo en Esteban que la hacía pensar en Obarrio, el profesor de Geografía. Y eso le despertaba la curiosidad y el cariño. Ninguno de los dos tenía amigos en la ciudad, por lo que desde el momento en que se encontraron casi no se separaron. Pasaban las tardes y las noches juntos en el pequeño departamento que Esteban alquilaba a dos cuadras de la plaza. Gretel hacía reír mucho a Esteban. Esteban reía con su risa fácil que no era silenciosa y Gretel entonces lo besaba para evitar entristecerse. Pero los dos tenían demasiado tiempo por delante y pasaban demasiado tiempo juntos, y entonces en algún momento la tristeza, la desazón aparecía. Cada uno tenía sus razones. Las razones de Gretel tenían que ver con muchas cosas, con Buenos Aires, con su madre muerta, con su padre vivo, con su tía. Las razones de Esteban tenían que ver exclusivamente con sus padres muertos en un accidente de ruta hacía apenas un año. “Accidente de ruta”, decía Esteban, y Gretel se preguntaba si eso era lo mismo que un “accidente de auto”, si era la misma tragedia, pero no se animaba a preguntarle a él. Esteban, por su parte, tenía otras preguntas que tampoco se animaba a hacer. Algunas eran para Gretel, otras para él mismo, pero la mayoría eran preguntas dirigidas a nadie, preguntas como rincones oscuros en una casa llena de rincones oscuros en los que ya nadie repara.

Cuando la tristeza aparecía, entonces, la única solución que encontraban los dos era el sexo. Una y otra vez hasta quedar exhaustos e insensibles en la penumbra del departamento de un ambiente, sin poder dormirse. Los ruidos nocturnos de la pequeña ciudad fracasaban intentando ocultar el silencio de los campos cercanos.

Orlosky ha dejado de hablar por teléfono, ha dejado de reclamar, pero sigue dando vueltas alrededor del Renault 12. Su conversación se ha cortado abruptamente y él ha quedado hablando solo, una pregunta que es una palabra repetida en el silencio límpido de la mañana. Finalmente se ha resignado y ha guardado el teléfono. Por un instante ha dudado, se ha alejado del auto, y luego ha vuelto a caminar en círculos. Su andar es el de un condenado, como si alguien lo obligara a caminar a punta de pistola. Es también un andar doliente e hipnótico que no parece contemplar la posibilidad detenerse. Orlosky camina en círculos sobre la nieve cuajada y el barro, respira ruidosamente como si cada paso le doliera en una parte distinta del cuerpo. Cada tanto lanza alguna frase al aire que el Pampa, desde su escondite, intenta retener y descifrar sin lograrlo. En el aire helado de la mañana la frase queda flotando un segundo y antes de desvanecerse se quiebra como un cristal. Por alguna razón, el Pampa tiene la certeza de que lo que Orlosky dice ahora, de que esas frases sueltas que se rompen antes de volverse silencio son más importantes que la letanía quejosa del teléfono. Quiere escucharlas, quiere acercarse, pero no encuentra la manera de hacerlo sin delatar su presencia. Orlosky parece ensimismado, absorbido por su andar circular alrededor del auto y el cuerpo de Gretel Castellanos, pero la mañana está tan quieta que cualquier movimiento lo pondría en evidencia. A pesar de la cantidad de árboles que rodean el caserón, no se escucha ni se ve pájaro alguno. El Pampa quisiera saber qué produciría un paso suyo en esa quietud, pero ya no sabe leer la naturaleza que lo rodea, la nieve ha modificado las reglas, y ahora el paisaje en el que se encuentra es un paisaje extraño. Los pinos parecen más altos y más negros. Más desnudos. El horizonte ha perdido elasticidad y ahora es una línea dura e inalcanzable. El caserón derruido es una congestión de sombras y crujidos. Ya no es un viejo casco de estancia sino, húmedo, brillante y oscuro, una novedad amenazante. ¿Qué lugar es ese? ¿Cómo ha llegado hasta ahí? El Pampa intuye que en algún momento de la noche ha cruzado un umbral. Lo único en el paisaje que ahora le resulta familiar es Orlosky y sus vueltas. Hasta el frío que le llega a los huesos es algo inaudito. Siente el embotamiento helado en las piernas y las manos, y se pregunta si es cierto que puede congelarse. ¿Es posible que la mañana sea más fría que la noche? ¿Que la luz sea más fría que la oscuridad? Abre y cierra sus manos, el Pampa, agarra y suelta, agarra y suelta, como si la insistencia pudiera inventar un objeto. ¿Qué es lo que el Pampa agarra y suelta? El Pampa intenta pensar en algún objeto pero no se le ocurre ninguno. Es como si su mundo se hubiera vaciado. Y mientras tanto Orlosky continúa dando vueltas alrededor del auto. El Pampa, aterido y asustado, quiere que se detenga y también quiere que no

lo haga. Las dos cosas se cumplen. Orlosky da una vuelta más alrededor del Renault 12, y otra, y otra, y finalmente se detiene. Saca las llaves del bolsillo con movimientos torpes y abre el baúl. Es torpe para sacar las llaves del bolsillo pero no para sacar el cuerpo de Gretel Castellanos envuelto en la lona. Lo carga sobre el hombro y el esfuerzo lo hace quejarse. Cierra el baúl de un manotazo y camina hacia las construcciones que están detrás de la casa. El Pampa, casi sin respirar, como si fuera a sumergirse, se prepara para el momento en que el caserón ocultará a Orlosky. Tiene que moverse. Tiene que hacerlo, eso es lo que debe hacer. Orlosky desaparece detrás del caserón en ruinas y el Pampa salta de su escondite. Con un sigilo de liebre, dejando apenas huellas en la nieve, recorre los veinte metros que lo separan de la casa, empuja la puerta y entra.

Desde que está en Monge, el suboficial ayudante Pampa Asiain se enfermó una sola vez. En pleno verano, cuatro días de fiebre que lo mantuvieron postrado en el cuarto de la casa de los Ré, temblando bajo el agobio del techo de chapa recalentado por el sol. Fiebre y nada más. No hubo dolores, ni congestiones, ni sarpullidos, solo fiebre. Como cuando era chico. Solo una fiebre alta que nada podía bajar, y que así como venía, se iba. Pero esta vez hubo algo más.

En el cuarto atardecer, cuando la fiebre subió hasta hacerlo tiritar, el Pampa sintió una presencia y abrió los ojos alarmado. Desnudo, tapado apenas por la sábana húmeda, se irguió y buscó. Estaba solo en el cuarto que le alquilaban los Ré. Las cuatro paredes encaladas y cercanas, el armario. Sobre la estufa apagada había un vaso vacío y una jarra con agua, hielo y rodajas de limón flotando, como todas las tardes desde que se había enfermado. Recuperó las últimas horas. La visita de Graciela Ré. La visita de Ezequiel Ré. Sus voces que se le mezclaban aunque no habían estado al mismo tiempo. Eso era todo más allá de la luz cambiante, el calor y los ladridos lejanos de los perros. Pero la sensación de amenaza continuaba ahí. Temblando, se levantó de la cama y abrió el armario. No había nadie. Eso no lo conformó. Se hizo espacio entre la ropa colgada y los bolsos y se metió adentro. Cerró la puerta hasta que solo quedó un resquicio que le dejaba ver la cama destendida y mojada por el sudor de la fiebre. Quería acechar la presencia que lo acechaba. Porque aún estaba ahí. No era una presencia fantasmal, evasiva. Era una presencia física, que ocupaba un espacio que nada más podía ocupar. Acurrucado dentro del armario, el Pampa cerró los ojos. La presencia no estaba ahí, en el cuartito de los Ré. Estaba en uno de los silos abandonados del viejo Molino Sáez. El tercer silo de la izquierda, mirando desde la ruta a Trenque Lauquen. El Pampa la percibía con una nitidez desconcertante. Era una figura oscura y anónima que revisaba sus cosas, las de su madre, las de su familia. Meticulosa y lenta, abrió las valijas, sacó la ropa y los objetos de uno en uno, tanteándolos, oliéndolos. Y después, una vez revisado todo, volvió cada cosa a su lugar con la misma dedicada atención. La luz dentro del silo era crepuscular, y mientras la figura realizaba su atenta pesquisa el Pampa pudo percibir cómo decrecía. La nitidez de la escena era perturbadora. Escuchaba respirar al intruso, sentía el roce de los objetos, sentía el olor invasivo de ese hombre. Antes de que oscureciera del todo la figura se fue. El Pampa salió del armario, tomó media jarra de agua y se dejó caer sobre la cama.

Al día siguiente, cuando despertó, la fiebre había desaparecido. La presencia del intruso ocupó entonces el lugar de una pesadilla que se desdibujó con el paso de las semanas. Hasta que una tarde, mientras dejaban enfriar el mate en el destacamento, un escalofrío le devolvió la escena.

La luz, en el silo, era ahora dorada y opaca. Otoñal. Sin embargo, la figura era de la misma impenetrable tiniebla. Sofocado por la incredulidad, la vio hacer exactamente lo que había hecho antes mientras escuchaba de lejos el parloteo de Parra. El intruso abrió las valijas, sacó las cosas con cuidado, revisó todo. El Pampa no soportó su meticulosa prolijidad. Interrumpió a su compañero e inventó una excusa para poder irse. Se subió a la moto y fue hasta los silos abandonados. Atardecía cuando llegó y dentro del silo la luz era más azul que nunca. Todo estaba en su lugar y no había rastros de intromisión alguna.

El Pampa, ya adentro del caserón, pestañea. Espera que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, se saquen el resplandor de la mañana y la nieve. No lo había notado antes, pero ahora que sus ojos se adaptan a la penumbra, siente alivio. Los destellos de la nieve lo abrumaban, lo herían. Cuando sus ojos logran desgajar las sombras, descubre que ese casa a medio derrumbar no está tan abandonada como creía. La escalera que sube al piso superior está inutilizada, interrumpida, pero en la amplia habitación en que se encuentra hay signos de vida. Mucho espacio despejado y un colchón en el piso con frazadas y una almohada. En el centro, una mesa y una silla, y sobre la mesa un sol de noche apagado, una botella de ginebra y un blíster de pastillas. Hay, también, muebles amontonados en los rincones, apilados con cierta lógica, y entre los muebles un ropero sin puertas en el que cuelgan apolillados tapados de piel y un par de trajes de hombre. La habitación tiene tres puertas. Una que por un lado se comunica con el cuarto de techo hundido, en el que hay cosas que gotean en la penumbra, y las otras dos en el extremo opuesto que dan a un pequeño baño y a una cocina. El Pampa por pudor evita el baño. En el piso de baldosas ajedrezadas de la cocina el Pampa puede distinguir el camino trazado por el andar de Orlosky. Un sendero en el polvo y en la mugre. El Pampa sigue las marcas. Sobre una de las hornallas hay una pava. Sobre la mesada un mate con yerba usada, pan desmigajado y un plato con restos de comida. El Pampa prueba las llaves de las hornallas y siente el silbido del gas. Las abre a todas. No sabe por qué, pero se siente tentado a dejarlas abiertas. El siseo lo perturba, lo atrae. Espera un rato y cuando el olor ya ha invadido toda la cocina, las cierra. Piensa en la posibles llamas azules, en su calor. Tiene tanto frío que esa sola claudicación lo quebraría. Se esfuerza, se impone pensar en Orlosky. No necesita verlo para saber lo que está haciendo, porque desde hace un rato escucha el chasquido sordo y parejo de las paladas. Está cavando. El Pampa sale de la cocina y se dirige al cuarto con el techo derrumbado. Pasando entre escombros llega hasta el hueco de una de las ventanas. Y desde ahí vuelve a ver a Orlosky. ¿Es posible que en este rato en que lo perdió de vista Orlosky creciera, se hiciera más grande, más temible? Liberado de los abrigos, con los músculos de sus brazos visibles traccionando la pala, con el mango de la pala en sus manos enormes y huesudas, Orlosky por primera vez parece exactamente lo que es: un asesino enterrando a su víctima. El Pampa rechina los dientes y vuelve a sacar la Beretta. Ahora sabe, tiene la certeza de que no hay mucho más que esperar, que nadie más vendrá. En la mañana blanca y desconocida, en el centro de esa llanura blanca y desconocida, solo son ellos dos y el cuerpo de Gretel Castellanos.

Los primeros dolores fueron en la espalda. Una mañana intentó levantarse de la cama y la cintura rígida se lo impidió. El dolor fue intenso y desconcertante. Orlosky se quedó tumbado y esperó. Supuso que se iría, y se distrajo pensando en las últimas jugadas que habían estado practicando. Pero cuando volvió a intentarlo, media hora más tarde, fue peor. Como era domingo y no tenían entrenamiento, Orlosky se quedó toda la mañana en la cama. Tuvo hambre, tuvo sed, tuvo sobre todo ganas de ir al baño. Pero hasta después del mediodía no se atrevió a levantarse. Cuando lo intentó, el dolor lo hizo gritar. No pudo ponerse las zapatillas y el resto del día anduvo de ojotas.

El lunes le fue imposible entrenar. El médico del club le diagnosticó estrés muscular por agotamiento y lo mandó a descansar y a hacerse unos estudios. Orlosky se pasó la semana encogiéndose frente a las máquinas del hospital, dejándose auscultar por médicos muy jóvenes que parecían temerle. Cuando sus ojos se encontraban, ambos desviaban la vista. Los médicos no querían ver, en esa cara tan grande, esa expresión tan indefensa. Orlosky no quería ver lo que veía siempre. A pesar de ellos mismos, los médicos calculaban con descaro, al igual que todos, cuándo caería, pero era como si tuvieran miedo de que cayera encima de ellos.

Ahora pareciera que Orlosky se ha puesto una máscara. Un cuero reseco y pálido de arrugas transversales en que se mezclan todas las emociones humanas. Está contento, triste, entusiasmado, enojado. Desde la ventana del caserón, a unos diez metros, el Pampa distingue sus aparatosos rasgos, su frente congestionada, su nariz gruesa, su enorme boca entreabierta por la que respira y sufre. Los párpados hinchados esconden los ojos. Con cada palada, Orlosky resopla, gime. Cava a un ritmo frenético y ya está metido hasta las rodillas en el pozo que ahora busca ensanchar. El Pampa, aún con la Beretta en la mano, le mide de lejos el cansancio. Cuanto más cansado esté, más fácil le resultará manejarlo. Tiene de su lado el arma y la sorpresa, pero no le parecen ventajas suficientes. La manera en que Orlosky maneja la pala, la cantidad de tierra que levanta muestran a un hombre distinto del que el Pampa ha visto emborracharse en el bar de Rocha. Se sentiría más tranquilo si supiera qué es lo que le duele tanto. Porque el Pampa oscuramente sospecha que es de ese mismo dolor físico que Orlosky saca su fuerza, la ferocidad con que entierra la pala, con que la levanta y amontona la tierra a un costado. Cuenta cinco paladas más. Se decide, ya ha visto todo lo que podía ver. Lentamente se aleja de la ventana y vuelve a la sala principal de la casa. Antes de salir, mira a su alrededor. El colchón y las frazadas revueltas, los muebles apilados, la mesa, la botella de ginebra, el sol de noche, el blíster de pastillas. Recuenta los objetos como si temiera olvidarse de algo. Se siente liviano, demasiado liviano. Son solo él y su arma reglamentaria. Respira profundo y sale.

El Pampa da la vuelta a la casa y sin detenerse dobla en la esquina y levanta el arma, apunta. Sin dejar de caminar corrige la dirección. Mientras daba la vuelta Orlosky ha salido del pozo y se ha acercado al cuerpo de Gretel Castellanos, envuelto en la lona y apoyado junto al tronco de un eucalipto. El Pampa no esperaba eso, esperaba tenerlo dentro del pozo, reducido y contenido en sus dimensiones. Pero se lo encuentra sobre la superficie, más grande que nunca y con la pala en las manos. Orlosky lo ve y el Pampa se frena a menos de cinco metros. Sabe que tiene que decir algo pero ninguna palabra sale de su boca. Simplemente apunta. Firme. Sin temblar. Orlosky respira agitado, todo su cuerpo irradia un vapor leve y lento, su espalda parece irse encorvando de a poco, vencerse. Sus ojos siguen sin verse. Hasta que se ven. Orlosky levanta la pala y corre hacia el Pampa. El primer disparo pega en la cuchara de la pala y ladea la carrera del gigante. El segundo le da en el hombro y lo desvía. El Pampa salta hacia un costado. Orlosky suelta la pala sin detenerse, resbala en el hielo y cae en la tierra. La nieve acumulada amortigua el ruido de su caída. El Pampa toma la pala y con el canto de la cuchara golpea a Orlosky en la frente. Se

prepara para volver a golpear pero se da cuenta de que con uno solo ha alcanzado. Orlosky yace inconsciente. La máscara ha desaparecido y en la piel agrietada por el frío aparecen los detalles de su fealdad. Un hilo de sangre baja lentamente por su frente y el Pampa lo ve deslizarse hasta que las primeras gotas caen en la nieve. La herida del hombro es negra, no sangra por arriba pero por debajo la nieve se tiñe de un rojo oscuro. Todo ha pasado muy rápido, demasiado rápido, y si bien el Pampa está tranquilo, hay algo que lo molesta. Siente en los oídos la presión de los disparos pero no puede recordar los estampidos. ¿Gritó Orlosky al recibir el balazo? El Pampa siente que tendría que haber dicho algo. Que tendría que decir algo ahora. Mira a Orlosky, levanta la vista y mira el cuerpo de Gretel Castellanos envuelto en la lona, mira los árboles negros, el caserón, el Renault 12, el horizonte duro y brillante. Tendría que decir algo, tendría que hacerlo, pero no sabe qué.

La primera vez que Gretel le habló a Esteban de la posibilidad de irse juntos a Buenos Aires, discutieron. Él no entendía por qué ella quería volver. Ella no entendía por qué se había ido. Discutieron mucho y después tuvieron sexo. Casi de inmediato Esteban se durmió y Gretel permaneció despierta. La respiración de Esteban era un silbido delgado y parejo. No parecía, como su risa ahogada, una rueda de bicicleta desinflándose en un rincón oscuro de una casa llena de rincones oscuros. Parecía una pérdida de gas en una casa vacía en la que todas las luces estaban encendidas y las canillas abiertas. Durante esa noche Gretel pensó muchas cosas. Tomó muchas decisiones que se esfumarían con el amanecer. Y quién sabe qué hubiese pasado si se hubiera dormido antes. Pero solo se durmió cuando la primera claridad se filtró por las persianas bajas. Mientras su pestañeo finalmente se volvía pesado y lento, contempló por unos segundos la silla en la que estaba amontonada la ropa de Esteban. El saco colgaba del respaldo y las mangas tocaban el piso.

A la mañana siguiente, la despertaron las campanadas de la misa en la catedral de Rojas. Era domingo. Esteban ya se había levantado y tomaba mate. La miraba dormir y cuando la vio despierta le sonrió.

—¿De dónde sacaste los trajes?

Gretel hizo la pregunta casi desde el sueño. Esteban no respondió. Se sirvió otro mate y lo tomó despacio, sonriendo, mirándola desde lejos con su amor anticuado.

—Esteban, te pregunté algo.

—¿Eh?

—Que de dónde sacaste los trajes que usás.

—¿No te gusta cómo me quedan? —dijo sonriendo. Su sonrisa también era anticuada.

—A veces sí y a veces no. Pero no me estás contestando.

Gretel se había sentado en la cama y esperaba la respuesta mientras asimilaba el hecho de haberse despertado. Esteban pensó en decirle que la amaba, pero no se animó.

—Eran de mi papá.

Gretel no pudo preguntar nada más. Las campanas de la iglesia, la mañana de domingo, la perezosa como algo definitivo. Había una extraña contundencia en el instante, un matiz indiferente en la voz y los gestos de Esteban que no podría olvidar. Era como si la pregunta la hubiera hecho horas antes, en la penumbra del amanecer, contemplando la silla con el saco colgado, y la respuesta la hubiera dado el saco vacío.

Inmóvil, el Pampa Asiain contempla la escena. Poco a poco la urgencia de decir algo, de que tiene que decir algo, se esfuma. Lo importante es que ha hecho lo que tenía que hacer, ha cumplido con el deber de su oficio. Y más importante todavía, lo tiene que seguir haciendo. Su inmovilidad, entonces, no es producto del miedo o de la culpa. El Pampa contempla la escena porque está intentando resolver un problema práctico: ¿cómo inmovilizar a Orlosky antes de que vuelva en sí? Ha llegado a la conclusión de que la mejor manera es atarlo a un árbol, más precisamente al eucalipto donde está apoyado el cuerpo de Gretel Castellanos envuelto en la lona. No lo intimida tener que mover el cuerpo de la hija del ferretero, no lo inquieta no saber todavía con qué va a atar a Orlosky. Lo que tiene que resolver primero es cómo trasladar a semejante mole inconsciente hasta ahí. Calcula, mide esfuerzos y dificultades. El Pampa no se engaña, conoce a la perfección las limitaciones de su potencia física. Son solo unos tres, a lo sumo cuatro metros, pero la idea de arrastrarlo sobre la nieve y el barro es inviable. Además, corre el riesgo de que al tirar de alguna de sus extremidades el dolor del hombro lo despierte. El Pampa no tiene fuerza para arrastrar el peso muerto de Orlosky, pero sí para hacerlo girar. Así la mitad del trabajo la hará la inercia de la caída. Él solo tiene que levantarlo de un costado y luego dejarlo caer. Boca abajo, boca arriba, boca abajo, boca arriba. Con cuatro giros, calcula el Pampa, será suficiente.

Ya definido lo que hará, ahora tiene que preparar el terreno. Con sumo cuidado, como si se tratara de una desmedida muñeca de porcelana, el Pampa mueve el cuerpo de Gretel Castellanos, lo arrastra y lo acerca hacia su tumba inconclusa. Luego de constatar que Orlosky sigue inconsciente, se dirige hacia uno de los galpones traseros. La puerta no tiene traba alguna, pero no se abre. El Pampa tiene que empujar con el hombro para abrirla. Las bisagras crujen, el crujido cruje en el inmenso silencio de la mañana y el Pampa mira a su alrededor, se vuelve para asegurarse de que Orlosky no se ha movido. El crujido se desvanece y el cuerpo del gigante permanece inmóvil. Un pájaro, ahora sí, canta. El Pampa lo escucha, intenta descubrir de dónde viene, y no lo logra. Espera que el pájaro deje de cantar y solo cuando lo hace, entra en el galpón. Hay herramientas de todo tipo, la mayoría inutilizables. Está oscuro ahí adentro pero por las tablas mal encastradas de las paredes entran filetes de luz matinal. El Pampa revisa con timidez, sin tocar las cosas. No encuentra nada que le sirva. Busca más profundamente y encuentra algunas cuerdas cortas, poco confiables, y una larga cadena de anillos gruesos enroscada sobre una rueda de tractor. El candado aparece poco después, entre piezas de metal de uso

desconocido, dentro de un tacho que la herrumbre a agujereado. El candado no tiene llave pero por el momento eso no le preocupa al Pampa. Lo agarra, se cuelga la cadena al hombro y las cuerdas, y sale del galpón. Lo primero que percibe es un aleteo solitario por encima de los pinos y el caserón, alas cortas y negras, alcanza a pensar, y enseguida ve la figura de Orlosky que ha logrado ponerse de rodillas y está de espaldas a él, con la cabeza gacha. Se queda quieto. Espera. Orlosky no intenta ponerse de pie. Está de rodillas y su espalda se sacude como si llorara. El Pampa se pone en movimiento y avanza hacia él. Orlosky escucha el entrechocar de la cadena y gira. Al verlo reacciona. Con mucho esfuerzo se pone de pie. Hay algo que le duele más que el golpe en la frente o el balazo en el hombro.

—Quédese quieto —grita el Pampa.

Orlosky está desconcertado, mira hacia todas partes, no sabe hacia dónde huir. Porque eso sí lo sabe. Sabe que tiene que huir de ese adolescente oscuro con uniforme de policía que parece querer detenerlo con la mirada.

—Quédese quieto. Ponga las manos en la nuca.

El Pampa ya está junto a la fosa. Deja la cadena, las cuerdas y el candado en el suelo. Saca la Beretta pero no apunta. Esa amenaza es pensable para el amenazado, no acorrala todavía. Si el Pampa apuntara, Orlosky no podría contenerse y saldría corriendo o lo atacaría. El arma está ahí, en su mano, y eso es suficiente.

—Las manos en la nuca, dije.

Orlosky lo intenta pero no puede levantar el brazo herido.

—Ahora camine despacio y siéntese contra el árbol. Apoye la espalda y estire los brazos hacia atrás.

Orlosky no obedece todavía. Su respiración es pesada, ruidosa. El vapor que sale de su boca le nubla la cara y el Pampa no puede ver lo que piensa.

—Yo te conozco —dice finalmente Orlosky.

El Pampa no responde.

—Yo te conozco —insiste el gigante.

La tercera vez que lo dice ya no se lo dice al Pampa, sino a sí mismo. Asiente con la cabeza y mientras lo hace se dirige hacia el árbol. Se sienta con dificultad, como si en cada movimiento algo en él se quebrara. De entre los vahos alcohólicos de su memoria la figura del Pampa se le presenta como de una época lejana, un espejismo remoto e insignificante de sus tiempos de gloria, y eso de alguna manera le resulta reconfortante.

—Yo te conozco —dice Orlosky por cuarta vez.

Y asiente, cabecea con dolor. Y sigue asintiendo mientras se deja atar.

Cuando el padre del Pampa Asiain murió, acababa de empezar uno de sus cuadernos. El Pampa no sabe de qué murió su padre. Solo sabe que lo encontraron lejos de su casa, sin las muletas, tendido junto a un alambrado como si hubiese intentado cruzarlo, la cara lastimada por el alambre de púas y el nudo del pantalón que cubría el muñón enganchado al alambre más bajo. Cómo llegó hasta ahí fue siempre un misterio para todos. Las muletas estaban en su lugar, en la cocina. Y el cuaderno nuevo sobre la mesa, con la birome entre la tapa y la primera página. La madre del Pampa, ceremoniosa y reservada, guardó el cuaderno con los otros. Y como a los otros cada tanto lo leyó a escondidas.

Cuando su madre murió, el Pampa metió todos los cuadernos en el cajón de su madre, excepto ese último. Su madre era cuidadosa al leerlos, por lo que parecía sin usar, no como los otros que tenían los bordes despelechados y los cantos ennegrecidos por la grasitud de los dedos de su padre, que además de escribirlos los ojeaba, como quien se detiene en una cuesta para mirar el camino recorrido. Una curiosidad que nunca había sentido hizo que el Pampa lo abriera. Solo había una página escrita, cinco renglones, y en cada renglón la misma frase corta de cuatro palabras, la misma afirmación. La leyó cinco veces, ni una más ni una menos. Después cerró el cuaderno y no lo devolvió al cajón donde yacía su madre. Lo guardó entre sus cosas y lo olvidó.

Unos meses más tarde, una noche de insomnio, sacó el cuaderno del fondo del armario y bajo la luz de la lámpara de la piecita de los Ré, sentado como un buda en la cama, lo completó. Renglón por renglón, la misma frase, las cuatro palabras una y otra vez. Al principio acompañó la escritura con los labios. Después dejó de hacerlo. Su mano se movía repitiendo movimientos, pero la letra nunca era la misma. A veces se detenía a contemplar las diferencias, las continuidades, los sobresaltos. Las palabras fueron dejando de tener sentido, se volvieron dibujo, garabato. La secuencia, el trazo, era como un alambre de púas. Era muchas cosas y era un alambre de púas. Hasta que, en algún momento, las palabras volvieron a tener sentido. El Pampa, extenuado, acompañó otra vez la escritura con los labios. Renglón por renglón, página por página, hasta terminar el cuaderno. Cuando llegó al último renglón, no se detuvo a contemplar lo que había hecho, lo que le aguardaba. Escribió por última vez la frase, la afirmación, cerró el cuaderno y lo devolvió a su lugar en el armario.

Los brazos de Orlosky, estirados hacia atrás, envuelven el tronco del eucalipto. Gime, Orlosky, se queja, y a veces esa queja es la única manera que tiene de respirar. Después de atarle las manos con una de las cuerdas, el Pampa lo rodeó con la cadena y la aseguró con el candado. Dio un par de vueltas alrededor, en círculos, inspeccionando el trabajo hecho. Tironeó de la cadena probando su firmeza. Finalmente, seguro de su inmovilidad, revisó los bolsillos de Orlosky. Sacó algo de plata en bollos arrugados que no contó, el celular. Nada más. Eran bolsillos muy vacíos los de Orlosky. Ahora, de pie frente a él, el Pampa espera que Orlosky lo mire. Pero el gigante tiene la cabeza gacha, la mandíbula vencida sobre el pecho. Va y viene de la inconsciencia, le presta atención a un dolor y después a otro.

—Míreme.

Orlosky levanta la cabeza pero no hace foco, encandilado por el cielo de la mañana. Gruñe y su cabeza vuelve a caer.

—Míreme, le dije.

Los brazos a los costados, apenas separados del cuerpo, las piernas abiertas el ancho de hombros, el Pampa intenta imponer su autoridad. A pesar de que Orlosky está atado, ha decidido mantener una distancia prudencial. Está preocupado, el Pampa, no sabe cómo hacer para interrogar a un hombre en ese estado. Mientras lo ataba revisó la herida de bala y por suerte el proyectil le atravesó el hombro. Perdió bastante sangre pero ahora ya no, el frío ha acelerado la coagulación. Todo eso está bien, pero sin embargo el hombre parece incapaz de reaccionar. Tampoco ha sido el palazo en la frente. Es más bien la ginebra la que lo ha dejado así.

—Orlosky. Míreme. Es la última vez que se lo digo.

El Pampa se ha acercado un poco para decir esto. Sabe que lo está amenazando, pero no sabe bien qué contiene esa amenaza. Se agacha, se pone en cuclillas, busca la mirada de Orlosky. La encuentra y la pierde. La encuentra y la pierde. Se frustra. Y entonces hace algo inesperado. Veloz y certero su brazo derecho se estira, se eleva y cae con la mano abierta sobre la cara de Orlosky. El cachetazo resuena en la mañana, rebota contra los pinos negros y el caserón, y al Pampa se le ocurre mucho más escandaloso que el estampido de los disparos. Mira hacia todos lados, los campos grises que se extienden en todas las direcciones, como esperando que alguien aparezca o algo cambie. Pero nada pasa. Están solos y es una soledad grande. Cuando vuelve sobre Orlosky se da cuenta de que el cachetazo ha tenido su efecto, y entonces le da otro. La mano le arde, el lado izquierdo de la cara de Orlosky ha enrojecido. La mirada del gigante ahora

lo busca, lo interroga, intenta confrontar este flamante dolor que ha logrado imponerse sobre los demás. El Pampa da un tercer cachetazo y Orlosky se sacude, trata de moverse y se reconoce encadenado al árbol.

—¿Qué?... ¿Qué?

El Pampa se pone de pie y da dos pasos hacia atrás. Hay precaución en su movimiento, pero también disciplina.

—Las preguntas las hago yo, Orlosky. ¿Sabe dónde está? ¿Sabe lo que hizo?

Al hacer la última pregunta el Pampa señala el cuerpo de la hija del ferretero. Orlosky mira el bulto envuelto en lona junto al pozo que él mismo cavó y una mueca le llena la cara. No llora, no hace ningún ruido. Es una mueca muda. El Pampa vuelve a acercarse, vuelve a ponerse en cuclillas.

—¿Por qué lo hizo, Orlosky? —pregunta. El tono de su voz ha cambiado. Hay una emoción extraña que le quita prestancia, seguridad.

Orlosky mueve la cabeza, niega.

—No diga que no. Yo sé que usted la mató. ¿Por qué lo hizo?

Orlosky sigue negando, mudo. El Pampa va a insistir pero se da cuenta de que el gigante no está negando el crimen, está negando otra cosa. Se da cuenta pero no sabe qué hacer con eso. Cambia entonces de estrategia y saca el celular del bolsillo de la campera. Lo exhibe. Orlosky contempla el aparatito y sus ojos se abren, se llenan de miedo. Deja de negar, la mueca se deshace.

—¿Con quién habló?

Esta vez Orlosky no niega. El miedo lo ha despertado, le devuelve lucidez. Por primera vez mira a los ojos del Pampa y lo enfrenta. Lo reconoce. Lo mide. Es uno de los oficiales del destacamento de Monge. Es casi un adolescente, y es ese adolescente el que le disparó en el hombro, el que lo derribó, el que lo tiene atado a un árbol. Orlosky abre la boca. No sabe si va a hablar, reír o qué. Hasta que grita.

Orlosky tenía diecisiete años cuando comenzó, por fin, a caer. Había mañanas en que el cuerpo entumecido le impedía levantarse, y otras en que sentía que los músculos y las articulaciones tenían una vida independiente, se retorcían bajo la piel, como serpientes enardecidas. Las manos, las rodillas y sobre todo la espalda lo acosaban con dolores agudos que podían latir por horas. Los calambres lo despertaban durante la noche y sus gritos de dolor perturbaban a todos los habitantes de la pensión en la que vivía con otros jugadores jóvenes que el club había reclutado. Tuvo que dejar de entrenar mientras peregrinaba de médico en médico. Artritis de todo tipo, los diagnósticos se superponían. Lo llenaron de calmantes y Orlosky comenzó a vivir envuelto por una niebla espesa, una nube parda que igualaba las personas y las cosas, y en la que el dolor y la calma se confundían. Porque con el paso de los meses, para Orlosky dejó de existir la ausencia de dolor. El dolor estaba siempre ahí, solo que a veces se serenaba, se enroscaba en algún rincón de su inmenso cuerpo y esperaba. Y Orlosky, confundido y aletargado, esperaba con él.

Su última esperanza fue una visita a Buenos Aires, donde varios especialistas lo trataron y consiguieron, inyecciones diarias mediante, devolverle cierta normalidad. Por más de dos años, con malos y buenos días, volvió a jugar, pero ya no era el mismo. Al final de cada movimiento, de cada salto, de cada impulso, los dolores y los calambres acechaban. Orlosky estaba más atento a lo que ocurría dentro de su cuerpo que a lo que pasaba afuera. Oía, percibía, tanteaba. Flujos y reflujos, corrientes de un aire oscuro y eléctrico que lo ensimismaban.

A los veinte años el club decidió desprenderse de él, y vendieron su pase a un equipo de una categoría inferior de Río Cuarto, en Córdoba. Orlosky se marchó sin protestar, casi con alivio. Había dejado de ser una promesa. Durante una década deambuló por ciudades y pueblos jugando en equipos locales en donde su talla le permitía destacarse. Pero cada vez se ensimismaba más, y eso lo volvió lento e iracundo. Entraba en trances que le transparentaban los ojos. Se peleaba con los contrincantes, con los árbitros, con sus compañeros, con los hinchas. Los insultaba, parecía a punto de pasar a la violencia física, y de pronto les daba la espalda. Dejaba a todo el mundo hablando solo. Y él mismo había empezado a hablar solo. La enfermedad misteriosa que lo acosaba y el abuso de medicamentos no lo dejaban dormir. Por las noches, sentado y cada vez más encorvado bajo incontables lámparas ante incontables mesas de incontables cuartos de pensión, se contemplaba las manos, las articulaciones inflamadas, los dedos torcidos. Hablaba con ellas. Las increpaba. Les hablaba con amor. Les daba la espalda. ¿Cómo esconder esas

manos? Era imposible. Y entonces salía y buscaba en los ojos desvelados de las prostitutas de la ruta y en los espejos turbios de los moteles la constatación. No. Todavía no había terminado de caer.

Orlosky grita, se sacude, se retuerce. El Pampa retrocede de golpe, tropieza con el cuerpo de la hija del ferretero y cae. Rápido se pone de pie y saca la pistola, apunta. Orlosky grita, feroz y desesperado, intentado liberarse. Es un grito entrecortado, que por momentos llega al aullido, que tropieza con toses y sollozos y sube hasta el aullido otra vez. En ese punto parece que va a arrancar el árbol de cuajo, que va a cortar las cadenas. El rugido del gigante llena la mañana, espanta los pájaros, resbala por la llanura blanca a la que el Pampa intenta no prestarle atención, porque la desconoce. Orlosky grita y hay nieve en todas partes, y es como si esas dos cosas estuvieran unidas. Hay algo blanco en el grito de Orlosky, una melodía inhóspita, una fiera albina. Grita y de alguna manera es como si cantara. Un canto terrible que desnuda los árboles, que derrumba el caserón, que empalidece el cielo, que endurece el horizonte. Cuando parece que va a acabar, vuelve a empezar. Renueva sus fuerzas. Orlosky sigue gritando, sigue forcejeando. El Pampa sigue apuntando pero de a poco va aflojando la tensión de sus brazos, va sacando el dedo del gatillo. Nunca escuchó gritar a nadie así. A medida que el gigante desespera el Pampa va recuperando la calma, y a medida que lo hace lo invade la fascinación. Sí, es como un canto. Un lenguaje animal que está a punto de entender. Que lo invita. Que lo incita. El Pampa baja el arma y se acerca. Mira los ojos inyectados de sangre de Orlosky, la cara trastornada. Y entonces grita también.

Una mañana Gretel se despertó en el departamento de Esteban con la decisión tomada. No era la primera vez que se decidía durante el insomnio de la madrugada, pero esta vez, sorprendida y asustada, se dio cuenta de que la decisión se quedaba ahí. De que la mañana no la borraba. Era domingo otra vez. Se levantó y puso la pava al fuego. Mientras esperaba que el agua se calentara, miró a Esteban dormir. ¿De quién era esa casa enorme, laberíntica, que la risa de Esteban oscurecía, que su respiración nocturna iluminaba? Pensó en no despertarlo, en escribirle una carta. Tenía las palabras, las frases exactas. Pero se sintió incapaz de hacer otra cosa que no fuera lo que estaba haciendo. Preparó el mate y se sentó frente a la mesa. Tomó uno, tomó dos. Siguió mirando a Esteban dormir en el otro extremo del monoambiente. La explicación estaba ahí, en su cabeza, pero buscar un papel y una birome le resultaban actos incomprensibles. Pensó en encender la computadora y dejarla escrita en un archivo abierto, pero le resultó igual de inverosímil, incluso escandaloso. Cebó un mate y lo tomó despacio. Tenía puesta una remera de Esteban que usaba para dormir y estaba empezando a sentir frío, pero tampoco podía vestirse. Quería dilatar ese momento lo más que pudiera. La media luz de la mañana por la persiana baja, Esteban en la cama más largo y hermoso que nunca, la temperatura exacta del mate. Con la decisión tomada, estaba tranquila, pero eso no significaba que cualquier gesto no fuera a dolerle, a lastimarla. Había decidido volver a Buenos Aires, aunque no sabía para qué. Tenía plata ahorrada como para sobrevivir unos meses, y después vería. Lo importante era... No sabía qué era lo importante. Volvería a Buenos Aires. Eso era lo importante. Pero ¿cómo empezar a hacerlo? ¿Cómo vestirse? ¿Cómo irse de ese departamento? Se estaba bien así, ese momento era lúcido y, aunque solitario, tenía su encanto. Pero la condición era no moverse, no despertar la hostilidad de las cosas. La abrumaba la sola idea de buscar su ropa interior en los bordes de la cama, dar vueltas las medias, soportar la tela fría del jean, acomodarse el pelo frente al espejo del baño. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Que Esteban despertaría, que las campanas de la iglesia sonarían. ¿Y si buscaba una manera dramática? Esa podía ser la única forma de romper el hechizo. Sobreactuar el momento. Escribir una frase cursi con lápiz labial en el espejo del botiquín, por ejemplo. Pero no tenía labial. De pronto le parecía muy triste no tener labial. Una mujer siempre debía tener uno, al menos para contemplar la idea, tener siempre a mano el gesto de escribir en el espejo sentencias o confesiones. Se prometió que de ahora en más siempre llevaría uno en la cartera. Se sirvió otro mate pero esta vez no lo tomó. Ya ni eso podía hacer. El momento se desmoronaba y no lo podía contener. El momento era una trampa. El problema,

Gretel no llegó a entenderlo, era que ella ya no estaba ahí.

El grito del Pampa calla a Orlosky. Y lo calla a él mismo. Y calla a la mañana. El silencio que sigue es definitivo. Brillante y duro como el horizonte. Tan duro que cruje como los troncos helados de los árboles.

Orlosky mira con extrañeza al suboficial ayudante Asiain. El Pampa se deja mirar, le da tiempo al asesino para que vuelva a ser quien es, para que vuelva a saberse atrapado. Necesita eso para poder interrogarlo. Se deja mirar y mientras tanto tantea, busca en su mente la pregunta exacta, el tono que le garantice una respuesta. Pero entonces el teléfono de Orlosky, que en algún momento volvió a guardar, vibra y suena en el interior del bolsillo de su camperón. El Pampa se sobresalta y Orlosky también. Se miran. Es claro que ninguno de los dos quiere atender y que tendrán que hacerlo. Que el Pampa tendrá que hacerlo. Saca el teléfono del bolsillo, aprieta el botón y lo lleva hacia su oreja.

—Guillermo...

El Pampa no responde. Lo desconciertan dos cosas: el nombre y la voz de mujer.

—¿Guillermo?

La voz insiste, pero esta vez el tono es de pregunta. El Pampa sigue sin responder.

—Vos no sos Orlosky —dice la voz de mujer, que de pronto se endurece.

—No —responde finalmente el Pampa.

—¿Y dónde está él?

—Encadenado a un árbol. ¿Quién es usted?

—Las preguntas las hago yo, jovencito. Ese teléfono no le pertenece.

—No, señora, las preguntas las hago yo. ¿Quién es usted?

La mujer calla. El Pampa puede escuchar su respiración. Hay algo irreal en la llamada. En la nitidez de la voz que reverbera en su oído, lejana pero precisa mientras contempla la soledad de los campos, la indiferencia de los pinos negros, la casa en ruinas. El Pampa busca algo que tenga alguna relación con esa voz y no lo encuentra. Ahí están el pozo y el cuerpo de Gretel Castellanos envuelto en la lona, ahí está Orlosky encadenado y mudo de espanto. Nada, esa voz, esa respiración no existen. Porque si existieran, los que no existirían serían ellos, el Pampa, Orlosky, el cuerpo de Gretel Castellanos, el pozo y la mañana. El Pampa escucha la respiración de la mujer y la desafía, respira también. El chasquido cuando la mujer corta lo toma por sorpresa. Otra vez se han quedado solos. El Pampa guarda el teléfono y se acerca a su prisionero. Mira a Orlosky a los ojos. Están solos. La llamada ha puesto en evidencia eso. Esa certeza tensa

los músculos de los dos hombres.

—¿Quién era la mujer que llamó?

Orlosky no responde. Se aferra al silencio. Sus ojos azules se oscurecen. El terror que había en ellos se vuelve del revés, se proyecta al mundo. Y en este momento el mundo es el Pampa Asiain, que lo recibe.

—Conteste, Orlosky. ¿Quién era la mujer que llamó?

—Pendejo. Desatame o te mato.

Hay algo cierto en la incongruencia de la amenaza del gigante. El Pampa lo siente en la base de la columna, un escalofrío que lo eriza. Y reacciona. Sus manos se abren y se cierran. Se acerca con paso lento. Se pone en cuclillas, ahora están a la misma altura. El Pampa percibe la violencia que se condensa en su cuerpo, la crueldad que le hormiguea en las manos. Orlosky adivina lo que va a hacer y se sacude, intenta evitarlo, pero no puede. El Pampa aprieta el hombro herido y Orlosky gime, cabecea e intenta morderlo, patatea. El Pampa se corre para quedar fuera del alcance de sus piernas y sigue hundiendo los dedos en la herida. La sangre comienza a correr. Tibia y viscosa le humedece los dedos.

—¿Quién es la mujer, Orlosky?

Orlosky vuelve a gritar, pero ahora su grito es débil. Es un sollozo profundo. Cada tanto patatea, lanza tarascones al aire. El Pampa sigue apretando, no insiste con la pregunta pero sí con los dedos hundidos en la herida. Aprieta y espera que Orlosky se venza. Pero el gigante está entrenado en el sufrimiento, resiste sin decir palabra. Se queja, y es como si el tiempo fuera y viniera, atascado entre un gemido y otro. El Pampa siente que los dedos se le agarrotan, sus ojos están llenos de lágrimas que no caen. Está por claudicar y entonces aprieta más fuerte. El lamento de Orlosky se eleva largo y grave como un llamado, hasta que el dolor lo desmaya. Y en el preciso instante en que Orlosky, babeante y pesado, cae sobre su propio cuerpo encadenado, el teléfono suena otra vez.

El Pampa nunca se hizo preguntas ante la misteriosa muerte de su padre. ¿Por qué nunca se preguntó cómo hizo para recorrer sin las muletas los dos kilómetros entre su casa en el pueblo y el alambrado al costado de la ruta en que lo encontraron? ¿Y cómo fue posible que nadie lo viera llegar, solo o acompañado, en pleno día, el único hombre con una sola pierna de la zona? Después de la muerte de su padre, durante varios meses el taconeó de las muletas lo despertaba en las noches. El Pampa se levantaba y se dirigía a la cocina. Las muletas continuaban en su rincón, su madre no había querido moverlas de ahí. Descalzo y en pijama, sintiendo el frío de las baldosas en la planta de los pies, el Pampa trababa las cejas y las miraba, las vigilaba. Esperaba que empezaran a moverse. Pero las muletas permanecían impasibles mientras la luz de la luna que entraba por la ventana pasaba de largo sobre ellas. Una de esas noches no pudo resistir la tentación. Sin encender la luz, las tomó y se las calzó en las axilas. Le sorprendió que le fueran bien, siempre había creído que su padre era más alto, que él era más bajo. Levantó la pierna izquierda y comenzó a pasear por la casa a oscuras. Salió al patio, dio un par de vueltas en círculo y regresó a la cocina. Cuando entró, la luz se encendió. El Pampa trastabilló.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la madre.

El Pampa, avergonzado, no respondió.

—Dejá eso en su lugar y andá a dormir —le ordenó la madre, y sin esperar que cumpliera dio media vuelta y volvió a su cuarto.

El Pampa hizo lo que su madre le decía. Después de esa noche los taconeos lo siguieron despertando cada tanto, hasta que se fue a la Vucetich. Pero ya no se levantaba a ver si las muletas estaban en su lugar. Se despertaba y se quedaba escuchando. Nítidos e inconfundibles, los taconeos llegaban hasta él. Al Pampa le castañeaban los dientes y no se animaba a ir al baño. ¿Qué clase de criatura había sido su padre, en qué se convirtió ese último día? ¿Hacia dónde iba, qué estaba buscando más allá del alambrado? Lo que mantenía despierto al Pampa no eran estas preguntas. Tampoco era el miedo a que el fantasma de su padre hubiese vuelto por sus muletas y deambulara por la casa. Lo que mantenía al Pampa en vilo, con la vejiga a punto de explotar y con los ojos muy abiertos en la oscuridad de su pieza, era otra cosa. Era la sospecha de que quien usaba las muletas era su madre.

El Pampa se limpia la mano ensangrentada en la nieve y atiende el teléfono. No dice nada, lo apoya en su oreja y espera. A la presencia de la mujer del otro lado de la línea opone los pinos negros que no hacen sombra.

—Estamos en un punto ciego, joven —suspira la voz de mujer, como continuando una conversación—. Yo necesito saber qué está pasando ahí, y usted necesita saber quién soy yo y qué tengo que ver con todo esto. Estoy segura de que la información no nos va a servir a ninguno de los dos, pero es claro que ninguno de los dos va a desistir, ¿no es cierto?

—Es cierto —responde el Pampa.

—Entonces voy a hacerle una propuesta. Yo voy a decirle quién soy y cómo puede encontrarme. Y usted va a venir. Y tendremos una conversación. ¿Ella también está ahí?

El Pampa duda. No sabe qué responder. No porque quiera ocultarle información a la mujer, sino porque en verdad le resulta difícil ser exacto.

—Sí —responde finalmente.

La mujer suspira.

—Lamento que se vea envuelto en esta situación... Lamento... Orlosky debería haberme hecho caso.

Al Pampa la voz de la mujer, tan nítida y tan segura, le da vértigo, lo marea. Cuando la escucha no puede ver lo que tiene enfrente, pero tampoco la puede ver a ella. El Renault 12, la casa en ruinas, Orlosky encadenado, el cuerpo de Gretel Castellanos, el pozo, los campos congelados, la luz asentada del mediodía que se acerca. Enumera para quedarse ahí, para que esa voz no lo capture. Y entonces la mujer lo sorprende.

—Está empezando a nevar otra vez —afirma.

El Pampa esta por decir que no cuando percibe el silencio blanco y enseguida distingue los primeros copos que flotan a unos metros. Está nevando otra vez, sí. Esa voz, esa mujer, sabe cosas que él todavía no. Las sabe antes, y eso lo incomoda. Pero además está cerca. ¿O es que está cayendo nieve en todas partes? Al Pampa le cuesta imaginar que sea así, pero también le cuesta imaginar que haya lugares donde no esté cayendo nieve. Donde no haya un cuerpo de mujer envuelto en lona y un hombre herido, enorme, encadenado a un árbol.

—Si hubiese nevado antes... No sé, no puedo saberlo, ¿sería distinto? Es tan rara esta nieve. Me distrae, no me deja pensar con claridad. ¿Le pasa lo mismo a usted, joven? ¿En qué está pensando? ¿En ir a la policía?

—Yo soy la policía, señora —dice el Pampa. Orgulloso a pesar suyo, y a sabiendas de que está dando información sin recibir ninguna.

La mujer permanece en silencio pero sigue estando ahí, procesa la revelación. No corta. El Pampa tampoco dice nada porque ya ha dicho lo único que tenía que decir. Lo que le queda es preguntar e intuye que no ha llegado el momento, que todavía no. Los dos callan. La nieve cae. Y mientras la nieve cae los dos piensan en cosas extrañas, se distraen.

La mujer piensa en que la voz que escucha no se parece a la voz de un policía, y de pronto siente que es la primera vez que habla con uno. Ya lo ha hecho antes, pero ahora siente que no, que es mentira. Nunca se enfrentó ni habló con un policía. Como si fuera una criatura mítica de la que siempre escuchó hablar, pero a la que nunca vio. Y ahora está ahí. Hay un policía del otro lado. ¿De qué color será su uniforme? ¿Qué tipo de gorra usará? ¿De qué color serán sus ojos?

El Pampa en tanto, mientras la mujer decide si existe o no, ha tenido un pálpito absurdo. Lo que piensa no puede ser, pero tiene que sacarse la duda igual. La voz, la mujer, la nieve. Necesita ver la cara de Gretel Castellanos. Necesita saber que no está hablando con ella. Se acerca al cuerpo de la hija del ferretero y corre la lona, busca la cara. La encuentra y al instante se da cuenta de que ha sido un error. Una falla. No puede dejarse ganar por ese tipo de supersticiones. Eso lo enoja. Por supuesto que no está hablando con Gretel Castellanos.

—¿Dónde está, señora?

La mujer tarda en responder. La nieve la distrae. La distrae mucho.

—¿Qué hizo con Orlosky?

—Señora, dígame su nombre. Dígame dónde la puedo encontrar.

La mujer claudica sorprendida. No llamó con esa intención. En realidad no sabe cuál era la intención, pero seguro no era esa.

—¿Conoce la Escuela Rural N° 221, en la ruta que va a Carhué?

El Pampa revisa en su memoria con un nudo en la garganta. Está emocionado.

—Sí.

—Venga, lo espero —dice la mujer. Su voz es la de alguien que habla con los ojos cerrados.

—¿Cómo la reconozco?

—No va a poder confundirse, oficial —ojos cerrados, ojos cerrados.

—¿Y por qué está ahí?

—Porque vivo acá, porque soy la Directora —dice la mujer, que ahora abre los ojos y da por terminada la conversación.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

4. Pampa, Gretel, Orlosky, la Directora

Era la hora del último recreo en la Escuela Rural N° 221, y la Directora, por la ventana de la amplia habitación que oficiaba de dirección, una vieja aula vaciada, contemplaba los fondos, donde estaba la pequeña cancha de fútbol. Del otro lado de la canchita de arcos oxidados y pastos quemados por el sol, y más allá del alambrado que cerraba el predio, hacia el oeste, se extendía un campo de soja, hileras de hojas verdes y gruesas hasta donde llegaban sus ojos. Antes no podía ver ese paisaje horizontal y monótono, de un verde casi negro al sol del atardecer que la encandilaba. Antes estaba el árbol.

Desde el patio delantero, las voces de los chicos le llegaban en débiles ráfagas. Las voces se perdían en todas las direcciones y no llegaban a ningún lado, salvo algún grito o risa particular que la Directora esperaba. ¿Cuántos recreos había estado así, esperando? ¿Cuántos recreos al final del día, cuando el cansancio necesitaba de ese rumor, se había detenido frente a la ventana con esa satisfactoria tristeza? Eran setenta y cuatro chicos entre seis y catorce años, la mayoría de los cuales al terminar la jornada escolar volvían a sus casas. Había veinte que no. Que comían y dormían y vivían ahí durante el período escolar. Con ella y dos de las maestras.

En la Escuela Rural N° 221 vivían ella, las dos maestras, los veinte chicos, trece niñas y siete varones, y, antes, por poco tiempo, su nieto.

La Directora, cegada por el sol de la tarde, volvió hacia su escritorio. Miró la hora. En menos de un minuto sonaría la campana y los chicos volverían a las tres aulas que componían la escuela. Ahí se mezclarían más por edades que por grados. La Directora se sentó frente a su escritorio y cerró los ojos. Suspiró. Recorrió con la memoria las cuatro paredes que la rodeaban. En la pared más lejana los pizarrones de cuando la habitación era un aula, los mapas de la provincia, del país y del continente. A los costados los dos archiveros. El estante de metal con libros desordenados. Las cartulinas pegadas en las paredes con cuadros sinópticos e ilustraciones hechos por los alumnos. El cuadro con la imagen de Sarmiento. Pero nada de eso le importaba ya. Quería recordar el árbol que ya no estaba. El flamante eucalipto, alto y frondoso, que hasta hacía unos días había estado a un par de metros de su ventana.

Sonó la campana, un tintineo desafinado, destemplado. Un repiqueteo agudo que hasta en verano le daba frío. En pocos minutos se hizo silencio. Los chicos ya estaban en las aulas. La Directora abrió los ojos. Ya no le era posible recordar el árbol, la precisa textura de su sombra. Ya no le era posible recordarlo sin su nieto colgando de él. Habían pasado dos semanas y el dolor se había dispersado como las voces de los chicos en la llanura. Y entonces lo descubrió. Lo

sintió en la boca del estómago. La Directora se puso de pie y volvió a la ventana. Con los ojos secos miró el tronco cercenado a treinta centímetros de la tierra por ese hombretón que despreciaba tanto como quería, las raíces impávidas que asomaban sus lomos grises y tersos. Era cierto. La puntada en la boca del estómago le dijo que era cierto. Con el sol del crepúsculo en la cara, la Directora aceptó que extrañaba más al árbol que a su nieto.

El Pampa contempla el teléfono silenciado. En la pantalla figura un ominoso “Desconocido”. La nieve cae, flota, incluso se eleva cuando el viento logra erguirse sobre el frío quieto y luminoso que domina el día. Absorto, el Pampa lee una y otra vez la palabra como si en ella pudieran cifrarse las respuestas que necesita. Qué hacer con Orlosky. Qué hacer con el cuerpo de Gretel Castellanos. Cómo salir de ahí. Cómo llegar a esa escuela donde lo espera la mujer, si es que no le mintió. Es tan frágil la situación, sería tan sencillo que todo terminara ahí. Pero nada termina ahí. Nada termina en ninguna parte. El Pampa está perdido en esa llanura que creía conocer y su única posibilidad es una mujer que no solo podría estarle mintiendo, sino que también podría no existir. Está muy cansado y tiene mucho frío. Tiene hambre y sed. Por momentos duda de todo. No solo la mujer no existe. Tampoco existe Orlosky encadenado al árbol, tampoco el cuerpo de la hija del ferretero envuelto en la lona. Solo el paisaje. Solo los pinos negros. El mediodía ha llegado pero no se parece en nada a lo que él conoce como el mediodía. Es una verticalidad sin centro, sin origen, de un blanco que lo descorazona. Tiene ganas de llorar, el Pampa, y tal vez lo haga. Busca algo a qué aferrarse. Ahí está el Renault 12 de Orlosky, lo identifica, lo ha visto transitar las calles de Monge. El auto es de un verde oscuro y aunque no la ve, él sabe que la puerta del conductor está despintada, tiene el color ladrillo de la chapa. El Pampa se sacude el desaliento como un perro mojado. Se obliga a enumerar las veces que ha visto ese auto transitando por el pueblo o detenido frente al bar de Rocha. Si ese auto es real la mujer también. Se obliga a creer que la mujer con la que habló existe y le ha dicho la verdad. Que lo espera. Sin embargo, antes tiene que resolver qué hacer con Orlosky y con el cuerpo de Gretel Castellanos. El gigante sigue inconsciente, cada tanto balbucea, ronca palabras y gemidos. No puede dejarlo ahí, a merced del frío. ¿Y si llama a Parra? No es una mala idea, pero para hacerlo debería saber dónde está. Además la radio la dejó en la moto, y por ahora se siente incapaz de moverse, de alejarse de ahí. Está abrumado, embrutecido por la falta de sueño, por el desconcierto. ¿Cómo llegó hasta este caserón abandonado, hasta este mediodía transparente que parece inamovible, como si la posibilidad de la tarde y de la noche hubieran desaparecido? No sabe salir del instante en que está. El instante es una trampa. “Desconocido”, dice la pantalla del teléfono. El Pampa sufre, intenta recordar algún número que le sirva, y tiene que asumir que ni siquiera sabe el número del destacamento. El único número que recuerda es el que era de su casa. ¿Quién atendería si llamara? ¿El fantasma de su padre, el de su madre, su propio fantasma? Si tan solo pudiera llamar a la mujer, hablar otra vez con ella, aceptar cualquier

otra mentira que le propusiera. Pero no puede. Y Orlosky que no deja de estar ahí, encadenado al árbol. Y la luz del mediodía que no deja de sacarle brillos a la lona que envuelve el cuerpo de Gretel Castellanos. Y la nieve que cae, que flota, que le roza la cara. El Pampa necesita aislarse, alejarse de todo para poder pensar con claridad. Da unos pasos hacia atrás, como si quisiera tomar perspectiva. Cuando sus talones chocan con el montículo de tierra que acumuló Orlosky al cavar el pozo, se detiene. Ahí está el pozo. El Pampa contempla ahora el hueco negro, el fondo no muy profundo en el que se ha empezado a acumular un poco de nieve. Baja un pie y después otro. Se mete, está dentro del pozo. Y hace algo que por fin le permite dejar de pensar. Se acuesta boca arriba. El Pampa tiene la mandíbula apretada, los músculos tensos. Más que miedo lo que siente es incredulidad. El fondo del pozo le queda grande. Tiene los ojos abiertos como nunca antes los ha tenido. Ve el rectángulo pálido de cielo que se desgaja, huele la tierra negra y viva que lo rodea. Está respirando, el Pampa. Eso es lo que está haciendo. Inhala profundo, se llena los pulmones de ese aire frío que no es el mismo de la superficie, que no puede ser. Estar vivo, en este instante, en este que sigue siendo el mismo instante del que no puede escapar, le resulta más extraño que estar muerto. Echado en el fondo del pozo, en el fondo de la tumba inconclusa que Orlosky cavó para Gretel Castellanos, el Pampa siente que sus pensamientos se ordenan y desaparecen. Solo queda su cuerpo escuálido y despierto. Desde ahí, desde ese pozo hecho para un muerto que no es él, es como si pudiera espiar el mediodía inhóspito de los campos por el ojo de una cerradura. El Pampa respira profundo hasta que el instante se quiebra. Es como el crujido de un hueso que se rompe. El Pampa respira profundo y siente la urgencia de ponerse en movimiento. De salir del pozo, de la tumba. Pero es entonces cuando la alarma se despierta en sus sentidos. Puede sentir la presencia. El intruso, el desconocido está ahí afuera, merodeando sobre sus huellas.

Gretel volvió a Buenos Aires y se transformó en una voz trepidante en el teléfono. Lo era para su padre, para su tía, pero sobre todo para Esteban. Y vivía a través de estas llamadas que la dejaban afónica, grave.

Las primeras veces que habló con Esteban, él le pedía una y otra vez que volviera, pero pronto se dio cuenta de que eso la enmudecía, de que eso era justamente lo que hacía que ella primero dejara de hablar, respondiera con monosílabos cada vez más lejanos, y que al final cortara la llamada. Esteban entonces comenzó a morderse el labio inferior, y ese fue un gesto que le fue quedando. Evitaba el ruego, el pedido. La escuchaba. Gretel hablaba sin interrupciones, con una afonía entusiasta en la que a Esteban le costaba reconocerla. Hablaba de la ciudad, de lo que quería hacer, de lo que estaba haciendo. Sobre todo de lo que quería hacer y de lo que podían hacer juntos si él se decidía a ir. Cuando después de más de media hora cortaban, Esteban quedaba exhausto. A veces, las menos, exhausto y feliz. Las más, exhausto y desdichado. Intentaba recordar todo lo que ella había dicho, pero lo olvidaba al instante. Las frases, las imágenes se le mezclaban. Lo que le quedaba era la imagen de Gretel rodeada de fantasmas roncacos, figuras oscuras de personas que no conocía pero que ella pretendía que conociera. Porque eran muchas las personas que nombraba Gretel y si acaso él preguntaba por alguna, ella se enojaba. “Tenés que venir”, le decía Gretel cuando el enojo se le pasaba, y Esteban callaba. ¿Ir a dónde? ¿Dónde estaba ella? Por lo general, hablaban por las noches. Esteban salía a caminar, llegaba a la plaza principal de Rojas, se sentaba en un banco o en una mesa del bar en el que Gretel había trabajado, la escuchaba y cuando le tocaba hablar a él no sabía qué decir. Cuánto que hablaban, cuánto que se querían. Después de esas charlas Esteban no podía volver al departamento. ¿Desde dónde hablaba ella, desde cuándo? ¿Cuál era el lugar y el tiempo en el que ella estaba? Gretel le había descripto la habitación de la pensión en la que se encontraba, pero a Esteban le costaba creer en ese lugar. Paredes de un rosa pálido, una cama de armazón de metal, un techo muy alto, una ventana con antepecho donde ella se sentaba y que daba a una calle donde pasaban el 17 y el 70, ambos colectivos verdes. “Está pasando el 70”, decía Gretel sentada en el marco de la ventana, y los dos callaban. Un fin de semana en que no pudo soportar la soledad del monoambiente, Esteban tomó un colectivo de larga distancia que iba a Carhué. Se bajó antes, en la ruta, frente a una hilera de eucaliptos. El colectivo se fue y Esteban se quedó en la banquina. Del otro lado de los eucaliptos una veintena de chicos de distintas edades corrían de un lado a otro. Cuando el colectivo se alejó lo suficiente y dejó de escucharse el motor, le

llegaron las voces. No parecía haber un orden en lo que los chicos hacían. Esteban intentó adivinar a qué estaban jugando, pero no pudo. Eran juegos superpuestos, que se entrecruzaban y se ignoraban. Esa noche, después de cenar con su abuela, habló con Gretel. La llamada se cortó varias veces, la señal no era buena. Pero insistieron. Fue la primera vez que Esteban habló más que Gretel. Le dijo dónde estaba, mintió y simplificó un poco. Habló de los chicos. Habló mucho de eso. El domingo por la noche Esteban no salió a la ruta a esperar el colectivo que lo llevaría de vuelta a Rojas. Lo vio pasar de largo desde la oscuridad de los eucaliptos. Se quedó ahí, caminando en zigzag de un árbol a otro, mordiéndose el labio inferior. Esa y las siguientes noches volvieron a hablar. Dos voces trepidantes en el silencio.

Lo que el intruso hace, lo que hace su presencia, es confundir los sentidos. El Pampa, todavía acostado en el fondo del pozo, lo escucha con los dientes, lo huele con los oídos, lo ve con la piel. Está dando vueltas, merodeando, revisándolo todo. Es exhaustivo, minucioso, una existencia encorvada y lenta sobre las cosas y los rastros de las cosas. ¿Cómo lo sabe el Pampa? Porque el Pampa sabe todo del desconocido. Sabe todo menos quién es, qué es. Cada tanto siente que se acerca al pozo y está a punto de asomarse, y se le corta la respiración. Es lo que más desea y lo que más teme. Pero el intruso no lo hace, se detiene al borde de su campo de visión, se queda ahí. Revisa, rastrea, contabiliza. Y finalmente, sin que el Pampa sepa cuál es el motivo, desaparece de la misma manera abrupta en que llegó. Se ha ido y el vértigo de ese vacío sacude el cuerpo del Pampa. Ecos nerviosos en el fondo de esa tumba que no es suya. El Pampa vuelve a sentir la urgencia de salir de ahí, de ponerse en movimiento. Se demora solo unos segundos más. Los suficientes para cancelar la apuesta: sí, podría quedarse ahí todo lo que quisiera, pero no quiere. A pesar de que sabe que el intruso se ha ido, más todavía, que el intruso nunca estuvo ahí, se asoma con cautela. No está, no estuvo. Mira al ras del suelo. El cuerpo de Gretel Castellanos envuelto en la lona al alcance de su mano, Orlosky más allá, encadenado e inconsciente, los pinos negros, la casa, el Renault 12. Sale del pozo y toma la pala. Vuelve a meterse y comienza a excavar. Va a terminar el trabajo de Orlosky, eso es lo primero que hará. Estando en el pozo, ahora se da cuenta, ha estado pensando en Irina, la vagabunda que quema las cruces de las tumbas en las casas abandonadas de Monge. Su risa y sus palabras. Sobre todo su risa pero también sus palabras. Ella tiene razón. No hay que dejar que los muertos transformen los campos. Eso es lo que le impide seguir, ese desorden. Y él va a arreglarlo para poder continuar, para salir en busca de la mujer del teléfono. El ruido de las primeras paladas despierta a Orlosky. El gigante, todavía confundido, lo mira hacer. Es cada vez más oscuro y más pequeño, ese muchacho. Y más amenazante.

—¿Qué estás haciendo?

El Pampa no contesta la pregunta de Orlosky y sigue cavando. Solo se detiene para calcular si la profundidad ya es suficiente, comprueba que falta y continúa.

—¿Qué estás haciendo? ¿La vas a enterrar? Dejame que te ayudo...

Hay, en la voz de Orlosky, un temblor, una esperanza. Pero el silencio del Pampa es duro. Ahí no hay esperanza alguna. Orlosky gimotea. Habla.

—Me duele mucho el brazo... Estoy enfermo, no me puedo quedar así. No puedo, no puedo.

Llamá a alguien. Llamá una ambulancia. Confieso todo. Te cuento todo. Llamá a alguien...

El Pampa sigue cavando. El ejercicio le ha hecho bien, le ha devuelto algo de calor, su cuerpo se diferencia de esa hora resplandeciente. Su cuerpo es negro como los pinos negros, como la tierra negra en la que hunde la pala. Se siente bien, el Pampa, haciendo lo que está haciendo, siente que la pala es la herramienta correcta, la que él necesita. Cava, ya está cerca de conseguir la profundidad que busca, las dimensiones también.

—La maté, la maté... —solloza Orlosky, carraspea una culpa improvisada, que por momentos es real y por momentos finge—. La colgué en el árbol para que la encontraran... Y nadie la encontró... ¿Por qué nadie la encontró? Ella me dijo que la iban a encontrar... ¿De dónde saliste? ¿Qué estás haciendo? ¡Decime qué estás haciendo, hijo de puta!

El Pampa parece no escucharlo. Ahora recorre el fondo del pozo, lo asienta con sus pisadas. No le llega a la cintura todavía, que es lo que se había propuesto, pero decide dejarlo ahí, decide que es suficiente. Sale del pozo, deja la pala a un costado y hace girar el cuerpo envuelto en la lona. Lo deja en el borde, duda, quisiera poder hacerlo de otra manera pero no se le ocurre ninguna, y lo empuja. El cuerpo de Gretel Castellanos cae dentro de la tumba con un golpe sordo que le llena los ojos de lágrimas. El Pampa no está conmovido: es como el chirriar de una tiza en un pizarrón. Se pasa la mano por la cara, se seca la transpiración y vuelve a tomar la pala. Orlosky por un segundo vuelve a esperanzarse, enmudece de expectación. El Pampa sin embargo no cubre la tumba. Gira y enfrenta a Orlosky. Se acerca con paso firme. Levanta la pala como un bate de béisbol y lo golpea. Orlosky no llega a descubrir sus intenciones. El golpe vuelve a dejarlo inconsciente. Le ha dado de plano en el cráneo. Un sonido único como un campanazo que no hace revolotear a los pájaros, que se quedan esperando, atentos, que el sonido se repita. Pero no se repite. Orlosky está inconsciente y una vez que el Pampa se asegura de eso, le mete dos tiros al candado y lo libera. Ahora sí los pájaros producen un alboroto de alas que el Pampa no ve ni escucha, porque está muy ocupado con lo que hace. Desenrosca la cadena, voltea el cuerpo de Orlosky y lo hace girar. No es tan pesado como esperaba. Incluso le resulta menos pesado que el cuerpo de Gretel Castellanos. Lo que le cuesta es darle dirección, como si el cuerpo de Orlosky, no Orlosky sino su cuerpo, se resistiera a ir hacia la tumba abierta. El Pampa empuja de un lado, después de otro, lo reacomoda, lo hace girar sobre sí mismo. Esta vez no se detiene sobre el borde. Sigue empujando y lo deja caer. El sonido que produce al chocar contra la lona que cubre el cuerpo de Gretel Castellanos es distinto al que hizo el cuerpo de la hija del ferretero, pero no tanto. Es la modulación definitiva de un cuerpo que cae. El Pampa toma la pala y ahora sí comienza a cubrir la tumba. Orlosky ha caído boca arriba y las primeras paladas de tierra sobre su cara le devuelven algo de conciencia. Muy poca. La suficiente para que el terror lo haga mearse encima. Pero no puede moverse. No puede hacer nada mientras la tierra lo va cubriendo. Las paladas tienen un ritmo tan parejo que tanto el Pampa como Orlosky, de maneras muy diferentes, dejan de escucharlas mientras se incorporan al silencio.

Orlosky, en la maraña de los años que se tensaban y se retorcían en su memoria como músculos acalambrados, no recordaba cuándo y en dónde había dejado de jugar al básquet. En algún momento de su peregrinaje, entre pueblos y ciudades todas parecidas entre sí, se encontró trabajando de albañil, de peón de mudanzas, en frigoríficos y como despachador de equipajes en ignotas terminales de ómnibus. Subió bolsas de cereales a centenares de camiones, y de otros centenares de camiones las bajó. Se acostumbró a las inconstancias de su cuerpo, a los asaltos del dolor que lo dejaban postrado y lo hacían perder los trabajos. Y se acostumbró a la constancia del alcohol, se aferró a ella para no olvidarse de que estaba cayendo. Porque a pesar del embrutecimiento de la desdicha y la soledad, Orlosky sabía con imparcial lucidez que seguía cayendo, que aún faltaba, faltaba mucho. Dejó de crecer en altura, se encorvó y su cuerpo se volvió grueso, pesado, lo suficientemente blando para confundir los tropiezos y los golpes con caricias y palmadas. Sus manos ya no le resultaban tan terribles, tan solitarias. Hablaba poco y con poca gente. No tenía ni amigos ni amantes. Iba de un lugar a otro sin planes ni expectativas. A veces gemía por largas horas en cuartos anónimos y hechizados. Podían ser las articulaciones, la espalda o podía ser un recuerdo. Los quejidos no se diferenciaban. Sordos, monótonos, desde alguna otra habitación podían confundirse con la respiración de un asmático. Y siempre había alguna otra habitación, alguien escuchando en la oscuridad, maravillado ante el tamaño de su desgracia. Así, en un hotelucho de las afueras de Rosario, Orlosky conoció a Norton. Un hombre viejo, muy viejo, que golpeó la puerta de su habitación con una botella de whisky en la mano. Norton era un hombre misterioso. Un hombre lleno de secretos, los cuales contaba en la primera oportunidad que tenía, hasta vaciarse. Esa noche, mientras tomaban la botella de whisky, le contó a Orlosky sus estafas y raterías, la cantidad abrumadora de cuentas pendientes que había dejado por todas partes. Norton era un hombre misterioso porque un rato después de conocerlo ya no tenía secretos. Era una cáscara vacía de la que salía una voz grave. Orlosky y Norton no se hicieron amigos. Ni siquiera socios. Los días siguientes se saludaron ceremoniosos y a la semana Norton desapareció. Pero Orlosky no lo olvidaría porque frente a él, frente a la cara cuarteada y pálida del viejo, mientras Norton hablaba y le llenaba una y otra vez el vaso de whisky sin dejar que lo terminara nunca, se dio cuenta de que podía matarlo y que eso no significaría nada. Orlosky, que durante años había sentido una culpa difusa frente a las cosas y la gente, que inevitable y fatalmente siempre sentía que algo malo había hecho sin saber qué era, sintió en ese momento una preocupante liviandad. Podía matar a ese viejo, quebrarle el cuello como a una

gallina sin ni siquiera ponerse de pie, y no habría culpa. Por primera y única vez en su vida se preguntó qué clase de persona era, y no obtuvo respuesta. Y no le importó no obtener respuesta. Se contentó con saber que ahí, en los extremos posibles, entre un acto bueno o malo, estaría la caída definitiva. Eso era mucho más de lo que sabía hasta ese momento. Eso era suficiente.

Todavía queda tierra a un costado cuando el Pampa decide que ha dado la última palada. Bordea, rodea la tumba. Se siente tentado de pisarla, de apisonarla, darle el retoque final. Suspira y se contiene. Lo que tenía que hacer está hecho, no tiene que excederse. La nieve que cae va formando una pátina gris sobre la tierra removida, una transparencia chirle que envejece rápido. Si espera, la nieve cubrirá la tumba. Pero no va a esperar. Corre el riesgo de arrepentirse si se queda. Lleva la pala y la cadena con que ató a Orlosky al cuarto de las herramientas. Vuelve. A las patadas desparrama la tierra que sobró. Se aleja unos pasos y observa. Asiente conforme. El trabajo físico le ha despertado el hambre, la ha vuelto algo con lo que puede enfrentarse. Se va. Le da la espalda a lo que sea que haya hecho. Entra al caserón y come lo que encuentra, bebe lo que encuentra, entre muecas. Gesticula como si fingiera que come, como si fingiera que bebe.

—Qué hambre —dice el Pampa.

Lo dice y persigue su voz entre esos trastos que no son los suyos, y no le alcanza. Se ha escuchado como se escucha cuando canta, pero es distinto. La voz, su voz, se ha desvanecido demasiado rápido, sin eco, por el lado de las escaleras.

—Qué hambre —insiste. Se mete un pedazo de pan reseco en la boca, mastica y sale.

Desde el umbral el Pampa otea el horizonte luminoso. La luz del día lo ciega y él se aferra a los árboles que rodean el casco de estancia. Trata de reconocer entre los pinos el lugar de donde vino. Son muchos pinos, y el Pampa evita mirarlos con desconfianza: no, no se han movido. Están donde estaban antes, y el camino por el que llegó sigue estando ahí, y es el camino que va a recorrer. Ni se le cruza por la cabeza usar el Renault 12 de Orlosky. Sería como robar. Pero además hay una superstición aritmética en buscar su moto. Llegó ahí, a ese lugar desconocido en el que está, con la Honda 100, y solo con ella podrá salir, rencontrar la llanura que conoce. Elige la dirección y parte. Está más cansado pero más despierto. No duda. Pasa entre los pinos sin mirar a los costados, sintiendo bajo sus suelas la consistencia extraña de la nieve, blanda y crujiente. Después de los pinos el campo se abre. La luz lo obliga a achicar los ojos, a usar la mano de visera. Todo lo que ve está lejos. Hay un molino en la distancia, tan lejano que ni siquiera puede decir si sus aspas giran o no. Hay un grupo de árboles un poco más cerca y a la izquierda. Hay, cree que hay, un alambrado que cruza todo el campo. ¿Dónde está la ruta? El Pampa no recuerda haber atravesado un alambrado, pero a medida que avanza logra percibir con más claridad la línea de postes escuálidos. Tiene que haberlo hecho, tal vez en un tramo donde los alambres están cortados. Eso estaría bien. Eso le serviría de referencia. Con esa esperanza

sigue caminando. Cada tanto sus botas se hunden más de lo que espera y por momentos la firmeza del suelo lo sorprende. Es consciente de los pasos que da, los cuenta, no puede olvidarse de ellos. Los pasos sin embargo se resisten a ser contados. Uno, dos, tres, treinta y ocho, setenta y uno, ochenta y cinco... Uno, dos, tres. Ante sus ojos, los postes del alambrado crecen y se distancian entre sí. Ya puede distinguir las tres líneas tensas que los unen. Llega, gira hacia un lado, hacia otro. Hacia los dos lados el trazado es recto y parece no tener fin. Baja la vista y busca en la tierra algún rastro, pero la nieve caída, la nieve que sigue cayendo, borra todo. ¿Lo borrarán a él también? El Pampa gira y busca las huellas que ha dejado. Ahí están, pero no por mucho tiempo. Tiene que irse de ahí, tiene que encontrar la moto antes de que sus huellas desaparezcan, lo alcancen. Vuelve a mirar en ambas direcciones y se decide por ir hacia la izquierda. Hacia ese lado están los árboles y más allá el molino, y es como si la llanura se inclinara en esa dirección. No cruzará por ahora el alambrado, porque todavía espera que esté cortado en alguna parte. Si no lo cruzó por la noche, no lo cruzará en el día. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. El Pampa ya no cuenta sus pasos sino los postes del alambrado. Entre poste y poste hay siete pasos, lo ha comprobado, así que si quisiera podría calcular los pasos, pero no quiere. Adrede achica la distancia entre un paso y otro para romper esa exactitud. Hay demasiadas exactitudes en ese mediodía que ya ha dejado de serlo. Todo es blanco a su alrededor, todo es luminoso. El frío es luz, el cansancio es luz, los flacos copos de nieve son gajos de luz que le tocan la cara, la única parte de su cuerpo que está descubierta, porque ha vuelto a calzarse los guantes y a enroscarse la bufanda. El Pampa avanza junto al alambrado. Camina en línea recta pero no se engaña. No existen las líneas rectas en la llanura. El mediodía ha pasado ya, pero su sombra sigue acurrucada bajo sus pies, y junto con sus huellas, es la única manera que tiene de saber que todavía está ahí, y de que seguirá estando mientras no deje de caminar. Esa es la condición y el Pampa la acepta. En la distancia, al borde de su percepción, el molino a veces gira y a veces no.

No fue la Directora la que encontró a su nieto colgando del árbol. Fue una de las maestras, la más nueva y joven. ¿Qué hacía la maestra levantada a esa hora, en plena madrugada, andando a oscuras por la canchita de fútbol? Fumaba. Pensaba en la posibilidad de estar embarazada, de que su novio la hubiese embarazado. Pensaba eso y así y todo fumaba. Estaba asustada y también estaba contenta. Mientras fumaba en la oscuridad, contemplando el murmullo de los campos de soja bajo la luz de la luna, no lo vio. La idea de estar embarazada, el murmullo sombrío de la soja, alguna de esas cosas le producía escalofríos. Recién cuando terminó el cigarrillo y se volvió, descubrió el bulto. Supo enseguida qué era. Quién era. Durante las últimas semanas el nieto de la Directora había vivido con ellos en la escuela, una sombra alta y flaca, una sombra servicial y silenciosa. La maestra no gritó. Los pies del nieto, en la oscuridad, parecían tocar el suelo, parecían buscarlo. La maestra dio la vuelta al edificio y fue a la habitación de la Directora, pero no la encontró. Había una luz encendida en el ala de las aulas. Por la ventana las vio. La Directora hablaba con la otra maestra, más antigua que ella y un poco menos joven. ¿Qué hacían la Directora y la otra maestra en un aula, a esas horas de la madrugada, sentadas una frente a otra? Se dio cuenta, al entrar, de que estaban hablando mal de ella. ¿Sabrían que estaba embarazada?, ¿se le notaría ya? La maestra, que había descubierto al nieto de la Directora colgando de un árbol y que no había gritado, de pronto estaba segura de estar embarazada. Las mujeres la miraron en silencio, interrogándola con los ojos. Ella, consciente de la importancia del momento, entró como a un escenario, se inclinó hacia la Directora y le habló al oído. La Directora tampoco gritó, ni cuando escuchó lo que la maestra tenía para decir ni cuando vio a su nieto ahorcado. Para la Directora, toda esa noche tendría la consistencia de un sueño mudo. Todo era más real en ese silencio. A partir de esa noche, de ese día, hablar le resultaría mentira.

Las tres mujeres dieron la vuelta al edificio. La otra maestra, la más antigua y menos joven, se llevó una mano a la boca y sí pegó un pequeño grito. La maestra más joven, la que estaba embarazada, la abrazó. La maestra menos joven lloró sobre el hombro de la maestra más joven. La Directora se acercó al cuerpo de su nieto. Sin darse vuelta pidió que trajeran una linterna. Ninguna de las maestras se movió, continuaban abrazadas. La Directora suspiró. Miró a su nieto, pensó en Orlosky, en llamarlo. La última vez que habían dormido juntos lo había echado como a un perro cuando el gigante le había dicho que la amaba. Cómo se le ocurría, cómo podía ocurrírsele algo así. Pero su nieto estaba ahí, colgando de un árbol, y ella solo podía pensar en llamarlo. Lo despreció un poco más por eso. Luego insistió con la linterna y pidió que llamaran a

Orlosky, el albañil, porque necesitarían la ayuda de un hombre para bajarlo. Pidió, también, que dejaran de llorar, que iban a despertar a los chicos que pasaban la noche en la escuela.

—Yo no estoy llorando —dijo la maestra más joven.

—Dejen de llorar —volvió a decir la Directora, sin mirarlas.

La maestra más joven fue en busca de la linterna y la otra maestra la siguió. La Directora se quedó sola con el cuerpo de su nieto. Miró hacia arriba entre las sombras, buscó su cara. Era su nieto, sí, pero también era otra persona. La cara iba y venía entre uno y otro y para no marearse la Directora bajó la vista a los pies. La zapatilla del pie izquierdo tenía los cordones desatados. Miró el pie izquierdo largo rato. En algún momento apareció la maestra más joven y le entregó la linterna.

—¿Vos hiciste esto? —dijo la Directora, y señaló el pie izquierdo de su nieto con la luz de la linterna.

La maestra no entendió. No dijo nada.

—¿Vos le dasataste los cordones?

La maestra siguió sin entender.

—¿Dónde está Clara?

Clara era la maestra menos joven y estaba intentando comunicarse con Orlosky.

—Decile que no lo llame al celular. Que pruebe con el bar de Rocha en Monge. A esta hora seguro está ahí. Decile, ella sabe.

La maestra se fue y la Directora se quedó sola otra vez. Alumbró la cara de su nieto. Alumbró la cara de esa otra persona. Los dos eran muy jóvenes. Resistió la tentación de atarle los cordones. ¿A quién se los ataría si lo hacía? Una brisa le trajo el olor de la orina. Una mancha oscura y húmeda bajaba por el pantalón del ahorcado. La Directora apagó la linterna, se acercó al tronco del árbol y vomitó. Se limpió con el dorso de la mano. Se irguió. Vomitar le había tapado los oídos, y al principio creyó que el zumbido se debía a eso. En el silencio algo temblaba, una y otra vez. La Directora buscó en el aire negro, en las ramas, en la canchita de fútbol, en el cielo estrellado, en los campos de soja. Pero era algo más cercano. Volvió sobre el cuerpo de su nieto. En el bolsillo izquierdo de su pantalón el teléfono celular vibraba y se iluminaba.

En la perspectiva, el molino ha desaparecido detrás del bosquecito. Y los árboles se han juntado, se han amontonado, como si la nieve los asediara. Todo está lejos salvo los postes del alambrado. El Pampa ha caminado mucho, está seguro de que ha caminado más de lo que caminó durante la noche para llegar al caserón. Pero las tres líneas tensas de alambre siguen estando ahí, y él sabe que no atravesó ningún alambrado. ¿Y si fuera en la otra dirección? El Pampa no puede permitirse pensar eso porque no puede retroceder. Ni siquiera puede volverse para ver dónde ha quedado el casco de estancia. Tiene que seguir, tiene que confiar. El Pampa sabe que las distancias son inconstantes. Que la oscuridad acerca las cosas y la luz las aleja. Y hay mucha luz ahora, nunca en su vida se enfrentó a tanta luz. Del cielo nublado y compacto bajan graznidos de pájaros invisibles. El Pampa los escucha y no los cree. Ningún pájaro volaría con esa nieve. Prefiere pensar que los graznidos vienen de su memoria. Que son graznidos como podrían ser otra cosa. Sin embargo, algo blanco sobrevuela el campo blanco. No son pájaros. Y él en cualquier momento dejará de ser un policía, un hombre. Los postes del alambrado se suceden imperturbables y el Pampa acepta la derrota, y en la derrota se siente inocente. Nada malo ha hecho, nada bueno tampoco. Podría caminar para siempre junto al alambrado, en esa llanura desconocida, bajo ese cielo desconocido. Pero entonces, sin esperarlo, sin proponérselo, aparece su voz. El Pampa comienza a recitar la frase de cuatro palabras que copió en el cuaderno de su padre. Esa afirmación que había olvidado y que ahora no recuerda, porque aunque es él quien pronuncia la frase, no se pregunta de dónde viene. Tímida y ronca al principio, su voz se angosta y sube, se enrosca y se afirma. Y la inocencia desaparece. Vuelven las culpas. La culpa por haber enterrado vivo a un hombre, muerta a una mujer, por no haber cumplido con sus deberes como oficial de policía. Vuelven esas culpas pero también las culpas más insignificantes, las que sostienen los días. El Pampa lo sabe con todo el cuerpo pero sobre todo con las manos. Sabe que para ser culpable basta con hacer algo, y que ese algo se anude a algo más. Culpas como postes. El Pampa camina y recita, afirma, y la luz que lo ciega se resquebraja. Los postes del alambrado lo acompañan, lo guían. Una y otra vez la frase como si la estuviera escribiendo en ese último cuaderno que ha olvidado. Lo hace con convicción. Él no se detendrá y el alambrado seguirá partiendo el campo en dos. Hasta que deje de hacerlo. Hasta que deja de hacerlo. La tranquera que vislumbra más allá es para el Pampa un espejismo penoso. Ha dejado de recitar y ha dejado de caminar. Del otro lado de la tranquera el camino se pierde hacia unos techos lejanos. De su lado, el camino se curva. En la curva, hay un cartel que le da la espalda,

que anuncia algo a los que vienen hacia la tranquera. Y junto al cartel, entre unos arbustos aplastados por la nieve, está la moto. Desde uno de los espejos le llega el guiño de un destello. Por un breve instante el Pampa siente la tentación de seguir andando junto al alambrado como si nada hubiera pasado.

Gretel, un vez más, se había quedado dormida con el teléfono en la mano esperando la llamada de Esteban. Y una vez más, cuando despertó, todavía estaban ahí. El teléfono estaba en su mano y ella estaba en esa habitación, en el primer piso de una casa enorme, de techos altos y puertas crujientes, que se volvía más enorme aún porque las veinte personas que en ese momento dormían en otras habitaciones eran veinte desconocidos. El cuarto estaba a oscuras y por la ventana entraban las luces de la calle, la sombra del árbol de la vereda que se retorció sobre el kiosco de diarios. La despertó el paso del 70. A esas alturas ya podía reconocerlo, su retumbo en la curva, cauteloso, a diferencia del 17 que pasaba raudo y derecho, como devorándose la madrugada. Miró la hora. Era tarde. Revisó el teléfono y no tenía ninguna llamada perdida. Esteban no había llamado. Contemplando el techo, las sombras en el techo, Gretel se preguntó cómo haría para volver a dormirse. Se sentó en la cama. Se refregó la cara. Escuchó. Esa era la hora de la madrugada en que el crujido de la casa se confundía con el crujido de las personas. En la profunda quietud de la hora había una inquietud minúscula, sigilosa, que rebotaba por la casa a oscuras hasta encontrar un lugar donde quedarse, y Gretel no quería que se quedara con ella. Para evitar escucharla llamó a Esteban. Dejó que sonara hasta que atendió el contestador. La voz grabada de Esteban era como su risa muda. Volvió a intentarlo varias veces sin suerte. Se asomó a la ventana y vio la calle vacía. O no. En realidad no estaba vacía. El Taunus con las gomas pinchadas continuaba en su lugar, casi en la esquina de la otra calle, sobre un tramo de adoquines. Gretel lo venía viendo desde hacía semanas, pero nunca lo había observado a esa hora de la noche. Tenía los vidrios rotos y el asiento trasero estaba lleno de basura que la gente tiraba al pasar. Gretel misma había tirado latas de gaseosa y envoltorios. Estaba abandonado, y en esa hora de la noche, en ese desvelo, el abandono era una cualidad que lo dotaba de un extraño poder. El Taunus, ahí, abandonado en la madrugada, estaba en su apogeo. Gretel lo contempló por un largo rato y se sintió tentada a prender la luz. Pero el pudor la contuvo. ¿Qué era una luz encendida en esa casa, en esa noche? Si tan solo Esteban atendiera... Volvió a llamar. Mientras oía el teléfono rebotando en algún lugar, fija la mirada en el Taunus al otro lado de la calle, se le fue haciendo un nudo en la garganta. Cortó antes de escuchar la voz de Esteban en el contestador. Se acostó y se dejó acunar por las sombras del árbol, por las manchas de luz que entraban por la ventana y se reflejaban en la pared y parte del techo. Pensó que no iba a poder dormirse, pero se dio cuenta de que lo había hecho cuando un rato más tarde la despertó un portazo. La casa estaba en silencio pero alguien había azotado una puerta. Pestañeando miró la

pantalla del celular. Eran más de las cuatro de la mañana. Volvió a llamar a Esteban. Sonó dos veces y alguien atendió. Gretel, como tantas veces, no dijo nada porque no sabía qué decir, y del otro lado demoraron unos segundos en hablar.

—¿Quién habla?

La voz de mujer mayor desconcertó a Gretel.

—Soy Gretel... Perdón, ¿es el teléfono de Esteban...?

—Sí. Soy su abuela.

—Ah... Buenas noches... Disculpe... perdón por la hora, pero intenté comunicarme con Esteban más temprano... ¿Está Esteban? —balbuceó Gretel. Y a medida que hablaba la angustia le fue comiendo la voz.

—Esteban no va a poder hablar con vos.

Gretel se había erguido sobre la cama y miraba por la ventana. El Taunus continuaba ahí. Ella continuaba ahí. Tenía el teléfono en la mano, junto a su cara.

—¿Qué pasó?

—Lo mejor va a ser que te olvides de él. Ya es suficiente, ya no tienen que hablar más...

—Dígame qué pasó, por favor.

Del otro lado del teléfono, la abuela de Esteban hizo silencio. Esperó. Y solo cuando escuchó los sollozos de Gretel cortó la comunicación.

Gretel sollozaba, efectivamente. Y durante largos minutos lo hizo, buscando el llanto, y buscando la razón para ese llanto. Pero no encontró ninguna de las dos cosas, enmudecida por una sensación de fatalidad. No intentó volver a llamar. La voz del otro lado había sido calma e imperiosa. Y sabía que no podría soportar escuchar la voz de Esteban en el contestador. ¿No hablar más? ¿Qué significaba eso? Con desesperación busco en su memoria la última conversación con Esteban, pero no podía recordarla, era una más entre tantas. A su alrededor, la casa crujía, las personas, los desconocidos que dormían en la casa crujían, y ella había empezado a crujir también, podía escucharlo. Cerró los ojos con fuerza y cuando los abrió buscó en la calle la figura del Taunus abandonado. Lo miró largamente. ¿Crujiría él también? Gretel, encontrando el llanto por fin, decidió creer que no, que esa sombra quieta y silenciosa estaba ahí para escucharlos a todos, para que los ecos dejaran de confabularse en los rincones y murieran en él.

Después de intentarlo una docena de veces, el Pampa consigue que la moto arranque. Ahogado por el frío, el motor lanza primero una serie de estampidos que se parecen a disparos. El Pampa espera que la moto se estabilice y que su sonido deje de escandalizarlo. Él ha sido el que la ha hecho arrancar, sí, pero el ruido lo perturba igual, lo pone en evidencia. Porque además, ahora, en algún momento, de pronto el silencio se ha vuelto también quietud, y el Pampa se da cuenta de que ha dejado de nevar. No le gusta que pasen esas cosas. Que empiece o deje de nevar sin que él reconozca el momento exacto en que eso ocurre. El comienzo y el fin de la nieve son dos cosas que ya han sucedido. Dos instantes que no existen.

—Paró la nieve —dice el Pampa, subido a la moto. Eso lo ayuda a ordenarse, le permite avanzar.

En los primeros doscientos metros el Pampa logra evitar varias caídas. El camino de tierra está cubierto por una capa de nieve blanda en la que la moto se hunde y resbala. Hay barro y hay pastos quebradizos, congelados. En el primer cruce que encuentra ve que por el camino ha pasado algún vehículo, y el Pampa dobla para aprovechar la huella de nieve apisonada que han dejado sus ruedas. Logra asentar la marcha y acelera un poco. El viento helado le irrita la cara. No sabe a dónde lleva ese camino, pero tiene la esperanza de que desemboque al menos en una ruta provincial. Con eso le alcanzaría para orientarse. Sigue la huella durante varios kilómetros. Concentrado en el camino, no intenta reconocer los campos que atraviesa. Sabe, además, que intentarlo sería un esfuerzo vano. La llanura por la que avanza es un territorio sin memoria, reluciente. Las pocas construcciones que ve en la distancia parecen haber surgido de la nada y parecen, igualmente, a punto de disolverse en ella. Hay cierta gallardía en esas casas solitarias, en las columnas de humo que se elevan de sus chimeneas. El Pampa las ve con el refilón de los ojos, las respeta, pero no les dedica ningún pensamiento. Podría desviarse y detenerse en alguna a preguntar en dónde está, pero no lo hace. Teme desviarse, no sabe si sería capaz de hablar, de mantener una conversación con otra persona que no sea la Directora. Teme también encontrarse con una casa vacía, con un fuego encendido. ¿Podría resistir la tentación de quedarse para siempre? El Pampa no quiere pensar en esas casas, pero no puede evitarlo. Y al hacerlo descuida el camino. La moto resbala sobre la huella y cae. El Pampa logra saltar y evita quedar abajo. Caen por separado. El Pampa de un lado y la moto del otro, en el medio, la huella. Las ruedas de la moto siguen girando un largo rato y el Pampa las mira girar. La caída no fue grave, apenas se dobló una mano, pero tarda en levantarse. Hasta que las ruedas no dejan de girar, el Pampa no se

pone de pie.

Esta vez le cuesta solo dos patadas arrancar la moto. Se afirma en la huella y acelera. Ya no piensa en las casas, ya no las ve. Solo ve el camino y busca. Desde el suelo, después de la caída, pestañeó varias veces como si la vista se le hubiese nublado. Se frotó los ojos, incluso, hasta que dejó de hacerlo. Miró el cielo. Las nubes estaban más oscuras. Ya no encandilaban. El Pampa miró la hora y le costó aceptar que ya fueran las cinco de la tarde. No faltaba mucho para que oscureciera. Por eso ahora solo mira el camino. Quiere ganarle al anochecer. Tiene que encontrar una ruta antes de que el día termine.

Cuatro kilómetros más adelante, vuelve a encontrarse con un cruce. Se detiene e intenta evaluar si le conviene seguir derecho o doblar. En eso está cuando percibe en la distancia un punto negro que crece hasta transformarse en una camioneta. La ve avanzar durante un largo rato, tambaleándose sobre el camino cubierto de nieve. La camioneta ha crecido ante sus ojos pero avanza tan lentamente que pareciera que no va a llegar nunca. El Pampa se impacienta, siente que ya debería haber llegado. Ante ese paisaje extraño no sabe calcular las distancias. Ante ese paisaje extraño, su mirada se vuelve supersticiosa. Está cerca, está lejos. Si la mira, no va a llegar nunca, si mira el cielo, la noche se le va a venir encima. Para controlar su ansiedad el Pampa cierra los ojos y deja que el ruido del motor lo guíe. Ya está cerca. Un poco más. Todavía no. Cuando el Pampa abre los ojos la camioneta ya está a menos de doscientos metros. Ahora que la tiene tan cerca puede ver lo lento que avanza. Es una vieja Ford descolorida por la intemperie. La camioneta llega hasta el cruce y se detiene. Un hombre se asoma por la ventanilla.

—Buenas noches, oficial.

Consternado, el Pampa mira el cielo. No responde más que con un movimiento de cabeza.

—¿Está buscando alguna chacra en particular, oficial?

El Pampa no quiere parecer perdido. Si el hombre no nombra la nieve él tampoco lo va a hacer. Mira la enorme cabeza que asoma por la ventanilla. Es como la cabeza de un jabalí. Mandíbula, pelo hirsuto y escaso, ojos chicos. En la cabina de la camioneta el cuerpo gordo del hombre rebalsa de sombras.

—Estoy yendo para la ruta —dice el Pampa.

El hombre asiente, respira de manera ruidosa. Mide algo con la mandíbula.

—Ya está cerca, entonces. Derechito cinco kilómetros más —dice, y señala hacia atrás, el camino por el que venía.

El Pampa agradece y lo ve partir. La camioneta desaparece mucho más rápido de lo que tardó en aparecer. Cuando ya la ha perdido de vista, se pone en movimiento. No dobla, no toma el camino por el que venía la camioneta. No le hace caso a las indicaciones del hombre.

Después del viejo Norton, de su cara reseca, amarilla e inolvidable, cada vez que conocía a alguien, Orlosky se preguntaba si sería capaz de matarlo. No era una pregunta morbosa, era una pregunta científica. O lo más cerca que Orlosky podía estar de una pregunta científica. Les miraba la frente, el puente de la nariz, la forma de las cejas y la línea invisible que las unía, como si ahí hubiese algún tipo de cifra que decidiera la suerte de las personas. Nuevos jefes, compañeros de trabajo esporádicos, camareras indiferentes, prostitutas indiferentes o dueñas de pensión indiferentes, médicos o enfermeras que lo atendían en las guardias de los hospitales cuando no soportaba más el dolor. A veces le parecía que no y otras que sí. Cuando la respuesta era “no”, Orlosky lo aceptaba y se olvidaba enseguida. Pero cuando la respuesta era “sí”, la pregunta quedaba latiendo en sus sienes, un dolor físico más, un nuevo nudo en su cuerpo lleno de nudos. No era que se sintiera tentado a hacerlo. Quería imaginarlo y no podía. La imaginación era para Orlosky un lenguaje obtuso. Podía decirse frente a la camarera de un restaurante de ruta que veía por primera vez: “A esta hija de puta le quebraría el cuello como una gallina”, pero no podía imaginarlo. No podía ver sus manos sobre su cuello, sentir la presión, la resistencia, el crujido definitivo. Además, ¿cómo llegar a esa situación? ¿Cómo acceder a la intimidad necesaria? Su mente se vaciaba y entonces, culposos y avergonzados, tenían que hacer un esfuerzo para seguir haciendo lo que estaba haciendo, seguir comiendo y mirando la televisión, la ruta por la ventana, cualquier cosa que lo sacara de ese momento de desconcierto.

Todo era culpa del viejo Norton, de su voz cascada, de sus ojos transparentes. Algo le había hecho ese hombre. Pasaba noches en vela esperando que el viejo volviera a aparecer. Quería recuperar esa sensación de liviandad, ese extraño y perturbador bienestar. ¿Lo mataría si volviera a verlo? ¿Desearía matarlo? Las manos de Orlosky ahí sí retorcían el aire con precisión, sin odio, meticulosas y quirúrgicas. Las manos le hormigueaban, su voluntad se tensaba, y podía ver la cara de Norton en una mueca tan precisa y sin odio como sus manos, sin miedo, como si estuviera investigando él también. A veces, incluso, cuando la imagen se volvía insoportable, Orlosky se tomaba su propio cuello con las dos manos en la oscuridad de alguna habitación cualquiera. Apretaba un poco y se sorprendía ante el grosor. No, no era como retorcerle el cuello a una gallina. Pero con Norton sí. Con Norton hubiese sido así. A Orlosky le costaba creer que el viejo no volviera a aparecer. No golpeara una vez más a su puerta con una botella de whisky en la mano. Y sin embargo era así. El viejo no aparecía y Orlosky se quedaba con el peso de su cuerpo sobre los colchones vencidos y húmedos.

Todo eso fue así hasta que una mañana de octubre, desde la pinturería en la que trabajaba en Trenque Lauquen, lo mandaron a poner una membrana impermeable en el techo de una escuela rural. Era un trabajo que a Orlosky le gustaba hacer. Estar solo sobre un techo. En los techos Orlosky podía sentirse más pequeño. Y el resplandor de la membrana plateada en un día de sol le dejaba un hilo de luz en los ojos que lo acompañaba varias horas. Al llegar lo recibió una maestra muy joven, a la que nunca mataría y a la que olvidó enseguida. Trabajó todo el día entre el griterío de los recreos y el silencio de las horas de clase. Un rato antes del atardecer bajó. Encandilado, se dejó guiar hasta la Dirección. Lo hicieron pasar. Pestañeó varias veces en la penumbra del cuarto, intentando prestar atención a lo que la Directora le decía mientras le entregaba el pago. Orlosky asintió por las dudas, dejó que las manchas se desvanecieran, vio a la mujer finalmente y volvió a asentir. Pero esta vez no lo hacía ante sus palabras, lo hacía para sí mismo. Frente a él estaba la Directora. Una mujer de pelo lacio, gris. Debía tener unos sesenta años. Orlosky dijo que sí y la mujer, que había vuelto sobre los papeles de su escritorio, lo miró.

—¿Sí qué?

Orlosky, confundido, dejó escapar una especie de queja. Sí, podía matarla. Y no solo podía matarla, sino que además podía imaginarlo. Vio sus manos rodeando el cuello fino, de tendones visibles y armoniosos. Vio la cara inquisitiva de la mujer, su mirada sin espanto. Sí, podía retorcerle el cuello como el pescuezo de una gallina. Orlosky carraspeó y se fue sin contestar, apurado. Ya en la ruta, cuando pudo tranquilizarse, reconoció entre las piernas el peso doliente de la erección. Supo que volvería a buscar a esa mujer. Supo, mientras manejaba su viejo Renault 12 como si de pronto flotara en la llanura, que se volvería su esclavo.

Una vez que encuentra la ruta, el Pampa recupera la orientación. Le cuesta un poco creer que solo esté a setenta y cinco kilómetros de Trenque Lauquen, pero es lo que dice el primer cartel que se cruza. Está sobre la ruta nacional N° 5. En el próximo cruce, debe tomar la ruta provincial N° 32. Después de la segunda curva, a unos veinte kilómetros, ya podrá divisar la escuela y los eucaliptos que la demarcan.

Lo que sigue es fácil. Demasiado fácil. El Pampa de pronto siente la incredulidad del vértigo. Todo lo vivido desde la noche anterior no puede ser real. El cuerpo de Gretel Castellanos, Orlosky, la persecución, el casco de estancia, los entierros. O en todo caso no es real lo que enfrenta ahora. La ruta que conoce. El paisaje que conoce y que aparece ante sus ojos irritados por el viento y el frío. Ante ese paisaje, el Pampa vuelve a ser el policía que es y se sabe culpable. Ha enterrado a un hombre vivo. Ha ocultado un crimen. El Pampa acelera tratando de dejar todo eso atrás. Quisiera pasar de largo, quisiera no tener que enfrentar a la Directora, ser como una de esas balas que colecciona en el cajón de su mesa de luz. Pero ¿hay una mesa de luz, un cuarto detrás de una casa a medio construir, un carnicero que no parece carnicero? El Pampa Asiain acelera y se afirma como un equilibrista sobre la escarcha del asfalto tratando de encontrar algún final más allá de todo. Pero está la llanura. Por donde mire está la llanura. Y la nieve.

Para cuando alcanza el cruce, el Pampa ya ha tenido que encender la luz de la moto. El atardecer ha avanzado sobre todo y la única resistencia la imponen los campos iridiscentes. El Pampa disminuye la velocidad para tomar la ruta provincial y luego vuelve a acelerar. Está orientado, el Pampa, sabe dónde está y a dónde va. Ahora que no está perdido, es como si hubiera perdido algo. Por más rápido que vaya, por más que el viento helado lo aturda y el riesgo que corre sobre el asfalto mojado lo mantenga atento, no puede evitar la tristeza. No puede evitar esa combinación extraña de culpa e incredulidad. Pasa la primera curva y en las sombras ya divisa a lo lejos la segunda, el recodo arbolado. Pero antes de llegar la moto comienza a corcovear, y la incredulidad del Pampa se vuelve práctica: de pronto se da cuenta de que se está quedando sin nafta. La moto desacelera bruscamente y el Pampa no puede controlarla. Pisa la banquina, resbala y se entierra en la nieve acumulada. Caen lentamente, la moto y el Pampa, caen sin ruido ni dolor. Exhalando un vapor helado que le nubla la vista, el Pampa se queda mirando el cielo un largo rato. ¿Eso que se ve detrás de las nubes ya es la noche, otra vez la noche? El Pampa está tratando de entender el nuevo estado de cosas cuando la radio suena,

crepita. El aparato está tirado a unos metros de él y, en la oscuridad creciente, es como un escarabajo gigante y negro. El Pampa vence la aprensión, la agarra, la mira.

—... Pampa... Pampa, la reputísima madre que te parió... ¿Dónde carajos te metiste, Pampa?...
... .. Pampa, acá Parra. No sé si podés escuchar. ¿Me escuchás? Sí, me escuchás y te hacés el boludo... Pampa... Pampa... Las líneas de teléfono no andan, no se escucha nada en la radio, así que no sé si me podés escuchar. Esta nieve de mierda, Pampa. No me gusta la nieve... ..
Pampa, acá Parra... .. Acá Parra, Pampa...

Durante un par de minutos, el Pampa escucha los intentos de su compañero del destacamento. La radio crepita y hay largos silencios. Se imagina a Parra frente al micrófono de la base, solo, aburrido, desesperado. Es como si estuviera a la deriva. Como si fueran el destacamento y todo el pueblo de Monge los que estuvieran moviéndose en la oscuridad, alejándose, perdiéndose. Cuando Parra deja de intentarlo el Pampa se pone de pie. Todos se han perdido. Todo y todos están muy lejos salvo la escuela y la Directora. Ya ni siquiera sabe para qué quiere encontrarse con ella, pero no hay nada más que hacer. Busca la linterna y la enciende. Abandona la moto y vuelve a la ruta. Camina hacia la próxima curva. Son unos quinientos metros y para cuando llega, la noche ya está ahí. La noche también ha llegado a la curva. La masa de árboles que a la distancia parecía compacta se abre y deja entrever la escuela y su cerco de eucaliptos a unos trescientos metros más allá. Por las ventanas del edificio principal se ven luces encendidas. El Pampa sigue caminando. Pero ya no lo hace por la ruta. Atraviesa un alambrado y avanza entre las plantas de soja, más verdes y más oscuras que nunca, resplandecientes, como si la nieve las hubiese dotado de una extraña vitalidad, una conciencia. Las plantas de soja alineadas brillan en la penumbra, las hojas parecen ojos cerrados. Y el Pampa avanza entre esos ojos que son ojos pero que no ven, fija la vista en la escuela, en las luces de las ventanas. Todavía no ha visto ninguna sombra, ninguna figura, pero sabe que lo esperan. ¿Qué otra cosa podría hacer la Directora más que esperarlo a él?

A la luz de un par de velas, sentada frente a su escritorio, la Directora acomodaba papeles y apilaba carpetas. La tormenta ya había pasado un par de días atrás y además de esa sensación de vacío que dejan en la llanura los grandes vendavales, había dejado la escuela sin luz. El viento en los altos eucaliptos del perímetro era lo único que se escuchaba mientras la Directora acomodaba papeles y apilaba carpetas. La escuela estaba vacía. Salvo la Directora, solo estaba Orlosky, que había ido para arreglar el viejo generador a nafta y que ahora se inventaba tareas en la oscuridad para quedarse a pasar la noche con ella. Cuando el colectivo de las 20.30 apareció en el horizonte de la ruta, la Directora levantó la cabeza para escucharlo. No esperaba nada de él, pero escucharlo pasar era una excusa como cualquier otra para levantar la vista de los papeles, para mirar por la ventana, para ver la ausencia del árbol. Y mirando la ausencia del árbol fue que percibió, con una nitidez doliente, que el colectivo se había detenido. Nitidez y dolor. Así que eso era el presente. El viento le trajo la frenada y el traqueteo del motor. El suspiro mecánico de la puerta. “Es ella”, pensó la Directora. Escuchó el viento, los eucaliptos, lo que el viento y los eucaliptos escondían. “Es ella”, volvió a pensar. La primera vez hubo asombro. La segunda, no hubo nada, un pensamiento escuálido que se le escapaba como tantas cosas últimamente. Tomó una de las velas y cubriéndola con la mano atravesó el pasillo resonante y oscuro. Sus pasos, en ese pasillo, parecían los de ella, la que venía, no los suyos. Salió al patio delantero, buscó en las sombras. El colectivo se alejaba ya por la ruta y la Directora se distrajo viéndolo perderse en la distancia, las luces traseras, diminutas, corcoveando hasta desaparecer. Escuchó los pasos de Gretel sobre el pedregullo antes de verla.

—Buenas noches.

Estaban una frente a la otra, con la vela que el viento había apagado en el medio, una negrura reciente en la mano de la Directora.

La Directora tardó en responder porque creyó que la que había saludado era ella.

—Buenas noches —insistió entonces Gretel—. Soy...

—Ya sé quién sos. Y no tenés nada que hacer acá. ¿Qué hacés acá?

La Directora intentaba hablar con firmeza, pero su voz en el viento y en la noche le parecía la de una mujer vieja. El viento, la noche, los eucaliptos, el olor del barro también, su voz. No quería hablar. No quería envejecer así.

—Disculpe, no quería venir, no quería molestarla. Pero es que Esteban no me contesta y en Rojas no saben nada de él...

—No hay nada para saber.

—Señora. Necesito saber dónde está. ¿Por qué no me lo dice? ¿Qué gana con hacerme esto?

—Yo no te estoy haciendo nada. No tengo nada para decirte. Si Esteban no te dijo nada, yo no puedo decirte nada...

Las separaba apenas un metro. Las dos tenían frío, las dos estaban cansadas, las dos sentían la tierra en los dientes y los labios resecos. El viento las despeinaba. Les agitaba las ropas. Durante largos minutos permanecieron una frente a la otra, en esa oscuridad inquieta, en silencio. Las dos esperaban. La Directora habría podido decir la verdad, también habría podido mentir, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Gretel podría haber presionado más, amenazado, preguntado si Esteban había huido con otra mujer, si estaba muerto, cualquier cosa, pero tampoco lo hizo. Permanecieron mudas y quietas, casi distraídas. Casi. La Directora en algún momento se preguntó qué estaba haciendo ahí con esa vela apagada en la mano, quién era esa chica, cuál era su desafío. ¿La chica tenía los labios pintados de rojo? Gretel, al mismo tiempo, se preguntó algo parecido, solo que no pensó en desafío y lo que tenía en la mano era una mochila con ropa. Una vela apagada en la mano, una mochila con ropa en la mano. ¿Quién tenía la vela, quién el bolso? ¿Quién los labios pintados? Las había ganado la desazón. No sabían salir del instante en que estaban. El instante era una trampa. Y lo intentaban, ahí en la oscuridad ventosa, lo intentaban. Pero solo encontraron la desazón. La vela apagada en la mano, la mochila con ropa en la mano. Y después ya no. Una de las dos dejó caer un insulto. Y una de las dos le pegó un cachetazo a la otra, un cachetazo que no llegaron a escuchar aturcidas por el viento como estaban. La cachetada se repitió y luego fue devuelta, y en un segundo las dos mujeres rodaban por el piso. No hubo gritos ni más insultos. Mientras las mujeres se atacaban, se herían con torpeza, solo se escuchaba el viento sobre la línea de eucaliptos. Más que pelear, con las manos crispadas, parecían querer desgarrar la piel de la otra para esconderse adentro. Finalmente Gretel se impuso. Se puso de pie y la Directora quedó en el piso, resollando. Y entonces la figura negra de Orlosky cayó como un rayo sobre ella y la derribó. Nitidez y dolor no es lo mismo que dolor y nitidez. La Directora vio cómo la sombra de Orlosky estrangulaba a la sombra de Gretel, y fue como si las manos del gigante estuvieran también sobre su cuello. No podía hablar, no podía respirar. “Sí”, alcanzó a decir. Solo unos segundos. Unos segundos, nada más. El viento incansable sobre la línea de eucaliptos. Y el corazón del instante latiendo en los oídos, quedándose para siempre.

Como un animal que acecha, el Pampa rodea a la distancia el edificio principal de la escuela. Pero el Pampa no es un animal que acecha. La noche es oscura y el resplandor de la nieve dota al aire de una claridad negativa. Ese aire le trae las voces destempladas de algunos chicos, carcajadas que tintinean y oscurecen su convicción. El Pampa no es un animal que acecha. Es un animal que duda, que camina en círculos casi perfectos y duda. Por una de las ventanas iluminadas ahora puede ver las figuras inquietas de una veintena de chicos sentados a la mesa en un salón amplio. Están cenando. El Pampa los ve y no puede evitar preguntarse qué hacen esos chicos ahí. Sigue, los pierde de vista, contra toda lógica espera que en la vuelta siguiente ya no estén. Pero estarán, el Pampa intuye que estarán. Y para colmo ni rastros de la Directora. En las vueltas previas vio, en el salón comedor, por la ventana, a dos mujeres, pero está seguro de que ninguna es la Directora. “Una vuelta más”, se dice el Pampa, una y los chicos ya no estarán. Y sin embargo después de diez vueltas siguen estando. Está tan cansado el Pampa que por un momento se siente tentado de dejar todo ahí, todo como está. Olvidarse de la Directora. Pero ¿cómo olvidarse del alguien que no se ha visto nunca? ¿Y qué significa dejar todo como está? Sostenido por el deseo de ver a la Directora completa la vuelta número once. Y cuando lo hace ve que si bien las luces del salón comedor siguen encendidas, los chicos ya no están. Solo las dos mujeres. Levantan la mesa y parecen tentadas, se ríen con los platos y los vasos usados por los chicos en las manos, como si hicieran equilibrio, como malabaristas a punto de comenzar su acto. A pesar de que los chicos ya no están visibles, el Pampa no se detiene. Sigue caminando, contemplando a las dos mujeres, sus figuras recortadas en el rectángulo de luz, corriéndose hacia el borde a medida que él anda. Solo se detiene cuando aparece la tercera mujer. El Pampa no necesita que las otras dos dejen de reírse, no necesita notar que sus espaldas se yerguen y envaran, para reconocer a la Directora. Es ella, no cabe duda.

Durante varios minutos las mujeres hablan. Intercambian ideas, afirman, no hacen malabares. El Pampa está lejos todavía para distinguir con claridad los rasgos de la Directora, y a riesgo de ser descubierto, se acerca. Algo extraño ocurre con esa cara. Porque mientras las dos maestras se le vuelven discernibles, la cara de la Directora permanece en el borde de la indefinición. Es como la cara de un sueño viejo. Está ya muy cerca de la ventana cuando las otras dos mujeres salen de la habitación y la Directora se queda sola, revisando que todo esté en orden. Da unos pasos, se agacha y levanta algo del piso. Vuelve a mirar y luego apaga la luz y sale. En la escuela entonces se destacan otras luces encendidas, pero al Pampa le resulta difícil saber qué habitaciones son

esas. Ha llegado hasta la ventana y mira en la oscuridad el comedor vacío. Por un momento baraja la posibilidad de intentar entrar por ahí, pero enseguida la descarta. Él no es un ladrón. Ya no está seguro de si es un policía, pero un ladrón seguro que no es. Casi pegado a las paredes de la escuela, vuelve a darle la vuelta. Frente a cada ventana el corazón le late con más fuerza. Pasa frente a varias aulas oscuras. Hay luz, pero siempre está en otra parte. Como si estuviera en el centro del edificio. O como si alguien moviera la luz para que él no pudiera encontrarla. El edificio, ahora que lo rodea de cerca, le parece mucho más grande, más profundo. La próxima ventana se ve más oscura. Se detiene frente a ella. Efectivamente, en esa habitación no se percibe el foco de luz, no hay resplandor alguno salvo el que entra por la misma ventana frente a la que el Pampa se ha detenido, esa extraña claridad negativa de la noche que proviene, o parece provenir, de la nieve. Tarda unos segundos en que sus ojos se acostumbren a la penumbra. Cuando lo hacen siente el impulso de esconderse, pero no se mueve. Del otro lado hay dos largas hileras de camas con chicos acostados que se pierden en las sombras. Los chicos parecen todos dormidos, pero el Pampa sabe, lo sabe con el cuerpo, que no todos lo están, y que alguno de ellos, quieto y aterrorizado en su cama, lo está observando. Si se moviera, si ahora se ocultara, no sería más que un hombre que espía y se esconde. Una criatura furtiva que haría que el chico se levantara y despertara a todos con sus gritos. ¿Cuál de todos será, cuál el que está despierto? Si se queda, el Pampa también lo sabe con el cuerpo, sostendrá el espanto y obligará a ese chico a cerrar los ojos, a negarlo con todas sus fuerzas. Él sabe de eso. El Pampa sabe de eso. Y por eso permanece quieto frente a la ventana, recortado en esa claridad divergente. El Pampa es así el fantasma exacto de las pesadillas del chico, un muñón, un nudo de tiniebla que concentra todos sus miedos. El Pampa es el fantasma del chico pero también es el suyo propio, y tiembla de pavor porque eso es lo único que hacen los fantasmas. Temblar y quedarse.

O nitidez o dolor. Gretel, al buscar el aire, al intentar desesperadamente respirar, sintió el profundo y viejo olor del cuerpo de Orlosky. El sudor agrio y laborioso pero también el sudor de un hombre enfermo, débil, que sin embargo tenía la fuerza suficiente para matarla. Gretel no pensó todo esto, no pensó nada. Pero de alguna manera antes de morir llegó a aceptar que ese olor violento, ácido y antiguo debía ser el olor de la muerte. Solo que no murió. Un rato más tarde el ardor del aire en los pulmones le hizo abrir los ojos. Pestañeó como si los párpados se le quebraran. La oscuridad era total. El olor, el mismo olor de Orlosky estaba ahí, asfixiante. Ya no era el olor de un cuerpo, sino el olor del mundo. Gretel intentó moverse y no pudo. Con las manos recorrió los límites estrechos, pero no reconoció que estaba en el baúl de un auto hasta que escuchó las voces.

—No quiero que la entierres. Colgala de un árbol.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que la cuelgues de un árbol.

El silencio concentrado, desafiante, duró unos segundos, hasta que la voz del hombre claudicó.

—¿Dónde?

—No me importa dónde. Lejos. Donde la encuentren otros...

—No sé... tendríamos que enterrarla.

—Te dije que no. Que se encarguen otros. Cada uno se tiene que hacer cargo de sus muertos y ella no tiene nada que ver conmigo ni con vos. ¿O la conocés, acaso, sabés cómo se llama, sabés algo de ella? No sabés nada. Yo no sé nada.

—Es una chica...

—Es una chica y vos la mataste. Colgala de un árbol, te digo. Andate. Llévatela y no vengas más. No te quiero ver más.

Unos pasos sobre la grava y el silencio del viento, de los eucaliptos. La abuela de Esteban se había marchado. El hombre había quedado solo. Gretel podía sentir su presencia.

—Hija de puta... Te tendría que haber matado a vos... —sollozó, protestó Orlosky.

Gretel estaba paralizada, encandilada por esa oscuridad que la oprimía. ¿Hablaban de ella? ¿Era posible que estuvieran hablando de ella? ¿La habían matado, estaba muerta, la creían muerta, la matarían? Con los ojos muy abiertos buscó un resquicio de luz, un lugar al que dirigir el grito que sentía atrapado en la garganta. Pero no había. La oscuridad era perfecta. Era lo más perfecto que Gretel enfrentaba en su vida. Quería moverse y lo único que lograba hacer era

temblar. Y temblaba tanto que tardó en darse cuenta de que el auto se había puesto en movimiento.

El Renault 12 avanzó por el ripio. Al subir a la ruta el barquinazo hizo que Gretel se golpeará la cabeza con la rueda de auxilio. Sentir su cuerpo la despabiló. Las lágrimas densas se le amontonaban en los ojos y estallaban ante cada pestañeo. El auto agarró velocidad. Por algún resquicio el aire de la noche se filtraba y revolvía los olores del encierro. El ruido del motor la aturdí y cada tanto, desde muy lejos, le llegaba la voz del hombre. Una queja inarticulada que la llenaba de esperanza y espanto. El viaje fue largo, y mientras el deslizarse parejo de la ruta se lo permitió, Gretel intentó recuperar el dominio. Tenía que lograr que sus manos le respondieran, deshacer el nudo en la garganta. Cerró los ojos para no ver esa oscuridad abrumadora y pensó, pensó con fuerza, con todas las energías que tenía. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Gritar, pedir auxilio, pedir perdón, esperar? ¿Hacia dónde estaban yendo? ¿Por qué le hacían lo que le hacían? Las preguntas se repetían y por más que lo intentaba no encontraba respuestas. Lo único que quería era gritar. Gritar hasta que el grito borrara todo lo demás. Pero el grito era una piedra en la garganta y ella era una piedra en la oscuridad perfecta del baúl y el auto era una piedra deslizándose en la órbita negra de los campos.

Un tiempo después, incalculable para Gretel, supo por los sobresaltos del camino que estaban llegando al final del recorrido. Habían bajado de la ruta y ahora recorrían un sendero accidentado. Gretel se cubrió la cabeza con los brazos para evitar los golpes. Y entonces pudo llorar, pudo gemir, darse cuenta de que ya lo estaba haciendo. El trayecto fue corto y cuando el auto se detuvo Gretel se tapó la boca con las dos manos. Intuía que no debía hacer ruido. El hombre bajó del auto. Entre quejas, caminó hacia algún lado, después hacia otro. Dejó de hacerlo. Estaba lejos. Estaba cerca. No estaba en ninguna parte. La llave girando en la cerradura del baúl tomó a Gretel por sorpresa. Quiso cerrar los ojos y no pudo. La llave parecía girar adentro suyo, estaba dentro de su cabeza. Cuando el baúl se abrió y el aire de la noche le tocó la cara sintió un breve alivio. ¿A qué olía la noche? ¿A qué huelen las noches? ¿A qué olía esa noche? Gretel intentó por última vez cerrar los ojos, pero estaban irremediablemente abiertos. Necesitaba ver la cara de ese hombre y sin embargo no la vio. El hombre, Orlosky, solo fue una silueta gigantesca, negra, quejumbrosa, que se inclinó definitivamente sobre ella.

Frente a la ventana del dormitorio de los chicos, el Pampa decide que hay una sola forma de entrar en la escuela. Él no es un ladrón pero sí puede ser un fantasma. Y con la confianza de un fantasma se saca el camperón y luego tantea la ventana. Está trabada por dentro pero es una traba débil, vieja, falseada. No necesita empujar mucho para abrirla. Para lo que sí tiene que esforzarse es para encaramarse al marco. Es bajo, el Pampa, casi un chico, y hace lo que tal vez hacen los alumnos mayores que duermen ahí y se escapan en las noches de verano. Se apoya en el marco, pega un salto, pasa una pierna y después otra. Sentado sobre el borde, permanece un instante, se balancea y observa. Luego, con mucha suavidad, se desliza hacia el piso, que presiente de madera y es de madera. Mejor. El piso cruje ante su peso pero es un piso que cruje siempre. El Pampa cierra la ventana y luego mira con atención las hileras de camas. Todos parecen dormir, todos fingen muy bien. El Pampa recorre la habitación con paso lento y seguro, casi ceremonial. Las largas tablas de madera crujen bajo sus pies y eso de alguna manera lo protege. El Pampa sabe que entre todos esos chicos, uno, al menos uno, está despierto, los ojos cerrados con fuerza, la mandíbula apretada. Confía en él, deposita sus esperanzas en él. En el extremo de la pieza hay una puerta alta de dos hojas. El Pampa, con la misma descarnada convicción con que encaró la ventana, mueve el picaporte. La puerta se abre. Un chasquido y el chirrido de las bisagras. El Pampa ya está afuera del dormitorio y cierra.

Es un pasillo. Un corredor amplio que se extiende hacia la derecha y hacia la izquierda. Al final de las dos direcciones, con una simetría que lo desconcierta, salen sendas luces por el rectángulo de dos puertas abiertas de dos habitaciones del lado contrario al del dormitorio. El Pampa mira hacia un lado y hacia el otro. Se demora indeciso. Y entonces una luz se apaga y luego se apaga la otra. ¿Qué luz se apagó primero, la de la izquierda o la de la derecha? Por alguna razón, eso es muy importante para el Pampa. Y sin embargo, no puede saberlo. Confundido, permanece quieto en la oscuridad. Escucha. Busca en el silencio. Después de unos minutos, desde muy lejos, alcanza a escuchar un clic, como si alguien accionara una llave de luz. Y efectivamente, de algún lugar que no puede precisar, ahora llega al corredor una claridad muy tenue. Es algo casi imperceptible, un cambio mínimo en la penumbra, pero está ahí. Una extraña iridiscencia que más que el eco de una luz parece una anomalía de las sombras. El Pampa avanza en una dirección. Se detiene. Vuelve sobre sus pasos. De pronto desconfía. Siente que ese corredor no puede estar dentro de la escuela, de ese edificio solitario en la llanura y en la noche al que estuvo merodeando durante horas. No hace más de diez minutos estaba afuera, y sin

embargo ahora le cuesta creerlo. Hay algo en ese corredor que no está bien. No hay muebles ahí. La desnudez de ese pasillo es descorazonadora. Cualquier dirección que tome, vaya hacia donde vaya, el Pampa presiente que será la dirección equivocada. Pero tiene que tomar una decisión. Tiene que salir de ahí. Elige ir hacia la izquierda porque es en la mano izquierda donde ahora, se da cuenta, tiene la Beretta. El arma en su mano rompe el hechizo de la simetría. El Pampa avanza casi a ciegas, tanteando en la oscuridad esas manchas fosforescentes y sombrías que parecen no provenir de ninguna parte. Pero de algún lado provienen y hacia ese lugar se tiene que dirigir. Pasa junto a varias puertas cerradas. Llega hasta la puerta abierta por la que antes salía luz. Se detiene y la enfrenta. Del otro lado la oscuridad es más profunda, no puede distinguir nada. Podría usar la linterna pero no lo hará. El Pampa se ha encendido de sigilo y eso lo obliga a ser paciente. Espera, espera un largo rato. Escucha o imagina pasos, algún otro clic que no produce ningún cambio en el aire. Hasta que el aire cambia sin sonido alguno.

Por un instante no sabe de dónde proviene la luz. Dentro de la habitación que enfrenta percibe ahora muebles altos y oscuros. Bibliotecas. Entra. La habitación es mucho más grande de lo que creía. Y salvo las bibliotecas que cubren una de las paredes, no hay muebles. ¿Qué pasa en ese lugar? ¿Qué clase de embrujo es ese, esa casa enorme y vacía? En una de las paredes laterales, por debajo de una puerta cerrada, se filtra una línea de luz. Hacia ella se dirige el Pampa. Llega y apoya la oreja contra la puerta. Hay ruidos del otro lado. El Pampa ha hecho esto muchas veces, puede reconocer por la cadencia de los ruidos cuándo una persona está sola o acompañada. Los ruidos que hace una persona sola tienen una resonancia de roedor. Y eso es lo que escucha el Pampa ahora. Cuando se agacha para mirar por la cerradura, la luz se apaga, y el Pampa apenas alcanza a correrse. La puerta se abre y la Directora sale de la habitación. El Pampa la ve caminar en las sombras con una solvencia que le produce escalofríos. Porque ahora ve en las sombras. Porque ahora la oscuridad se ha abierto para él. La deja alejarse unos diez pasos y la sigue. La Directora avanza a oscuras, pero no a ciegas. En la pared contraria hay otra puerta. La Directora pasa y dobla hacia la derecha. A partir de entonces el Pampa pierde la orientación. Si tuviera que volver, no sabría cómo. Solo sabe seguirla a ella, que camina envuelta en la tiniebla, y que a través de habitaciones y pasillos va dejando las puertas abiertas, como si supiera que él está ahí, que él la sigue. Pocos muebles, manchas en el aire, rincones crecientes, la Directora por momentos se desdobra y el Pampa teme perderla. Pero no la pierde. Y finalmente llegan al final del recorrido, el Pampa lo sabe antes de entrar, casi pisándole los talones. La Directora ha abierto una puerta como si la puerta no existiera. Es la puerta de su pieza, de su dormitorio. El Pampa, adelgazado en la penumbra, se desliza hacia un rincón, junto al ropero. La Directora en tanto no se ha detenido en la habitación. Ha entrado a su baño privado, no ha cerrado la puerta, no ha encendido la luz. Luego de un largo silencio que envara al Pampa en su rincón, la Directora mea largamente en la oscuridad. Y el Pampa la escucha. Se tapa la boca con las manos. Se tapa los oídos. La Directora mea y mea en la oscuridad como si no fuera a terminar nunca.

Mover, empujar, atravesar con las manos transformadas en garras la tierra que lo cubría hasta encontrar la superficie. Primero fue solo un reflejo de los músculos en la apretada oscuridad, en esa tumba helada y húmeda que no era la suya. Él estaba vivo y la tierra estaba viva. Orlosky tanteó con aversión el peso que lo inmovilizaba. Era tierra suelta, porosa, y sus dedos lograron removerla. Sacudió la cabeza, tragó tierra, gruñó sordamente. Removió y removió pero era poco, muy poco lo que lograba. Orlosky no tenía el aire suficiente para insistir y no sabía qué tan lejos estaba la superficie. Podían ser escasos centímetros como podía estar sepultado en una profundidad imposible. Pero ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo algo podía ser imposible? Nada sabía Orlosky, ni siquiera que era Orlosky, que tenía un balazo en el hombro y que estaba enterrado sobre el cuerpo de Gretel Castellanos. Nada sabía y nada quería, y sus músculos sin oxígeno comenzaron a flaquear, espasmódicos. Y fue recién entonces, cuando estaba por claudicar, cuando estaba por entregarse a los calambres que lo habían acompañado toda la vida, que la escuchó. Era un rasguño débil, insomne, inconfundible. Un roce persistente ahí, bajo su nuca, junto a sus oídos. Orlosky por un segundo se quedó quieto, oyó. Rasguños de uñas que crecían, que no dejaban de crecer, que lo buscaban. Era ella. De pronto Orlosky supo dónde estaba, supo de quién era la tumba en la que estaba enterrado. El terror inundó su cuerpo de adrenalina y retorciéndose logró desprender la espalda del contacto con la lona que envolvía el cuerpo de la hija del ferretero. Siguió sacudiéndose con desesperación. Un largo quejido salió del fondo de sus pulmones cuando encontró el aire de la tarde. Un aire luminoso que lo cegó. Cuando logró desprender uno de los brazos comenzó a cavar para liberar el otro. Ya con el torso afuera, giró y se arrastró. Gemía, lloraba, bramaba. Se alejó de la tumba de Gretel Castellanos todo lo que pudo. Se dio vuelta y quedó boca arriba, sobre la nieve. El cielo resplandecía y él era un topo torpe y ciego. Con las manos agarrotadas cavó en el aire, sin fe.

Durante horas Orlosky no fue más que el fuelle agónico de sus pulmones. Su conciencia se sostenía en el resuello. A veces podía abrir los ojos. La degradación del cielo que él creía que era la muerte era solo el atardecer. Había caído ya, había terminado de caer. Y sin embargo todavía estaba ahí. Todavía tenía miedo. ¿Miedo a qué? A nada. Un miedo vacío, puro, sin causas ni consecuencias, que lo mantenía atento. Había cosas muy lentas como ese cielo gris y distante, y había cosas de una velocidad desgarradora como las puntadas que le recorrían el cuerpo. Tragaba aire, jadeaba, abría o cerraba los ojos. Por momentos Orlosky sentía que su cuerpo se había vuelto inmenso, gelatinoso, inamovible, tan grande que ni siquiera podía estar seguro en dónde

terminaba. Y enseguida sentía lo contrario. Su cuerpo se había contraído, se había encogido como una raíz reseca que se quebraba en miles de astillas microscópicas. Con el poco asombro que le quedaba, mientras la noche cubría los campos, se dio cuenta de que no solo sabía ser enorme, de que también sabía ser minúsculo. Y de que las dos cosas, estertores mediante, atormentaban por igual. La noche entonces cubrió los campos y lo cubrió a él. ¿A qué olía esa noche? ¿A qué huelen las noches? ¿A qué olía la noche? Sin proponérselo, Orlosky aguantó un par de horas más. El frío de la madrugada se lo llevó y el miedo quedó flotando un poco más.

Mientras la Directora se desviste en la oscuridad, el Pampa, en el rincón junto al ropero, vuelve a taparse la boca. Con las dos manos, con la Beretta. El dormitorio es pequeño y tiene una ventana con cortinas. La Directora, antes de empezar a desvestirse, ha descorrido las cortinas y ha mirado por la ventana. Luego ha tomado algo de la mesa de luz y lo ha mirado. Cuando la pantalla del celular se encendió el Pampa sintió que el corazón se le detenía, aún llevaba el teléfono de Orlosky en el bolsillo del pantalón. Pero la Directora lo dejó sobre la mesa de luz sin intentar llamar y se volvió hacia la ventana. La claridad de la noche, ese fulgor de los campos nevados, le dio a su cara, a su pelo suelto sobre los hombros, a su cuerpo flaco, una edad. Y el Pampa entonces recordó perplejo que él tenía edad también.

Ahora la Directora se desviste, se saca las capas de abrigos, se saca el delantal. Se sienta sobre la cama y desata los cordones de los zapatos. Se los saca, se saca las medias, se vuelve a poner de pie y se desprende y se baja el pantalón. Sus piernas son largas y pálidas, descarnadas. Debajo de la almohada la Directora saca un camisón perfectamente doblado y se lo pone. Se mete en la cama de dos plazas con cuidado, sin destender el otro lado, y se queda sentada con la espalda apoyada contra el respaldo. Por un segundo el Pampa se siente descubierto. La Directora parece estar mirando hacia su rincón. Está a punto de dar un paso al frente cuando reconoce lo que la Directora está haciendo. Está rezando. Es curiosa la manera en que la Directora reza. No reúne las manos, no baja la cabeza. La levanta apenas y murmura. Y es el murmullo, la cadencia de la oración lo que le revela al Pampa el rezo. ¿Reza con los ojos cerrados o con los ojos abiertos, la Directora? El Pampa no puede saberlo. Quisiera, pero no puede. Y entonces él cierra los ojos, se deja llevar por la oración, por el amparo monótono de las palabras que conoce. Cuando vuelve a abrirlos, la Directora ya ha terminado de rezar y se ha acostado. Su cuerpo se acomoda bajo las frazadas vuelto hacia la ventana. El Pampa escucha su respiración. Su ritmo lúcido, sin las pausas ciegas del sueño. Es la respiración de una mujer despierta que va a estar despierta por un largo tiempo. El Pampa siente que sus piernas se doblan pero no es el cansancio. Es la costumbre, el antiguo trabajo de la paciencia y la vigilancia. Primero se pone en cuclillas y luego se sienta, la espalda contra la pared, encogido en el rincón. A pesar del agotamiento, el Pampa no teme dormirse, sabe que no lo hará. Escucha atentamente la respiración de la Directora y acompasa la suya a la de ella. Ahora respiran juntos, la Directora y el Pampa. Despiertos. Con los ojos abiertos en la penumbra del cuarto. Sin buscar nada, sin esperar nada. Solos y perplejos ante tanta y tamaña soledad. Durante más de una hora permanecen así, hasta que el Pampa

percibe un cambio en la respiración de la Directora. Su manera de aspirar y espirar ha perdido discreción. La Directora respira profundamente, como hundida ya en el sueño. El Pampa entonces se pone de pie. Se acerca a la cama, la rodea. Se detiene junto a la cabecera y contempla a la mujer que duerme. ¿Duerme realmente o finge que duerme? No sabe si la mujer duerme o no, pero es mejor así, porque si lo supiera podría hacer algo irremediable. Es tan difícil creer en el sueño de los extraños...

El Pampa está ahí, de pie, junto a la cama, y siente que ya ha estado ahí, que siempre ha estado ahí. Se inclina sobre la mujer, persigue el olor untuoso de su cuerpo vencido. Ella está despierta y está dormida mientras el Pampa toma uno por uno los objetos sobre la mesa de luz, los palpa y los cataloga, y los vuelve a dejar en su lugar. El celular, un reloj despertador, una caja de pañuelos, un pote de crema que abre y huele. ¿Qué está buscando? ¿Está buscando algo? Apoya el último de los objetos con suma suavidad y se queda quieto. Muy quieto. Tanto que tiembla, se queda y tiembla. Cuando el temblor se le vuelve insoportable, el Pampa escucha el susurro de su propia voz:

—Voy a volver. Le prometo que voy a volver.

El Pampa se tapa la boca con las manos, con la Beretta, y da dos pasos hacia atrás. Se balancea, hace equilibrio. ¿Qué sigue ahora? ¿Qué equilibrio hay que hacer, cuál está hecho? “Voy a volver. Le prometo que voy a volver”, ha dicho el Pampa. Y la Directora, despierta y dormida, ha pensado “No te vayas”, ha pensado “Volvé”. Eso es lo que está hecho. De algún lugar de la escuela llegan ruidos, el cerrarse de una puerta, una pregunta que nadie responde, un pregunta hecha en sueños. El Pampa, antes de convertirse en fantasma para siempre, da media vuelta, abre la ventana y salta. Pegado a las paredes, da la vuelta al edificio hasta llegar a la habitación de los alumnos. Toma su camperón y se lo pone. Del otro lado de la ventana, en la oscuridad del cuarto, distingue a un chico de pie. No debe tener más de ocho años y lo está mirando. No parece tener miedo. El Pampa se lleva un dedo a los labios y le pide innecesariamente silencio, da media vuelta y se aleja. Al principio camina. Luego corre. La nieve y el barro le dificultan la carrera pero no se detiene. Corre hasta llegar a la ruta y continúa corriendo. El aire helado de la noche lo lastima por dentro y por fuera. Llega hasta donde está la moto, la levanta y la empuja. El retorno será lento. Le llevará toda la noche llegar hasta Monge, hasta su cuarto detrás de la casa de los Ré, pero el Pampa no duda que lo logrará. El suboficial ayudante Pampa Asiain sabe que llegará antes de que amanezca, que dormirá mucho y enfermará, que pasará largos y tediosos días de fiebre en que sentirá la presencia vacua del intruso rondando entre sus cosas. Sabe que luego sanará, que se repondrá y sin consecuencia alguna volverá a aburrirse en el destacamento junto al suboficial ayudante Parra, y que cada tanto irá al silo abandonado del viejo Molino Sáez, donde volverá a tocar la guitarra y a cantar las cinco canciones que conoce, mientras los ojos se le llenan de lágrimas. Y también sabe, ahora que todavía es de noche y hay nieve por todas partes y aún le falta mucho por recorrer, que,

triste, cruda, desconsoladamente, volverá a buscar a la Directora alguna vez.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

5. Irina

Ante el resplandor de las llamas, Irina niega con la cabeza. Tiene el ceño fruncido, la boca apretada. Parece preocupada, pero eso no dura mucho. Enseguida suelta su risa cristalina, contagiosa. Se palmea las rodillas con las manos. ¿A quién contagia su risa, Irina, en esta noche helada, en esta casa abandonada del otro lado de las vías? Con un palo de escoba acomoda el fuego sin dejar de reírse. Esta vez ha usado dos cruces blancas. Las últimas, según cree. Sin embargo eso no la preocupa. ¿Hay algo que la preocupa? Sí, hay algo, porque siempre hay algo que la preocupa aunque ella no se lo toma muy en serio. Hace un rato estaba pensando en sus hijas, tratando de recordar cuántas eran, si eran todas malas o había alguna buena, si todas tenían hombre e hijos. Pero cuando mira el fuego a Irina le cuesta recordar, le cuesta pensar en el pasado. ¿Hay algo que no sea esta noche espantosamente fría? ¿Hay algo que no sea esa nieve sucia que hay por todas partes? ¿Hay algo que no sea este fuego? Irina no lo cree. Es lo que hay, y para Irina está bien así. Sobre todo este fuego hecho con las cruces de los muertos. La pintura blanca se ha chamuscado ya, pintura blanca que al quemarse larga un humo negro y denso que la hace toser. Irina tose, se ríe y tose. Son las últimas cruces, ella lo sabe, pero también sabe que muertos hay todos los días, y que por lo tanto hay cruces nuevas todos los días, en todas partes, cruces como anclas que atan a los muertos a su muerte, que no los dejan olvidarla. La llanura es para ella un inmenso y alegre cementerio. Porque para ella la alegría tiene que ver con la distancia. Con estar cerca pero también lejos. Por un tiempo tendrá que volver con las arpías de sus hijas, tendrá que soportarlas a ellas, a sus maridos, a sus hijos. Hasta que la echen o decida irse. Y después podrá volver. O irá a otro pueblo creyendo que está en este. Y entonces tal vez, y solo tal vez, extrañe al muchachito. Al policía joven que cada tanto la visita y la reta. Es chiquito, el policía, y por eso tiene el pelo y los ojos muy negros. Así son las cosas. Es casi tan chiquito como ella. Tal vez lo extrañe, sí, y tal vez no. Tal vez ni se acuerde de él. ¿Sabe su nombre, por ejemplo? No, no lo sabe. ¿Y acaso debería tener nombre? Sí, debería, se lo merece. Cada tanto Irina aguza el oído, esperanzada. Cree escuchar el motor de la moto, pero solo escucha el silbido del viento. Ese silbido particular que hace el viento al atravesar las casas vacías de este lado de las vías. Irina piensa en el viento y acerca las palmas abiertas al fuego. Chasquea de satisfacción. Asiente. No hay fuego mejor que el que hacen las cruces de los muertos. Hay que aguantar nomás que se chamusque la pintura, que se vaya ese humo negro. Y después disfrutarlo toda la noche. Porque el fuego hecho con las cruces de los muertos dura toda la noche. Irina asiente, chasquea, ríe un poco. Y después deja de reír. Las llamas se han asentado, y cuando las llamas se

asientan ella se pone melancólica. Las tripas le hacen ruido, se inquieta. No es hambre lo que tiene. Afuera de la casa está ese caserío perdido en la llanura, y eso está bien, pero Irina todavía no sabe qué pensar de la nieve. Tiene... ¿cuántos años tiene? Ya no lo recuerda. Ochenta, noventa, cien, muchos en todo caso. No es la primera nevada que presencia, no es eso. Pero la nieve la confunde, le hace preguntarse cosas como la edad. ¿A quién puede importarle cuántos años tiene? Tal vez, solo tal vez, si ahora apareciera el policía, el jovencito de pelo negro y ojos negros, se sentiría mejor. Se le iría esta melancolía, le darían ganas de reírse, de contagiar. Irina sonríe de solo imaginarlo, mueve las manos sobre las llamas, chasquea de satisfacción. Y se olvida de lo que esa nieve le hace sospechar. Que en la llanura los vivos y los muertos se confunden fácilmente.

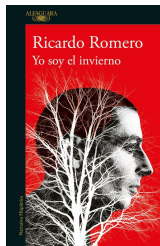
Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.

Yo soy el invierno.



«¿El frío es una cualidad del aire o el aire es una cualidad del frío? Increíblemente, el Pampa ve los primeros copos caer. Livianos, deshilachados, pero copos al fin. Está nevando».

El joven suboficial ayudante Pampa Asiain, recién salido de la escuela de policía, es destinado a un pequeño pueblo de provincia llamado Monge, un lugar aislado, con pocas casas y apenas algunos pobladores. El suboficial Parra, su compañero, le asigna tareas de patrulla cotidianas, como verificar las denuncias sobre pescadores furtivos en la zona de la laguna. Una tarde de invierno muy fría, a partir de una llamada, Pampa explora la zona y se encuentra con la escena de un crimen. Contrariamente a lo que se espera de él, no lo comunica y decide investigar por su cuenta. Pero ¿es eso lo que hace? ¿Investiga? ¿Y qué es lo que investiga? El suboficial ayudante Pampa Asiain espera, acecha, se deja llevar por sus intuiciones. Y lo que descubre es el lado más oscuro del azar, la versión más inhumana de la llanura.

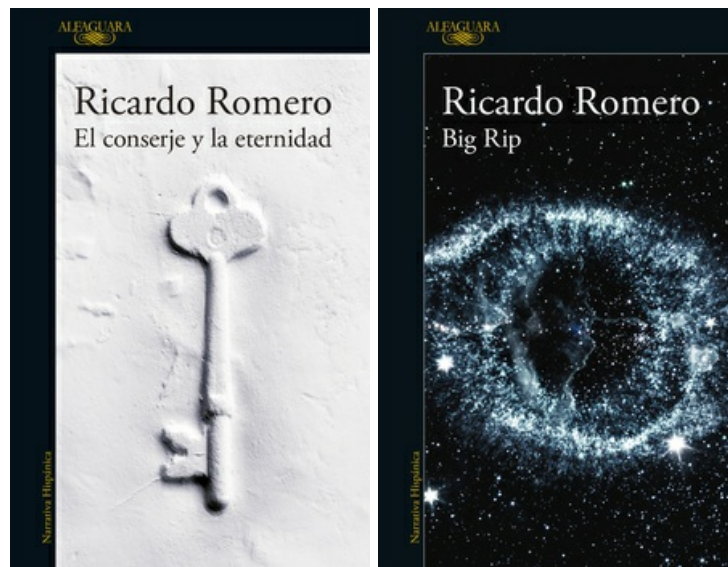
En *Yo soy el invierno*, Ricardo Romero nos ofrece un relato hipnótico y desgarrado sobre los fantasmas del miedo, la soledad y el abandono que nos rondan y a los que nunca es fácil ignorar.



RICARDO ROMERO

Nació en Paraná, Entre Ríos, en 1976, y desde 2002 vive en Buenos Aires. Es licenciado en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba. Fue director de la revista de literatura *Oliverio* entre 2003 y 2006 y editor de Gárgola Ediciones y Aquilina Ediciones / Negro Absoluto. Actualmente es docente en la Universidad Nacional de las Artes. Dictó cursos en la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y trabaja como editor free lance y guionista. Publicó el libro de cuentos *Tantas noches como sean necesarias* (2006) y las novelas *Ninguna parte* (2003), *El síndrome de Rasputín* (2008), *Los bailarines del fin del mundo* (2009), *Perros de la lluvia* (2011), *El spleen de los muertos* (2013), *Historia de Roque Rey* (2014), *La habitación del Presidente* (2015), *El conserje y la eternidad* (2017) y *Big Rip* (2021). Con *Yo soy el invierno* ganó en 2017 el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes. Sus obras han sido traducidas al inglés, al portugués, al turco, al árabe, al francés y al italiano.

Foto del autor: © Alejandra López



Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Romero, Ricardo

Yo soy el invierno / Ricardo Romero. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.

(Hispanica)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-301-014-1

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

© 2023, Ricardo Romero

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané,
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: septiembre de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-631-301-014-1

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](https://twitter.com/penguinlibrosar)

Instagram: [penguinlibrosar](https://www.instagram.com/penguinlibrosar)

Índice

Yo soy el invierno

Dedicatoria

Epígrafe

1. Pampa

2. Pampa, Gretel

3. Pampa, Gretel, Orlosky

4. Pampa, Gretel, Orlosky, la Directora

5. Irina

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos